

## CAPITULO XVIII

# Don Juan de Aragón, duque de Luna, y su devoción a Nuestra Señora de Montserrat

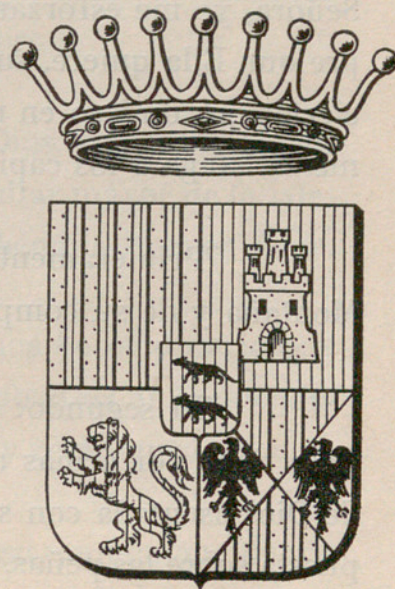
Don Juan de Aragón, duque de Luna y conde de Ribagorza, pariente muy cercano de Fernando el Católico, no sólo fué un fervoroso devoto de Nuestra Señora de Montserrat, sino un propulsor de esta devoción y un propagador incansable.

Durante el gobierno del Abad Pedro de Burgos obró Dios tantos y tan resonantes milagros por intercesión de la Sagrada Imagen, que obligaron al devoto magnate a escribir al citado Padre Abad, excitándole a que publicara un libro sobre el Santuario, en el que se refirieran, lo más detalladamente posible, los milagros obrados por la Imagen Taumaturga, con todas las garantías de la autenticidad.

La carta del duque de Luna es ponderada; nos revela un alma devota, creyente, pero no crédula y menos supersticiosa; y son tan vivos sus deseos de que el Abad se decida a escribir el libro, que incluso le hilvana el plan a seguir en la obra.

Como curiosidad histórica y, de acuerdo con el fin que nos proponemos en este libro de divulgación montserratina, insertamos la carta del duque de Luna y la magnífica contestación del insigne abad montserratino.

Lo haremos "ad pedem litterae" para que el lector pueda degustar el sabor de la época.



## CARTA DEL DUQUE DE LUNA

“La fama de esta devotísima y celeberrima Casa de Nuestra Señora de Montserrat entre nosotros y, donde quiera que me he hallado, es tan sublimada y reputada, no solamente de la gente vulgar y común, más aún de los príncipes y grandes prelados y señores, que yo no puedo, no, deponer mi pertinacia de no dar algún crédito a las cosas, que tanto y de tales y por tantos se afirman. Que aunque diversas veces haya visto por experiencia recitar milagros y contar maravillas y, después, cuando es bien palpado y examinado, hallarse o todo o la mayor parte de ellos ser burla, y a esta causa lo que de esta materia se dice, lo suelo tener por sospechoso.

”También temo errar por el camino contrario, no queriéndome inclinar a creer lo que personas de tanta nobleza y autoridad creen, mayormente que cuanto han dicho dicen que todo lo que se puede creer es nada en comparación de lo que es verdad.

”Pues porque yo, como otro Paulo convertido de Saulo, prediqué maravillas, que con tanta dificultad suelo creer y tan fácilmente suelo contradecir, y oídas de mi boca tanto sean habidas y reputadas por ciertas y examinadas, cuando todos los que me conocen saben, que no sea muy cierto fundadamente las creí.

”Ruego a V. R. P. que, como verdadero siervo de Nuestra Señora de Montserrat, que tantos años ha gobernado esta devotísima casa, breve y fielmente por su letra me informe de todo lo que buenamente explicar supiere; porque, teniéndola de su mano, mi corazón estará muy reposado y satisfecho y, con la ayuda de la misma Nuestra Señora, yo me esforzaré en publicar sus verdaderas maravillas, las cuales sé que siempre que Ella quiere, su precioso Hijo por su amor obra; que no soy menos devoto a las ciertas que dudoso en no las tener por ciertas, sin fundamento cierto. Y señaladamente me satisfaga a los capítulos siguientes:

”Primeramente: el primer capítulo sea de la disposición de esa tan famosísima Montaña y de su compostura y aspereza, y de algunas cosas notables que en ella son.

”El segundo: por qué esa Montaña se llama Montserrat y por qué esa devota Casa tiene por armas unos riscos como montañas y, en lo más alto de ellas, la Madre de Dios asentada con su bendito Hijo en los brazos que tiene una sierra en las manos, puesta sobre las peñas, como si las aserrase.

"El tercero: declararme la fundación de esa celeberrima Casa de Montserrate y cuándo fué hallada la bendita Imagen de esa Sacratísima Señora y la vida de fray Juan Garí.

"El cuarto: cómo está edificada esa Capilla angelical, y de su iglesia y de los misterios y cosas notables que en ella son, y la causa por qué hay en las paredes de ella tantas cosas de pinturas y bultos.

"En el quinto: me diga qué es la causa que esta Santa Casa, siendo tan pobre y teniendo tan poca renta, según todos dicen, hacen tan grandes gastos, y no es destruída, más antes todos dicen que prospera; y cómo ha sido preservada en luengos tiempos de las grandísimas rocas que sobre ella están y de las que, de lo más alto de las peñas, sobre ella han caído, lo cual, ciertamente, no es sino obra divina.



Acémilas regresando de San Jerónimo

"El sexto: o sea de la gente y personas que en esa Santa Casa están propios servidores continuos de la Madre de Dios y en qué ejercicios gastan el tiempo y continuamente están ocupados.

"En el séptimo: le ruego me escriba el número de las acémilas que continuamente están en ese Santo Lugar, para el acarreo de las provisiones y vituallas necesarias al servicio de esa devotísima Casa; porque dicen son en gran número.

"El octavo: sea de la Imagen de la Santísima Madre de Dios, que antiguamente fué hallada en esa Montaña, que, según dicen ahora, está en el altar mayor de la iglesia de esa Santa Casa; escribiéndome del tamaño y color que esa bendita Imagen tiene.

"El noveno: porque yo estoy maravillado de que a muchos he oído decir que en esa Santa Casa apenas en ningún tiempo cesa la oración y alabanzas al Todopoderoso Dios, y a su gloriosísima Madre; le ruego me avise, si es así, y cómo puede ser.

"El décimo: de la devoción de las gentes de todo el universo mundo, que tienen

a esa Santa Casa, y del gran concurso de los innumerables peregrinos y gente que a ella continuamente vienen; y también me escriba el modo y la causa de su venida.

"El oncenno: me alegraría mucho me escribiese la ordenación de la devotísima Cofradía de esa Santa Casa y los beneficios que los devotos cofrades de ella sacan.

"El doceno y último: sea de los milagros y grandezas hechos por esa Santísima Señora Virgen María de Montserrat, así de los que hallaron autorizados y escritos de sus antecesores pasados, como de los que, en su tiempo, han acaecido y tienen notado.

"Y después: sobre todo esto añada V. R. P. todo lo que más le ocurriese; porque, aunque le he rogado que sea breve, y tanta materia no podrá decir en pocas palabras, por breve será reputado lo que no excediera los límites que la grandeza de la obra requiere. Y en esto, no sólo hará señalado servicio a Nuestro Señor Dios, y a su gloriosísima Madre y a mi, de le quedar en grandísima obligación; más aún será gran lumbre y causa de mucho aprovechamiento a los fieles cristianos, los cuales en leerlo, con los oídos de tanta grandeza y misterio, serán convertidos al amor de Nuestro Señor Dios y de su benditísima Madre. Y con esto la Santísima Trinidad, la persona, vida y estado de su Reverenda Paternidad, guarde y conserve en su santo servicio.

"De Barcelona, a dieciocho de marzo, año mil quinientos y catorce.

"A lo que V. R. P. ordenare.

*El duque de Luna."*

Respondió el ínclito Abad al duque con la siguiente carta:

"Ilustrísimo Señor:

"Si Nuestro Señor, tuvo por bien, que su escogido Apóstol Santo Tomás dudase de su Resurrección, porque palpado creyese y, tocando con sus manos sus Sacratísimas Llagas, quitase de nuestras ánimas toda ocasión de incredulidad; así su preciosa Madre, Nuestra Señora, no tendrá por mal el examen que vuestra muy ilustre Señoría, sobre sus maravillas, hace; pues ve que no procede sino de deseo de poderlas mejor afirmar, y para quitar la ocasión de no creer lo falso por verdadero; y así yo, viendo el piadoso celo con que se mueve a ser informado de las cosas de esta Montaña y Santuario de Montse-

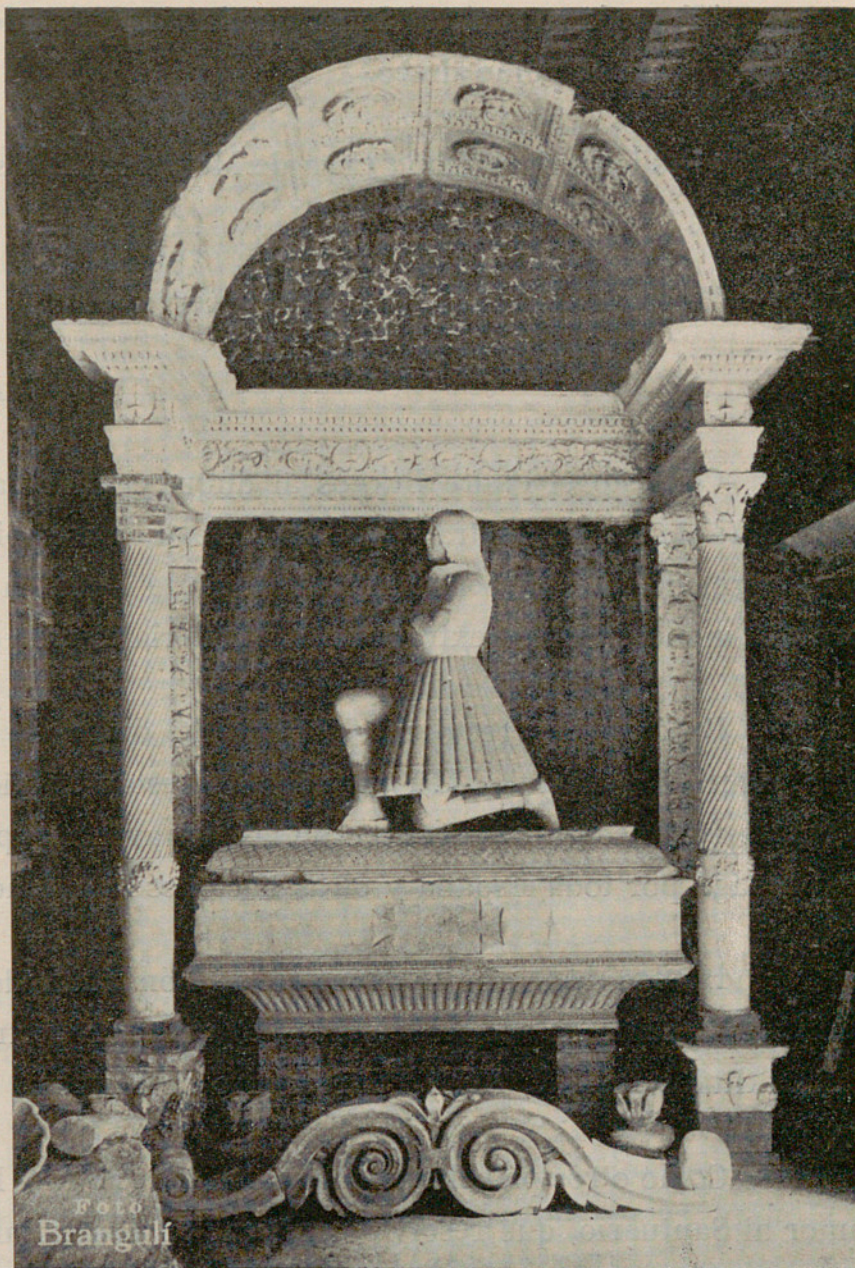
rrate y de las maravillas y milagros que el Señor, por los méritos e intercesión de la piadosa Madre suya, en esta Casa ha obrado y obra.

”Con muy alegre corazón acepté su ruego, confiando en Ella, que, pues así le ha iluminado a tenerlas por ciertas, después que por mí fuera bien informado le dará virtud para las manifestar y ensalzar como conviene.

”De esto puede estar muy cierto que no le escribiré sino cosas muy ciertas. Las antiguas, según en los libros de la Casa, están escritas; las nuevas son tantas y tan señaladas, que dan no pequeño testimonio para creerse, sin duda, las antiguas que no habemos visto; y en todo procuraré ser tan breve como fiel, aunque para los que no han visto este lugar será necesario algunas veces alargar un poco.

”Pésame que carezco de la elocuencia que tan preciosa obra merece; pero consuélame que la verdad, siempre y fielmente recitada, de sí misma tiene cumplido favor; porque sus interrogaciones vienen tan bien ordenadas que no me parece en la prosecución de la obra se pueda tener mejor orden.

”Yo delibero poner aquellas mismas por título, según su ordenación, y, debajo de cada título, narrar lo que a su propósito hace.



Fragmentos del mausoleo del duque de Luna

"Y queda rogando al Señor que la vida y estado de vuestra muy ilustre Señoría guarde y prospere como deseo.

"Desde su devotísima Casa de Montserrate, a seis de octubre de mil quinientos catorce.

"De V. I. S. indigno Capellán y servidor,

*El Abad de Montserrat."*

Contestó el Padre Burgos al duque cuando había ya cumplido con sus deseos, pues durante seis meses trabajó el gran abad en escribir la obra, la que tituló "Historia y Milagros de Nuestra Señora de Montserrate", que ha sido la cantera de donde los escritores montserratinos extrajeron los materiales para cimentar sus escritos.

Produjo tal efecto en el ánimo del duque de Luna el libro del Padre Burgos, que, como dice un autor (1), en todos los restantes años de su vida, que fueron doce, siempre fué incesante pregonero de las maravillas y prodigios que en él se referían y lo propagó por toda España y otras naciones remitiendo el libro.

Huelga decir que la devoción de Don Juan de Aragón a Nuestra Señora de Montserrat había de ser ferventísima al quererle pertrechar con la autoridad del, por tantos títulos insigne, Abad Padre Pedro de Burgos.

Como otros príncipes y magnates, ofreció una lámpara a la Virgen y, sentía tal amor al Santuario, que resolvió aguardar en él a exhalar su último suspiro, para cuyo fin mandó erigir en su Templo un suntuoso mausoleo donde reposaran sus cenizas.

Fué destruído por el vandalismo francés que, como tantas otras riquezas del Monasterio, mutiló o destruyó. Los fragmentos de ese mausoleo están expuestos en una de las galerías del claustro románico ordenados en lo posible. Era una obra bellísima de finísimo mármol, de sabor florentino.

(1) Serra y Postius. Historia de Nuestra Señora de Montserrate, parte 2.<sup>a</sup>, capítulo IV.



## CAPITULO XIX

# Los milagros de Ntra. Sra. de Montserrat

El milagro es un suceso sobrenatural. Por consiguiente, es obra de Dios. A veces se sirve Dios, como instrumento de su obra divina, de los Santos, de las imágenes sagradas, de las reliquias, etc. Dios obra el milagro para gloria y exaltación de su nombre, para confirmación de las verdades de nuestra fe y como prueba auténtica de la santidad de sus siervos.

Por esto el milagro sólo puede existir en el seno de la Iglesia Católica, como única depositaria que es en la tierra de las verdades del orden sobrenatural.

Por esto en la Iglesia Católica nunca falta el milagro, porque es Santa y, en su desenvolvimiento a través de los tiempos no le ha faltado ni le faltará jamás, hasta la consumación de los siglos, la asistencia divina. Más aún; su misma existencia es un milagro viviente y perpetuo que demuestra a los ojos del pensador que no es una institución humana, pues todo lo humano es efímero. Cayeron los tronos de los emperadores, se derrumbaron los imperios y las monarquías más poderosas; sólo la Iglesia subsiste cada vez más vigorosa por encima de tantas ruinas.

Ya en el siglo iv el gran doctor africano San Agustín, como argumento apodítico de la verdad divina del Cristianismo, formulaba el famoso dilema: "El milagro, indiscutiblemente, es obra de Dios. Pues bien, la religión cristiana es obra de milagro o no lo es: si es obra de milagro es divina y, por consiguiente, es la religión verdadera; si no es obra de milagro no existe mayor milagro que, siendo su doctrina tan opuesta a los vicios y costumbres paganas, sin ninguna fuerza material para imponerse y sólo inmolan-

do su vida millones de sus seguidores, no sólo haya subsistido, sino dominado a todos sus perseguidores.”

No falta nunca el milagro en la Iglesia Santa; pero como se ha entibiado tanto la fe, he aquí el motivo por qué Dios no nos favorece con los hechos milagrosos que tanto prodigaba en los tiempos de fe viva y ardiente. Se visitaban entonces los Santuarios con espíritu de devoción y penitencia; hoy muchas veces, se hace la visita en plan de turismo.

Lo que ha sido Lourdes en los últimos tiempos, lo fué Montserrat durante muchos siglos.

De todas partes de Europa afluían los peregrinos a Montserrat, atraídos por la fama de los constantes milagros que Dios hacía por intercesión de la Virgen Santísima, bajo la advocación de Nuestra Señora de Montserrat y en presencia muchas veces de la Sagrada Imagen.

Eran tan numerosos los peregrinos que acudían al Santuario, a pesar de los escasos y penosos medios de comunicación, que el abad Pedro de Burgos, que regentó el Monasterio a primeros del siglo xvi, asegura que calculando por debajo de la realidad, por término medio visitaban el Santuario cuatrocientos peregrinos cada día. Y subían la montaña con tales demostraciones de penitencia que muchas veces tenían que mandar sacerdotes para que les conmutaran los votos, pues de lo contrario hubieran caído exánimes en la mitad del camino. Son tantas las maravillas — continúa diciendo el mismo prelado — que acaecen en presencia de esta maravillosa Imagen, “que no hay quien lo abaste a explicar”.

En el libro escrito por dicho Padre abad titulado “Historia y Milagros de Nuestra Señora de Montserrat” describe trescientos veinticinco milagros. Observa el piadoso Abad que la Bendita Imagen de Nuestra Señora de Montserrat constituye un algo milagroso, que parece más una cosa celestial y divina que terrena y humana; lo cual demuestra con los portentos que en su invención acaecieron, que ni se sabe quién fué el autor ni de dónde vino a aquella cueva y ha sido conservada por Dios, sin permitir renovación alguna en ella.

Nosotros, de los muchos milagros referidos y de cuya autenticidad tenían prue-



bas archivadas, sólo entresacaremos algunos que sirvan de acicate a nuestra fe y a nuestra devoción a tan excelsa Señora. Desde luego, cumpliendo las normas de la Iglesia, a Ella sometemos el juicio definitivo sobre la veracidad de los hechos que vamos a referir.

Antes de comenzar la relación de los grandes milagros obrados por intercesión de Nuestra Señora de Montserrat, debemos hacer notar, como observó el ya citado Padre Burgos, que ya constituye algo milagroso no sólo la existencia de la bendita Imagen, sino también su conservación a través de tantos siglos, sin permitir retoques ni reformas en la misma.

A este propósito empezaremos la relación de los milagros por uno muy singular, que se refiere a la propia Imagen de la Virgen Santísima.

Un abad del Monasterio, al ver tan ennegrecida la gloriosa Imagen, creyó necesario retocarla y pintarla de nuevo. Llamó, pues, a un famoso pintor de la villa de Cervera, conocido con el nombre de Maestre Andrés, para que la reformase y pintase.

Pero al intentar el artista realizar la obra que le habían encomendado — comenzó por la espalda de la Virgen —, quedó repentinamente ciego. Ante este portentoso, se determinó que en ningún tiempo fuera reformada ni retocada la sagrada Imagen, pues clara era la voluntad de Dios de que permaneciera de aquella forma y color.

El Maestre Andrés, sintiéndose ciego y movido de fervorosa fe y devoción y de un gran respeto a la Santísima Virgen velaba muchas veces en la Iglesia y se encomendaba a las oraciones de todos los peregrinos que acudían al Santuario, los cuales, al conocer el motivo de su ceguera sentían aumentar su devoción a la santa Imagen.

Pasados tres meses de aquel portentoso suceso, mientras un día se cantaba en la Iglesia el himno dedicado a la Santísima Virgen "Ave María Stella", que el pintor oía fervorosamente, al llegar al verso "Solve vincla reis, profer lumen caecis" súbitamente recobró la vista.

El artista y todos los presentes dieron gracias a Dios y a su bendita Madre por este nuevo portentoso y el pintor especialmente por la merced recibida, regresando a Cervera y publicando el milagro para gloria de Dios y de su Santísima Madre.



Ex voto

### UN MUERTO DE TRES DIAS RESUCITADO

Sucedió en Villafranca de Conflent. Vivía allí un rico mercader, cuya mujer era devotísima de Nuestra Señora de Montserrat, de tal manera que todos los años solía visitarla en devota peregrinación.

Este matrimonio tenía un hijo pequeño, que criaba una ama en su casa. Por descuido de dicha ama, el niño se acercó a un pozo que había en la misma casa y cayó en él. Su madre y el ama buscaron desoladas al niño, hasta que lo encontraron ahogado en el pozo.

Ayudadas por los vecinos lo sacaron de allí y la madre, queriendo ocultar la desgracia a su marido, puso el cadáver del niño en una habitación y la cerró, mientras que, animada del mayor fervor y, con los ojos bañados en lágrimas, rogaba a Dios que por intercesión de Nuestra Señora de Montserrat la sacara de aquel trance: llena de confianza le pedía la resurrección de su hijo.

Pudo ocultar a su marido durante dos días la falta del niño fingiendo que estaba en casa de unos tíos; pero al tercer día su esposo comenzó a estar preocupado, negándose a comer si su hijo no estaba en la mesa y, al preguntar por qué estaba cerrada aquella habitación, la pobre mujer cayó al suelo desmayada y sin sentido.

Algunos de los allí presentes que sabían lo sucedido, contaron el caso al marido; el cual tomando la llave de la habitación, "que colgaba de la cinta como es costumbre" (dice la crónica), envió aviso a la Parroquia para que viniesen a por el cuerpo inanimado de su hijo y enterrarlo. Mas al abrir la habitación para amortajarle, por la merced y gracia de Dios y de la Santísima Virgen María, hallaron al niño vivo y sonriente, sentado y jugando con las sábanas de la cama.

Volvió en sí la madre y vió, juntamente con su marido y otros muchos vecinos,

el gran prodigio que Dios había hecho por intercesión de Nuestra Señora de Montserrat, dando clamorosas gracias y alabanzas a Dios y a la Virgen.

Obrado el milagro los padres, juntamente con el niño, fueron a visitar a la Imagen para darle las gracias por la portentosa merced recibida; depositaron en el Santuario la mortaja y ofrecieron otros dones. De este milagro se levantó testimonio público.

### UNA PERSONA QUE TENIA LA LENGUA CORTADA LA RECOBRA MILAGROSAMENTE

El día 26 de diciembre de 1507, por la mañana, se presentó en Montserrat un muchacho de quince años casi desfallecido. Preguntado por los encargados de los pobres y peregrinos qué le dolía, sólo respondió con signos y ademanes, pues como era analfabeto no podía escribir; y al observar que escupía sangre, abrieronle la boca y vieron que tenía la lengua cortada casi de raíz. Horrorizados los criados de tanta crueldad y, ejecutada en un tierno niño, comunicaron el horrible caso al Padre Abad, el cual recomendó al venerable fray Alonso de Fuente el Sol, limosnero, que le prestase todo auxilio y buen tratamiento. Como no pudiese tragar los potajes corrientes, por consejo del Maestro Bartolomé Cometi, médico, fué llevado a la enfermería para que allí fuese curado.

El enfermero, llamado Beltrán Aragonés, le prodigaba todos los consuelos que podía. Otros muchos de la Santa Casa también iban a consolarle, especialmente el venerable fray Mateo Vallés, donado y cerero del Monasterio.

Todos le exhortaban a que se encomendase a Nuestra Señora de Montserrat y todos también, por la gran lástima que les inspiraba, rogaban fervorosamente por él.

Estando en dicha enfermería, el día 8 de enero de 1508, un poco antes de la salida del sol, el enfermero que le tenía a su cargo, al regresar de la misa matutinal, a la que solían ir todos los donados y familiares del Monasterio, entró en la enfermería y dijo al muchacho, que aún estaba en la cama: "levántate que desayunarás".

El muchacho, rebosante de alegría contestó: "esperad, me he de vestir, lavar-

me la cara y las manos y dar gracias a Dios y a su Santísima Madre por la gran merced que me ha hecho". El enfermero, atónito al oírle hablar, exclamó: "¿qué es esto? ¿hablas?, ¿tienes lengua?" "Sí, tengo lengua — respondió el muchacho —, de otra manera, ¿cómo podría hablar?"

El enfermero, gozoso, le dijo: "¡abre la boca!"... Entonces apareció la lengua, hermosa, algo blanca desde donde fué cortada, no aguda en la punta sino redondeada. Dime: "¿cómo te llamas?" Respondió el muchacho: "Me llamo Juan de Erbenga y soy natural de la ciudad de Sahona". "Cuéntame cómo te ha sido restituída la lengua". El muchacho respondió: "Poco antes de que viniese V. R., un niño subió sobre el escaño; era el niño blanco como la nieve y tenía la cabeza descubierta y los cabellos rubios y crespos. Sin decirme nada metióme el dedo en la boca y, queriéndole yo coger, huyó y desapareció; luego sentí que ya tenía lengua".

Fué tal la alegría y emoción del enfermero al oír al muchacho, que tomándole en sus brazos, lo llevó al Padre Abad, que entonces lo era fray García de Cisneros, el cual como le viese restituída la lengua, que le había visto cortada, y oída la forma prodigiosa cómo la había recobrado, mandó tañer las campanas y, reunida la Comunidad en la iglesia, se cantó un solemne Te Deum.

Divulgado el milagro, de muchos lugares vinieron a ver al muchacho y le hacían mostrar la lengua, la que, como hemos dicho, se diferenciaba en la parte recobrada de la primitiva por su forma y color y, con este motivo se acentuó más y más la fe y confianza en la intercesión de la Santísima Virgen.

Explicó después el muchacho cómo le habían cortado la lengua. "Acababa de salir — dijo — de San Celoni, cuando se juntaron conmigo otros dos jóvenes pobres y, después de atravesar Tarrasa, se apartaron del camino real y escondidos en un sitio en el que no podían ser vistos, me robaron el dinero que llevaba (dos sueldos y cinco dineros); y como les amenazara que les denunciaría a la justicia, me obligaron a sacar la lengua apretándome la garganta y me la cortaron. Estuve tres días en Monistrol donde mostré la lengua cortada, que aún sangraba, y de allí, lleno de fe, subí a Montserrat y la Virgen Santísima me la ha devuelto."

De este milagro se levantó acta notarial. Fueron testigos Mosén Miguel Harru,

sacerdote; fray Francisco Vodina, Procurador; Bartolomé Cometi, médico; Diego, cirujano; Mateo Vallés, Gaspar Rovira, Benito de la Guardia, Pedro Pello, Beltrán Aragonés, enfermero; los cuales todos le vieron muchas veces la lengua cortada, junto a la garganta, y después se la vieron restituída para loor y gloria de Nuestro Señor y de su gloriosa Madre.

### UNA PORTENTOSA RESURRECCION

En las antiguas crónicas de Montserrat se describe minuciosamente el siguiente prodigio:

Residía en Mallorca un piadoso cristiano, tan devoto de Nuestra Señora de Montserrat, que todos los años, a pesar de las dificultades del viaje, visitaba el Santuario.



Ex voto

Una vez vino acompañado de su mujer y un hijo de ocho a nueve años. Durante la travesía, jugando el niño en la cubierta de la nave, impensadamente cayóse al mar y como ésta estaba muy gruesa, desapareció entre las olas.

Lloraban los padres su desgracia con tanta pena que conmovían a toda la tripulación y pasajeros, los cuales, a pesar de hacer cuanto pudieron para encontrar al niño, no hallaron ni rastro de él.

Los padres rezaban sin cesar a la Santísima Virgen de Montserrat y, llenos de una fe vivísima, al llegar a Barcelona continuaron su peregrinación al Santuario.

Así que llegaron a la iglesia, al divisar la Sagrada Imagen de Nuestra Señora, con grandes voces y sollozos exclamaron: "¿Cómo es posible, Señora, que por venir a visitaros hayamos perdido a nuestro hijo?" Y con esta amargura en su alma se dirigieron al altar mayor donde está la bendita Imagen; mas al llegar a su presencia ¡cuál no fué la sorpresa de los angustiados padres al encontrarse súbitamente y, cogiéndoles

de la mano, al hijo perdido! El niño, sonriente, les dijo: "Bendigamos a Nuestra Señora de Montserrat, que siempre me ha guardado y me ha traído donde vosotros estábais."

Los padres y todos los presentes, llenos de la más grande alegría, dieron gracias a Dios y a su Santísima Madre por tan señalado milagro, que testificaron los marineros. Ofrecieron muchos dones al Santuario; hicieron predicar este maravilloso prodigio en la iglesia y, desde aquel instante aumentó su devoción y persistieron en su fe por aquel extraordinario beneficio recibido.

#### RESURRECCION DE UN NIÑO AHOGADO Y APLASTADO POR LA RUEDA DE UN MOLINO

Salvador Burgui y su esposa residían cerca de Manresa. El día 8 de mayo de 1556 visitaron Montserrat para dar gracias a la Santísima Virgen y cumplir sus votos por el maravilloso milagro que la Virgen les concedió.

En el mes de noviembre del año anterior, un hijo suyo de dos años, caminaba con otro hermano junto a un molino de trabajar el hierro, que existía en aquellos lugares. Acercóse a la rueda, que le alcanzó la mano y, como dicha rueda llevaba mucha fuerza por el gran caudal de agua que la movía, arrebató del brazo al niño y lo arrastró, yendo a caer al agua y desapareciendo en el fondo de la corriente.

El hermano corrió a contar a su madre la desgracia, la cual a grandes voces pidió auxilio y corriendo al lugar acompañada de un pariente suyo, comenzaron a buscar al niño. Después de muchos trabajos pudieron localizarlo debajo de la rueda. La desolada madre, con muchas lágrimas y una gran fe, pedía a la Virgen de Montserrat que le conservara a su hijo.

En esto llegó el marido y, visto lo que pasaba, a pesar de que la magnitud de la rueda era tal que veinte hombres no podían levantarla, con no menos fe y devoción que su esposa, invocó a la Virgen de Montserrat y, con la ayuda de otros dos amigos, entró en el agua y con mucha facilidad movió la rueda y sacó a su hijo ya muerto y hecho una masa informe.

Pero los padres, con gran fe, invocaron de nuevo a la Santísima Virgen Reina de los Angeles. Oyó Esta las súplicas de aquellos devotos padres y así, en presencia de todos, se levantó el tierno niño, sano y sonriente, con inmensa alegría por parte de los padres y la admiración y el asombro de todos los que presenciaron semejante prodigio.

Y aquel día venían al Santuario acompañados del niño resucitado a cumplir sus votos y a referirles el milagro a los monjes; lo que hicieron ante los venerables padres fray Rodrigo de Gamboa y fray Pedro de la Rea, donados de la Santa Casa.

#### UNA MUJER CON LA LENGUA CORTADA HABLO Y SIGUIO HABLANDÒ PERFECTAMENTE TODA SU VIDA

En 20 de agosto de 1518, visitó Nuestra Señora de Montserrat una virtuosa señora, acompañada de un hermano suyo que era sacerdote, para dar gracias a la Santísima Virgen por un favor extraordinario que le había concedido; milagro que obró la Virgen constantemente, a la vista de todos y mientras vivió dicha señora. Esta piadosa dama era natural de la villa de Tarascó.

El prodigio sucedió así:

Dos mujeres de la villa, fingiéndole amistad, la invitaron con insistencia a que fuera a comer con ellas el día de San Juan, a un huerto, y pasar el día con cristiana alegría. Aceptó la buena señora la invitación y, cuando todo estaba dispuesto para la comida, aquellas dos mujeres, a las cuales acompañaba un hijo de cada una, ya mayores, empezaron a maltratarla de palabra porque decían que las había difamado (lo que era completamente falso); y, de tal manera se enfurecieron contra ella, que le sacaron la lengua por la fuerza y se la cortaron de raíz.

La buena señora que en todas sus necesidades acudía siempre a la Virgen de Montserrat, con el mayor fervor le suplicó que no la desamparara en aquel trance.

Satisfecha su venganza, las dos mujeres soltaron a la señora, la cual, sangrando, llegó a su casa. Sus familiares llamaron al médico y al cirujano para que la curaran; mas al observar que sin lengua hablaba perfectamente, atónitos por la maravilla,

la dijeron que diese gracias a Dios y a la Santísima Virgen de Montserrat, que tal prodigio había obrado en ella, ya que sin lengua hablaba y que “adonde tan grandes médicos habían operado, ellos no tocarían”.

Reconoció la piadosa señora el gran milagro y rogó a sus parientes y amigos que no tomaran venganza de las dos mujeres y de sus hijos, por lo que habían hecho con ella, puesto que los perdonaba de todo corazón; y, como prueba de esta sincera voluntad, casó a sus dos hijas con los hijos de las culpables, alcanzando además que la justicia les perdonara su crimen.

Cumplido todo lo cual, visitó en devota peregrinación el Santuario para dar gracias a la Santísima Virgen por el prodigioso beneficio que había recibido y, bajo juramento, refirió el milagro en la forma descrita ante el Reverendo Mosén Pedro Ramón, Capellán de la Casa y Notario Apostólico y en presencia de los venerables fray Salvio y fray Mateo Vallés, donados y otros muchos, todos los cuales vieron como no tenía lengua y, sin embargo, hablaba perfectamente.

#### LA FUENTE DEL MILAGRO

Existe muy próximo al Monasterio una fuente llamada del Milagro, único manantial que se encuentra por aquellos alrededores.

Sucedió este prodigio cuando el señor del Castillo de Collbató, extendía sus dominios hasta el torrente de Vallmala, muy cerca del Monasterio.

En la parte del torrente que correspondía al señorío de Collbató, había una fuente, de la que tomaban agua los peregrinos y los legos para subvenir a las necesidades del Monasterio.

El señor del Castillo (1), al ver lo indispensable que era aquella fuente para los monjes y peregrinos, exigió un cuantioso tributo al Monasterio y, no pudiéndolo satisfacer los monjes, movido de la más inhumana avaricia, puso una guardia en la fuente, la cual exigía un tributo a cuantos se acercaban a beber allí o a llenar en ella sus cántaros, por fatigados o sedientos que estuvieran.

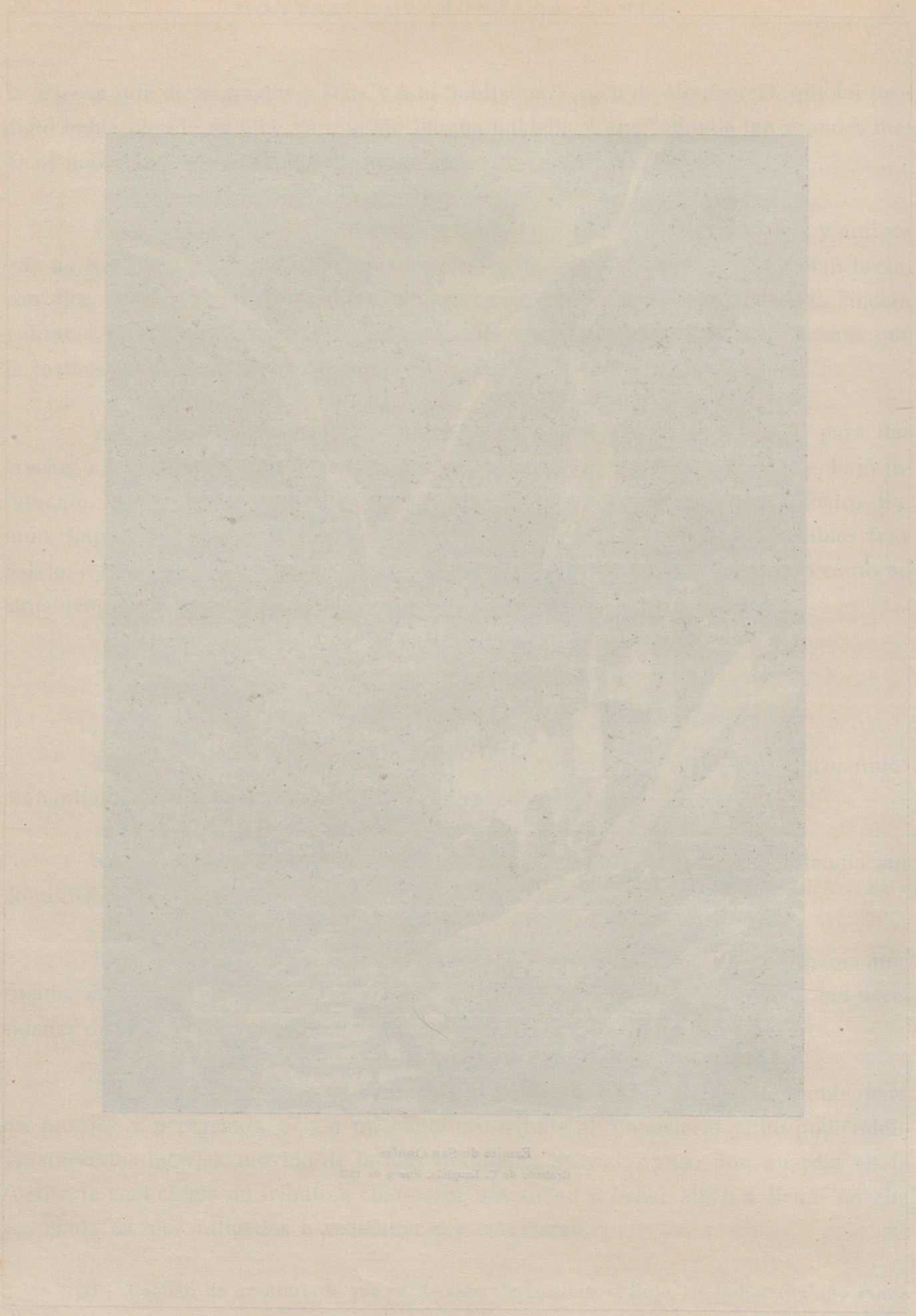
(1) Capitán de aventureros que se llamaba Veremundo, el Rojo, tan indómito como avaro.





Ermita de San Onofre

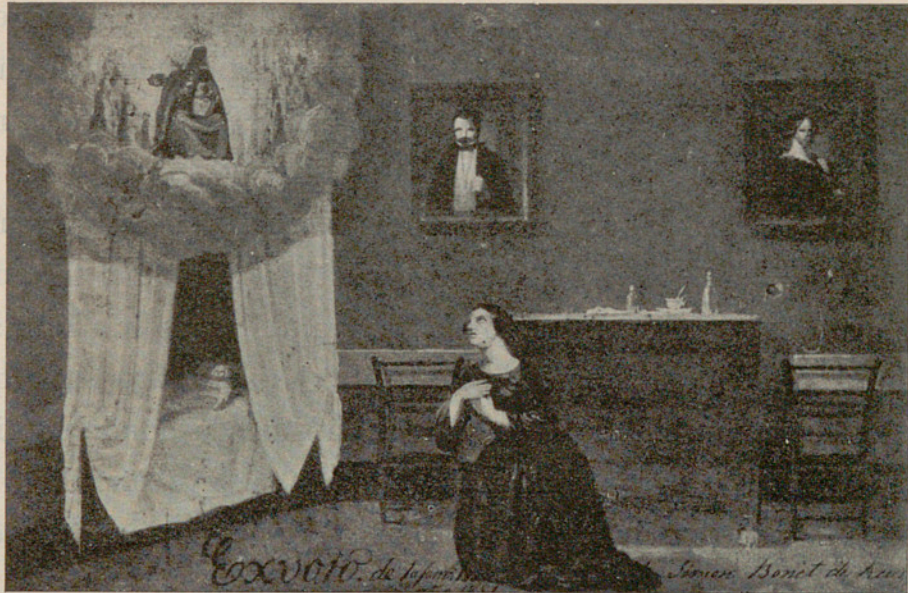
Grabado de C. Langlois. Enero de 1830



Printed by the Government Printer  
at the Government Printing Office, Wellington, N.Z.

De esta manera las incomodidades de los peregrinos y de los criados eran enormes, pues tenían que traer el agua de muy lejos y por caminos casi intransitables.

Viendo que el insensible señor de Collbató persistía en su idea de exigir un gran tributo, suplicaron a la Santísima Virgen que remediara a sus siervos en aquella necesidad.



Ex voto

Y, como perseveraran en su petición tan justa, dice un cronista que la Santísima Virgen “aceptó sus rogativas y alcanzó de su Hijo el descanso de sus siervos que en estas asperezas, para su servicio, estaban dedicados y confundió la malicia del avaro caballero; pues súbitamente dicha fuente fué pasada a la parte y término del Monasterio donde agora está”.

Visto el milagro, dieron gracias a Dios y a la Virgen de Montserrat, que tan prodigiosamente les había remediado en la vejación del señor de Collbató.

Por este motivo hoy día dicha fuente se llama del “Milagro”. De este milagroso suceso dieron fe todos los de la Santa Casa y multitud de peregrinos, que atónitos lo presenciaron.

La fuente del señor de Collbató se llamó desde entonces la “Fuente seca”, la cual aún hoy se enseña a los visitantes.

#### UN CIEGO RECOBRA LA VISTA MILAGROSAMENTE

En el año 1336 vivía en Barcelona un hombre de oficio carnicero, muy de-

voto de Nuestra Señora de Montserrat, el cual, a consecuencia de graves dolores en los ojos, perdió la vista y así, ciego, gastó una gran parte de su patrimonio durante dos años en médicos y medicinas, pero sin hallar el más leve remedio.

Desahuciado de los médicos, acudió a la Virgen de Montserrat, a la que rogaba sin cesar, para que le devolviera la vista. Tal fe tenía en su curación, por intercesión de la Virgen Santísima, que no pudiendo ir a Montserrat en peregrinación como los demás devotos, rogaba muchas veces a una hija suya que le acompañase a un sitio que se denominaba "Coll de Cerviá", desde donde se divisa la montaña de Montserrat, pues tenía gran confianza de que si le llevaban allí, la Virgen le curaría. Pero como su hija no participaba de la misma fe y confianza que él, nunca quiso complacerle.

Un día, muy amargado el buen hombre por esta actitud de su hija, se retiró a una habitación y allí, llorando amargamente, invocaba a la Santísima Virgen. En medio de aquel llanto oyó que en la calle tañían la campanilla del Sagrado Viático que llevaban a un enfermo y, lleno de fervorosa fe, salió a la puerta y allí, arrodillado, dijo: "¡Oh Virgen Santísima de Montserrat! Tú, que siempre estás con tu Hijo, alcánzame Señora, que yo vea. Yo te prometo y hago voto, que, hincado de rodillas y con las manos juntas, iré desde esta ciudad hasta tu santa Iglesia de Montserrat."

Acabada esta sencilla y humilde oración, le pareció que un gran resplandor venía de lo alto y, en aquel momento recobró la vista perfectamente. Aquella misma noche empezó a cumplir su voto de ir de rodillas desde Barcelona a Montserrat; mas no pudo llegar sino hasta un convento de Carmelitas que estaba en un arrabal de dicha ciudad (1).

Allí cayó desfallecido y los religiosos, vista la imposibilidad de cumplir su voto, se lo conmutaron con que hiciera el camino con los pies descalzos y alguna buena obra en honor de la Santísima Virgen.

De esta forma fué al Santuario, acompañado de muchas personas de Barcelona, para dar gracias a Nuestra Señora por su milagrosa curación y que todos testificaran este prodigio.

(1) ¿Sería el convento "dels Josepets" de la parte alta de Gracia, que así se llamaban los Carmelitas, cuya iglesia aun subsiste?

### UN AHORCADO SALVADO MILAGROSAMENTE

En la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, vino en peregrinación a Montserrat un hombre que residía en Tarragona, al cual sólo por sospechas le habían apresado, culpándole de un homicidio perpetrado en una huerta de aquella ciudad. También prendieron a otros tres.



Ex voto

Sometido el primero, que era inocente, a tormentos y no pudiendo soportar el dolor, se declaró autor del crimen y fué condenado a ser ahorcado.

Mientras le llevaban a la horca, con mucha tristeza y llorando amargamente rogaba y pedía a todo el pueblo que rezasen y rogasen a la Santísima Virgen de Montserrat que le ayudara en aquel trance, pues era inocente.

Cuando le colgaron en la horca encomendó su alma y cuerpo al juicio de Dios y a la ayuda de su Santísima Madre.

Ya ejecutado, se dispusieron a ahorcar a los otros tres que eran los verdaderos culpables, los cuales remordiéndoles la conciencia solemnemente declararon: "Este que habéis ahorcado era inocente; no hizo mal alguno. Injustamente le condenasteis. Nosotros sí que merecemos toda la pena."

Oyendo esto los Cónsules y Jueces de la ciudad ordenaron quitar de la horca al cadáver del inocente y, para borrar en lo posible dicha infamia, facultaron a sus amigos y familiares para que le diesen honrada sepultura.

Pero con gran admiración de todos, al descolgarle de la horca, halláronle perfectamente vivo, con sólo un pequeño rasguño en la cabeza a causa del golpe que

diera en la viga de la horca. Ante la multitud que presenció el prodigio declaró que tenía tanta fe en la intercesión de Nuestra Señora de Montserrat que estaba convencido de que tenía que salvarle; y así, cuando estaba en la horca le parecía que la Madre de Dios sostenía el lazo para que no le ahogara.

Después, con algunos amigos que presenciaron tal milagro, fué a Montserrat a dar las gracias a la Santísima Virgen y, en memoria del milagro, dejó la soga en la iglesia e hizo predicar su portentosa salvación de una muerte segura.

### UNA SEÑORA CIEGA RECOBRA LA VISTA

En el año del Señor de 1342 residía en Valencia una señora llamada María, esposa de un caballero denominado Juan Roig. Dicha señora, a consecuencia de una grave enfermedad en los ojos, quedó completamente ciega. Desahuciada de todos los médicos, la fama de los milagros que Dios obraba por intercesión de la Virgen de Montserrat, hizo que creciera en ella la devoción a la Santísima Virgen. Llegó a tal grado esta fervorosa devoción, que resolvió ir a pie en peregrinación desde Valencia a la Montaña Santa para impetrar el beneficio de la vista.

Animada de una fe vivísima, un día acompañada de muy pocas personas, emprendió la penosa peregrinación, no cesando durante todo el camino de rezarle a la Virgen de Montserrat.

No tardó la devota señora en ser escuchada en sus oraciones, pues desde que salió de Valencia cada día recobraba gradualmente la vista, aumentando más su fe; de tal manera que al llegar a Montserrat a presencia de la Sagrada Imagen, su curación fué total.

El milagro fué tan notorio que después de dar las gracias a la Santísima Virgen y dar testimonio de los hechos, se dió conocimiento al Reverendo señor Juan Patriarca de Alejandría y Administrador del Arzobispado de Tarragona y Montserrat, el cual mostró deseos de conocer a la señora favorecida por tan milagrosa curación y la cual, al regresar a Valencia se presentó ante el Reverendo Patriarca para dar fe del prodigio.

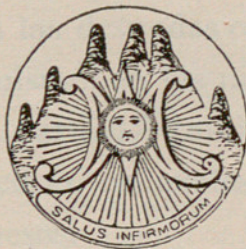
Los milagros que acabamos de transcribir han sido tomados de la célebre Historia escrita por el piadoso Abad del Monasterio, Padre Pedro de Burgos, de muchos de los cuales pudo ser testigo ocular.

Entre más de trescientos milagros que se refieren en la mencionada obra, sólo se han escogido unos cuantos. Así, como al contemplar un frondoso jardín lleno de flores, escogemos las que nos parecen más preciosas, las de más variado color y embriagador aroma, para hacer un magnífico ramillete, así también, al contemplar el exuberante vergel montserratino, hemos escogido destacados prodigios, para de esta manera ofrecer al piadoso lector un hermoso ramillete, del que no hay duda que al aspirar su celestial perfume pueda acrecentarse su fe y devoción a la Santísima Virgen de Montserrat, a la "Moreneta", Madre protectora y fiel amparo de todo el que a ella acude.

Nuestro deseo al referirlos, no es otro que el de que a la vista de los portentos descritos, se avive la fe de los lectores en la poderosa intercesión de Nuestra Señora, bajo cuya advocación la Reina de los Angeles se ha complacido en favorecer a sus devotos.

María es nuestra Madre por designación del mismo Dios y una Madre tan buena no puede abandonar a sus hijos que la imploran.

SANCTA MARIA — SALUS INFIRMORUM — ORA PRO NOBIS



Los milagros que se han hecho en el mundo de la vida...  
 toda escritura por el padre Abad del Monasterio Padre Fructo de Burgos de donde se  
 los cuales puede ser testigo oculto...  
 Entre más de trescientos milagros que se refieren en la mencionada obra, sólo  
 se han escogido unos cuantos. Así como al contemplar un frondoso jardín lleno de  
 flores, escogemos las que nos parecen más preciosas, las de más variado color y sin-  
 gular aroma, para hacer un pequeño ramillete, así también, al contemplar el ex-  
 traordinario y maravilloso mundo de los milagros, hemos escogido algunos prodigios, para de esta ma-  
 nera ofrecer al piadoso lector un hermoso ramillete, del que no hay duda que al aspirar  
 su celestial perfume pueda acrecentarse su fe y devoción a la Santísima Virgen de  
 Montserrat, a la "Moreneta", Madre protectora y fiel amparo de todo el que a ella acude.

Nuestro deseo al referirlos no es otro que el de que a la vista de los prodigios  
 descritos, se avive la fe de los lectores en la poderosa intercesión de Nuestra Señora,  
 bajo cuya advocación la Reina de los Angeles se ha convalidado en favor de sus hijos  
 y de los suyos. En el momento que se escriben estas líneas, se sabe que el mundo  
 entero está en un estado de gran agitación y que a cada instante se esperan grandes  
 acontecimientos. Nuestra Madre por designación del mismo Dios y una Madre tan dulce  
 no puede abandonar a sus hijos que la imploran.

SANCTA MARIA — SALVE TU FIRMAMENTUM — ORA PRO NOBIS

La Virgen María es el modelo de la mujer perfecta...

que todo el mundo se admira por su belleza...  
 y por su pureza...



El mundo entero se admira por su belleza...  
 y por su pureza...  
 y su castidad...



## CAPITULO XX

# Peregrinaciones a Montserrat

Las romerías particulares y colectivas, que en los siglos en que la fe era intensa, se dirigían continuamente a Montserrat, eran de fama universal, como ejemplos de piedad y penitencia.

Para que el lector se forme una idea más o menos aproximada, pues la realidad es indescriptible, de la manera cómo se dirigían los peregrinos al Santuario, transcribiremos algunos párrafos de la extensa descripción que nos hace en su "Historia de Montserrat" el monje montserratino, Padre Lesmes Reventós, que falleció en 1738, y fué testigo ocular de cuanto nos relata:

"Así vemos — dice — llegar a muchos Caballeros y aún Príncipes de reinos y provincias muy remotas, habiendo caminado siempre a pie. Frecuentemente suben muchos la dilatada y penosa montaña a pie descalzo. Otros con las manos juntas y los ojos al cielo. Unos con velas y otros con antorchas encendidas. Unos con pesadas cruces de madera y otros con barras de hierro en sus hombros. Unos con sogas al cuello y otros apretadamente ceñidos con ellas en las desnudas carnes. Unos con argollas de hierro al pescuezo, otros con esposas, de lo mismo, en las manos y otros arrastrando gruesas y pesadas cadenas. Unos vienen, gran parte del camino, disciplinándose y otros con las rodillas desnudas por las agudas piedras, las cuales dejan bañadas en sangre; algunos se han visto sin carne hasta los huesos.

"Al ver los otros peregrinos tan lastimosos espectáculos, se adelantan a dar parte de lo que han visto al Monasterio, y luego desciende a encontrar al penitente un monje confesor, y le hace levantar, absolviéndole del voto, si le trae hecho; para cuyo

fin tiene Montserrat poder de los Sumos Pontífices, para conmutarle en otra penitencia prudente: "etiam extra Confessionem Sacramentalem" (aun fuera de la confesión sacramental), porque de otra manera, tanto es el fervor que traen, que antes morirían que dejarían de cumplir semejantes votos.

"Lo referido y lo que a muchos penitentes acontece al llegar a la presencia de aquella portentosa Imagen, de la que es Madre de Dios, no sabe expresarlo la pluma, lo cual sólo diré que, aun a nosotros que frecuentemente lo vemos, nos dejan atónitos y admirados sus lamentables voces pidiendo a Dios misericordia, pronunciando ayes, exclamando suspiros y derramando lágrimas" (1).

Veamos ahora el número de estas peregrinaciones:

"Es cosa — dice el Padre Pedro de Burgos — de mucha maravilla ver aquí tantas diversidades de gentes de todas las provincias a donde se extiende el nombre cristiano; porque no solamente del Principado de Cataluña, donde está situado el Monasterio, acude allí mucha gente, más aún de toda España, Francia, Italia, Alemania y de otras muchas provincias e islas. Cada día, de todo el mundo llegan aquí tantos y de tan diversas razas y lenguas, que ni ellos, unos con otros se entienden ni los que tienen cargo de darles recados les pueden entender.

"Aquí vienen reyes, príncipes, duques y otros grandes señores, ricos y pobres, letrados e ignorantes y de todos tanta multitud que sería imposible aquí explicar.

"Es tanta la multitud que muchas veces no caben en la casa ni aun en la plaza que está delante de la puerta; mas estánse muchos por la Montaña, entre aquellos riscos, en alguna cueva y debajo de los árboles, como mejor pueden" (2).

Desde luego, Cataluña figuraba a la cabeza de esa fervorosa devoción a Nues-

(1) El Padre Lesmes Reventós fué archivero del Monasterio muchos años y, como dice Serra y Postius, con incesante aplicación examinó cuanto había en aquel archivo. Su testimonio es, pues, irrefragable.

(2) Así escribía a primeros del siglo xvi, el Padre Pedro de Burgos, testigo de excepción, En el mapa-expansión de Montserrat que existe en la Glorieta del jardín de los monjes, se observa la nota curiosa de que un devoto de Nuestra Señora de Montserrat, desde los montes del Cáucaso, emprende la peregrinación al Santuario.

tra Señora de Montserrat y muchas poblaciones tenían el voto de visitarla en procesión todos los años. El citado Padre Pedro de Burgos — dice — que pasaban de cuarenta las procesiones que todos los años acudían en peregrinación a Montserrat.

Desde tiempo inmemorial subían en devota procesión a visitar a la Patrona Tutelar de este Principado los vecinos de las poblaciones siguientes:



Una peregrinación en 1886

El segundo día de Pascua de Resurrección: los de la villa de Piera y los del pueblo de La Granada, estos últimos vestidos de peregrinos. Los de Artés subían el tercer día de Pascua.

El primer domingo después de Pascua iban en procesión los de Granollers y el segundo domingo los del pueblo de Vacarissas.

El 22 de abril iban los de los pueblos de Castellvell, San Vicente y Granera, los

de éste en traje de peregrinos, y el día 30 del mismo mes acudían los vecinos de los pueblos de Castellar y Gravelosa.

Los de Montbuy no tenían día fijo, pero iban siempre en traje de peregrinos.

En el mes de mayo acudían los de la villa de Igualada y los de los pueblos de Pierola, Masquefa y Rubió, en fechas diferentes, como los de San Julián del Vallés y de otros pueblos, en trajes de peregrinos.

En agosto hacían su peregrinación los labradores de las villas de Tarrasa, Martorell, Molins de Rey y los de los pueblos de Valldoreix, San Vicente de Llobregat, San Juan Despí, Papiol y Santa Cruz del Orde.

En septiembre los vecinos de las villas y de los pueblos de Castelltersol, Rocafort, Talamanca, Sabadell, San Baudilio, Tous, Calders, Vilasar, Cabrera, Premiá (estos tres últimos iban juntos en una misma procesión), San Clemente, San Andrés de Palomar, San Benito de Bages, Mura, Rubí y San Justo Desvern.

De siete en siete años iban los vecinos de Sitges y el jueves Santo los del pueblo de Monistrol y los de otros pueblos en otros días.

Es de advertir que todas estas villas y pueblos estaban presididas por su Clero y Autoridades, y entraban en Montserrat con Cruz alzada y pendones tendidos, entonando cantos religiosos, alegres y fervorosos, sin importarles la fatiga del largo camino ni las inclemencias del tiempo (1).

En el archivo del Monasterio (como nota curiosa lo consignamos) constaba que cada una de estas y otras poblaciones, tenían ofrecido a Nuestra Señora de Montserrat un cirio monumental para que ardiera en todas las festividades del año; y eran tan enormes estos cirios (todos de cera blanca) que los más pequeños pesaban diez quintales; otros quince, otros veinte, veinticinco, y algunos todavía más.

En cada uno de ellos había un rótulo en pergamino en que, con letras bien visibles se indicaba la villa o el pueblo que lo había ofrecido a la Virgen.

(1) Serra Postius, Historia de Nuestra Señora de Montserrate. Parte 1.<sup>a</sup>, capítulo XVI.

Cuando dichas poblaciones venían en peregrinación, compulsaban el peso de sus cirios respectivos y entregaban la cera blanca que faltaba para completar el cómputo establecido.

Debía ser fantástico el espectáculo que ofrecerían aquellos blandones colosales de una tonelada de peso, con las enormes lenguas de fuego que proyectarían en el Sagrado recinto.

Al trasladar la bendita Imagen de la antigua a la nueva iglesia, también se colocaron estos cirios votivos; pero cuando el segundo don Juan de Austria hizo dorarla toda, se retiraron para que el humo no obscureciera el brillo del oro, del que estaba "cuajado", como dice un autor, aquel grandioso y milagroso templo.

También de la otra parte del Pirineo hacían su peregrinación votiva todos los años que a mediados del siglo pasado aún cumplían religiosamente, como escribe Cornet y Mas (1).

"Los pueblos de la Cerdaña francesa, dice, tienen hecho voto que uno de sus vecinos debe venir en peregrinación a este Santuario todos los años.

"Al efecto, se reúnen los vecinos y eligen al que debe ir, el cual debe variarse cada año. El elegido se pone en camino con la anticipación debida, a fin de llegar a Montserrat la víspera de la festividad de la Virgen, debiendo viajar desde la frontera a pie y con el bordón en la mano.

"Al llegar al Santuario se presentan al Padre Abad del Monasterio, quien les ofrece una habitación, que rehusan, para dormir en la paja. Reunidos ya, uno de los monjes les hace rezar y, a la mañana siguiente, confiesan y comulgan en comunidad.

"Después del oficio van a la procesión, pero con la circunstancia de que después de haber seguido casi toda la carrera se separan al llegar a la última cuesta que termina en la puerta que hay frente a la fuente de los monjes, en cuyo momento se arrodillan ante la Imagen de Nuestra Señora de Montserrat y, al emprender la marcha, lo hacen entonando una Salve.

(1) "Tres días en Montserrat". Pág. 30. Edición de 1858.

”Regresan a su país engalanados con cintas, medallas y estampas de Montserrat. Ciertamente, es cosa que hace gran efecto, tanto por ver cómo conservan aquellos pueblos una costumbre tan antigua y patriarcal, como por el venerable recogimiento que tienen pintado en su rostro aquellos hombres.

”Y no se vaya a creer, termina el católico y piadoso escritor, que la elección recaiga en hombres de pueblo y de escasa fortuna, pues ha habido año en que lo ha sido uno que llegó hasta la frontera en coche propio y con criados y éstos con él vinieron a pie como los demás.”

Hemos descrito con tanto detalle las peregrinaciones a Montserrat de nuestros antepasados para que las frívolas generaciones presentes vean que sólo les animaba el espíritu de la fe, la devoción y el sacrificio, muchas veces llevado hasta el heroísmo. Era tan general esa fe y devoción de los peregrinos, que no era solamente el pueblo sencillo quien diera estas sublimes demostraciones de piedad y penitencia, sino que era común entre las más altas representaciones de la sociedad civil y eclesiástica, reyes, príncipes y magnates.

¡Qué contraste con las romerías de nuestros tiempos!... ¡Para cuántos que se titulan católicos las peregrinaciones no significan otra cosa que excursiones recreativas, un solaz físico, un sedante reparador para las agotadoras preocupaciones de esta vida materialista, que todo lo absorbe!

Hoy día no deben faltar toda suerte de comodidades en los medios de locomoción, buena mesa y una bien mullida cama, cuando nuestros padres, desde el rey al último vasallo, subían a pie y muchos descalzos y al llegar al Santuario, los más devotos, como los fervorosos cerdañeses, desechaban la cama para dormir humildemente sobre la paja; y reyes, como Pedro III de Aragón, velaban toda la noche a los pies de María.

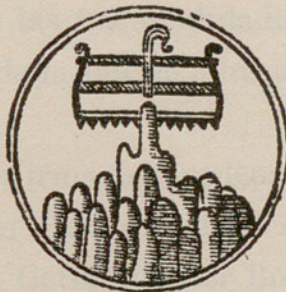
Pero la Providencia tiene en sus arcanos, infinitos medios para volver al hombre a la senda del bien. Estamos plenamente seguros de que muchos peregrinos se prostran indiferentes a las plantas de la bendita Imagen y se levantan, no obstante, con el espíritu completamente renovado; pues, como dice el vate montserratino Padre Juan de Figueroa, en su “Canción Real a Nuestra Señora de Montserrat”, citado en otro lugar.

*“Mas al llegar a ver la Imagen pura  
Cera se vuelve el alma helada y dura,  
Y de su mal doliente  
Entra curioso y sale penitente” (1).*

No faltan, sin embargo, en la actualidad, peregrinaciones numerosas y ejemplares. Las parroquias de Barcelona las organizan periódicamente, así como las de otras muchas de la región. Lo propio hacen las Terceras Ordenes, o sean seculares franciscanos, carmelitas, etc., y las juventudes de Acción Católica.

También en estos tiempos de indiferentismo religioso se registran numerosos ejemplos de penitencia y fervor; pues España es de María y la fe, en España, no morirá nunca.

(1) El Abad Crespo dice textualmente: “el número de rarísimas conversiones excede a todas las Imágenes del mundo” (Memorial, pág. 41).







## CAPITULO XXI

# Montserrat y la cristianización de América

La milenaria y, por tantos títulos benemérita Orden de San Benito, desde su fundación, a principios del siglo vi, ha sido uno de los más firmes baluartes del Cristianismo.

Durante muchos siglos, o sea hasta la aparición de las Ordenes Mendicantes (siglo xiii), la Orden Benedictina fué la misionera universal de la Iglesia Católica, el portaestandarte de la Religión y de la civilización cristiana.

Una pléyade innumerable de grandes Papas, insignes Doctores, Santos y apóstólicos varones, hijos de San Benito, brillaron en los siglos de las invasiones y en la tormentosa época de la formación de las nacionalidades, introduciendo la fe en los pueblos bárbaros y volviendo al redil de la Iglesia a los apartados por el cisma o la herejía.

Así Ludovico Engel pudo afirmar sin rodeos: "La mayor parte del mundo debe la fe cristiana a la Orden de San Benito; porque se introdujo en Inglaterra por Gregorio, en España por Leandro, en Germania por Bonifacio, en Polonia y Hungría por Alberto, en Suecia por Esteban y Lituania por Bruno, en Moscovia por Abonem, en Es-lavonia por Bonifacio y en las *Indias Occidentales* por los *monjes de Montserrat* (1).

No es nuestro propósito en este capítulo hacer la apología de la meritisima Orden de San Benito, disertando sobre lo que la civilización le es deudora, al salvar en el sagrado refugio de sus Monasterios, los ingentes tesoros de la ciencia, del arte y de

(1) L. Engel. *Colegium Universi Juris Canonici*. Folio 487.



La misa de San Benito  
Cuadro de Juan Rizi. Academia San Fernando, Madrid

las letras que Grecia y Roma nos legaron. Es esta una cuestión en la que están de acuerdo todos los críticos e historiadores, aún los menos afectos al Catolicismo.

No trataremos tampoco de la apostólica labor benedictina en la cristianización de Europa.

El objeto de estas páginas no es otro que patentizar que a los benedictinos y, precisamente a los *monjes de Montserrat*, se debe la implantación del Cristianismo en el Nuevo Mundo; pues fueron los monjes de Mont-

serrat los primeros misioneros que allí sembraron el Evangelio, presididos por el insigne Padre Bernardo Boil y, asentando la fe cristiana sobre bases firmísimas, dejaron el campo abonado para que, tras su heroica labor apostólica otras Ordenes religiosas, apoyadas por la espada de los conquistadores, se lanzaran en masa a la evangelización de América, cumpliéndose el fin primordial que en su conquista se propusieron nuestros católicos monarcas, de acuerdo con el Romano Pontífice: la cristianización del Nuevo Mundo (1).

El día 3 de abril de 1493 llegaba a Barcelona Cristóbal Colón, de regreso de su descubrimiento de América.

Pocas veces — dice el historiador Serra Postius — se había visto en Barcelona tanta multitud de gente como en aquella ocasión.

(1) En nuestros días se observa una reacción general entre los escritores, exentos de prejuicios, contra la leyenda negra que pesaba sobre la colonización española. Todos están acordes en sostener que la conquista y colonización de América por España fué esencialmente misionera.

Recientemente se ha concedido las insignias de Comendador de la Orden de Isabel la Católica al escritor Don Vicente Sierra, autor de la obra "Sentido Misional de la Conquista de América".

Como quiera que los Reyes, y con ellos el príncipe don Juan, para honrar más a Colón, ordenaron poner en público su trono, aquellas multitudes, ávidas de ver al Almirante, a los indios y a las varias cosas que traía, jamás vistas en Europa, sin distinción de clases, llenaban las calles, las ventanas y hasta los tejados.

Entró Colón acompañado de muchos nobles españoles y extranjeros y, llegados todos a la real presencia, se levantó el Rey, y el Almirante, puestas las rodillas en tierra, besó la mano de Sus Majestades, y pedida su venia, refirió con gran prudencia y sosegadamente las mercedes que Dios le había concedido, dando buena cuenta de su viaje, de las tierras que había descubierto y de la esperanza que tenía de encontrar más, enseñando todos los objetos raros y desconocidos que traía, y mostrando a los indios vestidos y adornados de igual manera que iban en su tierra. Cuando Colón terminó su relato se arrodillaron los Reyes y, elevando las manos al cielo, con gran devoción y con los ojos cubiertos de lágrimas, dieron gracias a Dios y a su Madre Santísima, acompañándoles en tan piadoso acto todos los circunstantes.

Luego los Cantores de la Real Capilla, con alegre música, entonaron el "Te Deum laudamus", finalizando con este canto tan emocionante acto.

Ante un acontecimiento tan trascendental, los Reyes Católicos comunicaron al Sumo Pontífice Alejandro VI la noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo y de las tierras que el cielo les había dado, y le suplicaron refrendara con su Autoridad Suprema, la posesión de aquellos territorios.

El Santo Padre accedió gustoso a la petición de nuestros Monarcas, pero con una condición: Debían enviar varones apostólicos para reducir a la fe católica a aquella gentilidad.

Muy arduo era el problema que planteaba a los Reyes Católicos la orden pontificia. Ciertamente que en sus catolicísimos reinos no faltaban varones apostólicos para enviarlos a la cristianización del Nuevo Mundo; pero los primeros que allí fueran debían reunir condiciones excepcionales.

No sólo habían de estar poseídos de un gran celo apostólico, del espíritu misionero que reclamaba el Sumo Pontífice, sino que habían de ser hombres de gran temple, para desafiar los innúmeros peligros de mar y tierra a que debían hacer frente y estar

adornados, además, de un gran talento político y diplomático para hermanar la obra misional con la táctica de los descubridores y conquistadores, y, por tanto, debían de poseer la plena confianza del Rey Católico.

El prudentísimo Monarca hizo una revisión de valores entre el personal de las Ordenes religiosas, y aunque en muchos reconoció grandes capacidades, sólo en el ilustre monje *montserratino*, Padre Bernardo Boil, encontró al hombre idóneo a quien podía encargar una misión tan delicada y trascendentalísima.

Mucho tiempo hacía que conocía el Rey Católico al Padre Boil y había tenido ocasión de sondear bien al ilustre benedictino, con el cual llegó a unirle una profunda amistad, según demuestran las dos cartas que existen en el archivo del Monasterio, escritas de puño y letra del Monarca a los monjes de Montserrat, y fechadas una en Madrid y otra en Barcelona (1).

Sabían, pues, perfectamente los Reyes Católicos a quien confiaban la evangelización del Nuevo Mundo al proponer al Papa Alejandro VI el nombramiento del Padre Boil para el cargo de Patriarca de las Indias y organizador de la Iglesia Católica.

Así el Padre Boil fué consagrado Obispo y nombrado Nuncio de Su Santidad el Papa en aquellos territorios.

El nuevo Nuncio escogió como colaboradores a doce venerables monjes de Montserrat, los cuales, llenos de celo apostólico, embarcaron en el puerto de Barcelona

(1) Por tratarse de documentos muy interesantes los transcribimos a continuación. Según Zurita, libro 8, Cap. 18, siguió Don Fernando el Católico la costumbre de escribir a sus súbditos de la Corona de Aragón en catalán, que era la lengua de la Corte.

“LO REY. Religiosos amats nostres. Ab Fr. Boil, havem rebut vostra lletra, ab creencia ab la persona, la qual vista atés lo que per vostra part nos ha volgut explicar, vos responem: es nostra voluntad ser vers aqueixa Casa segons la devoció hi tenim, e com ofert. E mes llargament ho havem dit al dit Fr. Boil, e com entenem metre per obra, plahent a Nostre Señor, antes de nostra partida de assi. Nos remetem a la relació, al qual sobre de açó deveu fé e creencia com a nostra propia Persona. Dada en Barcelona a XXIV de Setembre de MCCCCLXXXI = LO REY.”

“Venerables Religiosos amats nostres. Vostre lletra havem rebuda en la qual”, etcétera, y termina: “Trobam plaer del ques escrivim que los Religiosos, e amat nostre Fr. Boil, sie estat tant solicit e propici en lo ques estat menester per dites coses. Dada en Madrid a XXIII de Octubre MCCCCLXXXII”.



Ermita de San Dimas

Grabado de C. Langlois. Enero de 1830



acompañando a Colón en su segundo viaje, dispuestos a la conquista espiritual del Nuevo Mundo (1).

Llegaron felizmente a la Española y allí estableció el Padre Boil su Sede con algunos compañeros, empezando inmediatamente su labor apostólica.

Todos los historiadores están de acuerdo en afirmar que la labor misional del incansable Padre Boil y de sus compañeros en América fué de resultados incommensurables.

Sólo en la Española destruyó el Padre Boil ciento setenta mil ídolos; pues, como los egipcios, tenían tantos dioses como cosas les eran necesarias, ofrendándoles pan, carne, frutas, etc.

De estos diabólicos engaños y del bárbaro vivir que tenían les libró el Padre Boil, a quien los historiadores consideran el primer propulsor y el más principal operario en esta conquista de almas.

Gonzalo de Illescas dice textualmente: "El que más trabajó en la conversión de los idólatras fué el Nuncio Boil."

Pero el Padre Boil era hijo de Montserrat y allá en el lejano Nuevo Mundo no podía olvidar a su Santuario y a la Santísima Virgen Morena. Allí quiso testimoniar a la excelsa Señora de la Montaña Santa, su amor filial al erigir el primer templo católico

(1) Con los Monjes Montserratinos, dice Serra Postius en el Capítulo 15, embarcaron un gran número de catalanes. Al llegar a la isla Española, hoy Santo Domingo, mandó Colón levantar una fortaleza con una guarnición de cincuenta y seis soldados, al mando del caballero catalán don Pedro Margarit, al que nombró primer Gobernador de las Indias Occidentales. A esta fortaleza la denominaron "Santo Tomás", porque no creían que hubiera oro en la Isla; y, como el santo no creyó en la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo hasta que tocó las Sacratísimas Llagas, tampoco ellos creían en la existencia del oro hasta que lo vieron.



Retrato del P. Boil, en la Galería de Catalanes Ilustres del Ayuntamiento de Barcelona

que se levantó en América bajo la advocación de Nuestra Señora de Montserrat, poniendo bajo su patrocinio aquellos territorios que España, en su obra ecuménica misional, había de convertir en inmensas cristiandades.

El Obispo fray Alonso de Sanvitores en su obra "El Sol en Occidente, San Benito", al hablar de la apostólica labor del Padre Boil, dice: "Por mandato de Alejandro VI partió para América con doce monjes para plantar la religión cristiana en el Nuevo Mundo. Fué el primero que sembró la fe católica en aquellas provincias, y en una sola isla, que se llamaba la Española, quebró Boil ciento setenta mil ídolos y quitó a la gentilidad los templos, levantó iglesias, edificó Monasterios y consagró Obispos. ¡Oh, varón apostólico — exclama — por quien tuvo más plantas el cielo que tiene arenas el mar! Otra pluma te celebre, que, para que la mía te ilustre, tu nombre solo basta."

Y continúa: "Patriarca del Nuevo Mundo fué Boil, haciendo oficio de Vicario General ad-látère del Sumo Pontífice Alejandro VI, y con orden de los Reyes don Fernando y doña Isabel."

Fué, en una palabra, el Padre Boil el adalid de Cristo, el conquistador espiritual del Nuevo Mundo.

Así pudo escribir fray Antonio de Santa María, carmelita descalzo, en su obra "España triunfante por María": "De Montserrat salió el Padre Boil con doce monjes, sacerdotes venerables, para la conquista de las Indias en compañía de Colón, porque quiso María Santísima que salieran de su Casa los que habían de convertir tantas almas y fabricar tantos templos, como lo hicieron, consagrando el primero a Su Majestad con título de Nuestra Señora de Montserrat, como lo hizo Boil."

Tan intensa y fructífera fué la labor del Padre Boil, que mereció de la posteridad el glorioso título de Apóstol de las Indias.

Los otros monjes montserratinos que con el Padre Boil marcharon a la evangelización de América, fueron dignos colaboradores de su Prelado.

Incansables misioneros convirtieron a innumerables gentiles a la fe católica y algunos de ellos sellaron con su sangre su predicación, como dice Antonio de Heredia, cumpliendo todos la consigna de los primeros Apóstoles: *Labora sicut bonus miles Christi*: trabaja, lucha, combate como buen soldado de Cristo.



Después de varios años de incesante labor apostólica, organizada ya la obra misional, regresó el Padre Boil a España para dar cuenta a los Reyes Católicos del estado de las misiones, retirándose al Monasterio de San Miguel de Cuxá, del que fué nombrado Abad perpetuo, terminando ejemplarmente sus días el año 1520 (1).

La obra de evangelización del Nuevo Mundo estaba en marcha. Los heroicos monjes de Montserrat habían abierto la brecha, desbrozado la impenetrable selva y abierto el seguro camino para que luego todas las Ordenes religiosas de España, en santa competición, se volcaran en las Indias acompañando a nuestros capitanes a Méjico, California, Perú, Chile, Argentina, etc. Y entonces se dió el soberano espectáculo, único en la historia, de que al par que la gran madre España se desentrañaba procreando virreinos, que más tarde se convertirían en una hermosa constelación de Naciones, nuestros heroicos misioneros, siguiendo las huellas de los bravos hijos de Montserrat, cristianizaban aquellos inmensos países y en sus templos, escuelas, en sus universidades, hispanizaban a aquellas gentes, constituyendo, en su mayoría de edad, la familia hispana, veinte naciones plétóricas de vida, enriquecidas con un bagaje inmenso de cultura, siendo indudablemente la gran reserva espiritual que la Providencia parece ha querido salvar de esta hecatombe que sufren los valores morales y espirituales en los aciagos tiempos en que vivimos.

Es la resultante de la obra misional iniciada por el gran Padre Boil y sus venerables compañeros.

(1) A todas las grandes figuras de la Historia el correr de los siglos las envuelve en cierta penumbra de leyenda. El gran monje montserratino no podía ser una excepción. Su nombre auténtico, el lugar de su nacimiento, los cargos que ocupó, han sido confundidos por diferentes historiadores. Lanuza, Heredia y Méndez Silva le llaman Juan; Pujadas, Bartolomé; Ferrera, Pedro. Pero como dice Serra Postius, en el archivo de Montserrat, es constancia de que se llamó Bernardo. Argáiz dice que era valenciano; pero el Padre Pedro Sancho que escribió más de 170 años antes que Argáiz, en una exposición que hizo del origen y desenvolvimiento de la Orden de San Benito en las Indias a su Majestad el rey don Felipe II, después de referir sumariamente el descubrimiento de aquellas tierras, tratando del segundo viaje de Colón y de cómo con él enviaron los Reyes Católicos predicadores a aquellas remotas regiones, dice: "Teniendo Bula de la Santidad de Alejandro VI, fué señalado por Patriarca de las Indias, Vicario y Legado de Su Santidad, el Padre Boil, natural de Tarragona, hombre muy insigne, profeso de la Orden de Nuestro Padre San Benito, del Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat".

Como el Padre Boil era sobrino de fray Bernardo Boil, que también fué monje montserratino, pero que se pasó a la Orden de los Mínimos, siéndole impuesto el hábito por el propio San Francisco de Paula, que le envió de Provincial a España, donde introdujo la Orden de los Mínimos, dió lugar a otra confusión.

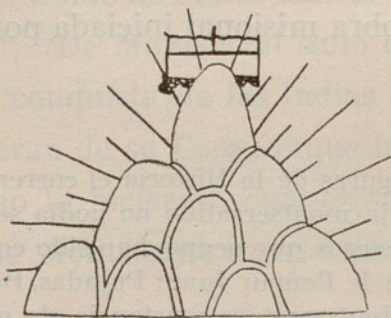
Hubo un Obispo de Gerona llamado Guillermo Boil, con el cual también le han confundido. Según Méndez Silva, la ilustre familia Boil derivaba de la Real Casa de Francia.

Nadie puede disputar a Montserrat este timbre de gloria inmortal (1).

(1) A mediados del siglo XIX el Ilustrísimo don José Serra era consagrado en Roma Obispo de Perth (Australia), a donde el Sumo Pontífice le envió para la predicación del Evangelio en aquel continente. Como era muy devoto de Nuestra Señora de Montserrat, antes de partir para Oceanía visitó el Santuario y allí, con sus compañeros, se retiró unos días para hacer ejercicios espirituales.

Tal sería el fervor que la Santísima Virgen infundió en el ánimo del Obispo misionero que, postrado ante la Sagrada Imagen, puso todo aquel dilatado país bajo su amparo e instituyó a Nuestra Señora de Montserrat por Madre y Protectora de todo el continente Australiano y, como remate de su escudo episcopal, hizo grabar los montes aserrados como su principal enseña.

Se puede, pues, afirmar, que si Europa debe su cristianización a la ínclita Orden benedictina y el Nuevo Mundo recibió la primera luz evangélica de los benedictinos de Montserrat, también la evangelización del novísimo continente se inició al calor de la Cámara Angélica montserratina, alentando la Virgen Morena, desde la Montaña Santa, a los apostólicos varones de nuestros tiempos que en las antípodas ensanchan el reinado de Jesucristo.



## CAPITULO XXII

# Ntra. Sra. de Montserrat en el extranjero

## Su expansión ecuménica

En otros lugares de este libro se ha dicho que la devoción a Nuestra Señora de Montserrat estaba generalizada en todo el orbe católico, por la sencilla razón de que en todo él se dejaba sentir la influencia de España.

Y esta devoción no sólo se traducía en peregrinaciones que de todas partes acudían al Santuario (1), sino que se erigían Templos, Abadías y Prioratos, bajo su advocación, en diversos países europeos y virreinos de Indias.

Enumeraremos solamente algunos de estos templos, pero que bastará para que el lector se dé perfecta cuenta de que era un hecho evidente que el Santuario de Montserrat constituía el pabellón espiritual de la España Imperial, lo mismo en el interior que en el exterior, por ser en realidad Nuestra Señora de Montserrat, venerada como Emperatriz espiritual de los españoles en todas las latitudes.

Es tan atrayente la Virgen Morena, que, cual imán de potencia inmensa, irre-

(1) Argáiz cita un manuscrito, que se conservaba en el archivo del Monasterio, donde su autor, el Padre Mateo Oliver, declaró lo siguiente: "En el año 1624, yo, fray Matheo Oliver, confesé, desde primero de enero de dicho año hasta último de diciembre del mismo, de franceses, flamencos y otros países de lengua francesa cinco mil quinientas dos personas". ¿Pues cuántas habría de italianos, alemanes y otras naciones? — observa el mismo autor Serra Postius, "Historia de Nuestra Señora de Montserrate". — Parte IV. — Cap. XIX.

sistiblemente se adueña de los corazones más recalcitrantes a la gracia divina (1).

Por esto el maestro Peñalosa al hablar de esta Sagrada Imagen, decía: "Es la Imagen de la mayor devoción del mundo, Casa angelical, Templo de las misericordias de Dios" (2).

Por esto los devotos de Nuestra Señora de Montserrat, ya que no podían contemplar constantemente la milagrosa Imagen, que es el retrato de la Madre de Dios, quisieron tener cerca de sí su reproducción, levantándole templos y altares.

#### NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT EN ROMA

Empezaremos por su carácter ecuménico, historiando la fundación del Templo dedicado a Nuestra Señora de Montserrat en la capital del orbe católico.

A mediados del siglo xiv una virtuosa dama barcelonesa, llamada Jacoba Fernández, fué en peregrinación a Roma y allí, en 1350, fundó un hospital para dar asilo a los peregrinos de la Corona de Aragón, a los que trataba y servía con la mayor solicitud y caridad. Al morir, santamente, dejó todos sus bienes al hospital, que se denominó de San Nicolás.

Otra piadosa señora mallorquina, llamada Margarita, fundó otro hospital en la misma ciudad de Roma, para recoger a los peregrinos mallorquines, a cuya fundación hizo también donación de todos sus bienes. Muertas las fundadoras, con muy buen acuerdo, se refundieron en una las dos casas, administrada por personas distinguidas,

(1) Fray Juan de Figueroa, en su inspirada Canción Real a Nuestra Señora de Montserrat, cantó así:

Llega el pecadorazo pasajero,  
Que ha corrido mil mares y mil males,  
Cubierto de bordados y diamantes.  
Huella altivo y soberbio estos umbrales,  
Jurando por la fe de caballero  
Que no ha visto cosa semejante.  
(Sin quitarse los guantes)

Toma agua bendita,  
Tan necio, que el sombrero no se quita,  
Mas, al llegar a ver la Imagen pura  
Cera se vuelve el alma helada y dura;  
Y de su mal doliente,  
Entra curioso y sale penitente.

(2) Peñalosa. Excelencias del Español. Excel. 4. — Cap. XXI.

no solamente por su posición social, sino también por su piedad entre la colonia de la antigua Corona de Aragón con residencia en Roma.

En 1506 don Fernando el Católico, deseando que esta benéfica institución cumpliera dignamente su cristiana y humanitaria finalidad, la tomó bajo su alto Patronato, y a este objeto convocó a todos los nacionales residentes en Roma, en la iglesia llamada entonces del Pozo y posteriormente de San Felipe Neri. En dicha reunión organizóse la parte económica y administrativa del hospital, se instituyó la Cofradía de Nuestra Señora de Montserrat, en la capilla de San Nicolás, que había erigido la fundadora doña Jacoba Fernández, y, por último, se acordó "levantar una iglesia dedicada a Nuestra Señora de Montserrat" (1).

De esta suerte, gracias a la devoción y liberalidad de los españoles residentes en Roma y a la generosa protección de los Reyes de España, se levantó un hermoso templo bajo la advocación de Nuestra Señora de Montserrat en la Ciudad Eterna, en la capital del orbe católico, cundiendo la devoción a Nuestra Señora por todo el mundo cristiano, pues no tardaron los Sumos Pontífices en enriquecer este templo con extraordinarias gracias y privilegios, por cuyo motivo no sólo era visitado por los peregrinos españoles, sino también por los de otras nacionalidades.

En dicha iglesia fueron sepultados los Papas Calixto III y Alejandro VI, el Cardenal Enrique Cardona, Obispo de Barcelona y otras altas dignidades eclesiásticas e ilustres miembros de la Nobleza española.

Actualmente es la Iglesia Nacional de España y en donde se celebran los actos oficiales de nuestra Embajada en Roma, distinción y tributo merecido de la Nación católica a la Virgen Morena protectora asidua de nuestros Reyes y de nuestras armas en los pretéritos siglos de nuestras grandezas y, visiblemente, de nuestra Patria en los aciagos días que atravesamos, al apartarnos milagrosamente de este mundo en llamas, que amenaza destruir todos los valores espirituales tan penosamente creados y tan cuidadosamente conservados por la milenaria civilización cristiana.

(1) Este último acuerdo fué recibido con especial entusiasmo, obligándose los nacionales residentes en Roma a contribuir para la construcción del Templo, estableciéndose la cuota de 5 julios (moneda romana) los hombres y 4 las mujeres cada año. (Serra y Postius: "Historia de Nuestra Señora de Montserrat". Parte 4.<sup>a</sup>. Cap. XX.)

## NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT EN VIENA

Los Emperadores de Alemania de sangre española fueron devotísimos de Nuestra Señora de Montserrat.

El Emperador Maximiliano II visitó dos veces el Santuario con singular devoción; subió a las ermitas, conversando con los venerables anacoretas, y tanto él como su esposa, doña María, ofrecieron valiosos regalos a la Santísima Virgen.

Más tarde, sus dos hijos Rodolfo y Ernesto, a quienes su padre, por indicación de Felipe II, había enviado a España para su educación religiosa y no se contaminaran de la herejía protestante, donde permanecieron siete años y tres meses, visitaron también el Santuario de la Virgen Morena con gran piedad y devoción.

También Fernando II, a quien sus obligaciones no le permitían postrarse a los pies de Nuestra Señora de Montserrat, quiso tenerla cerca de sí y mandó levantar un templo y Monasterio bajo su advocación y que los propios monjes de Montserrat cuidaran de su culto.

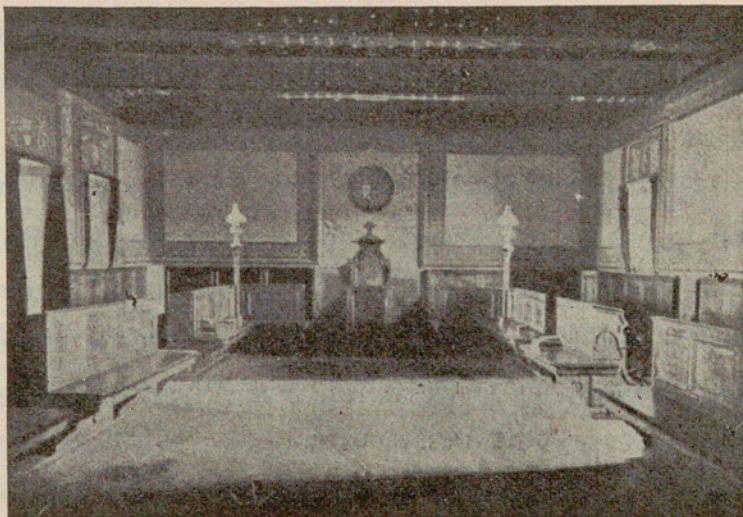
El cronista don José Pellicer nos describe, en unos bellos párrafos, la fundación de dicha iglesia y Monasterio, venciendo la devoción del católico Príncipe todos los obstáculos que se oponían a su realización.

“Dió don Fernando — dice — a unos monjes de San Benito, que pasaron de Montserrat de España al Austria, cierto sitio que pidieron en el arrabal de Viena, para edificar una iglesia y Monasterio en honor de Nuestra Señora.

”El jefe de la guarnición, que está de presidio en la ciudad, juzgando por inconveniente levantar en aquel lugar tan grande edificio, proponía muchas y graves dificultades: que estaba cerca de la ciudad más de lo que convenía; que podría ser de mucha consecuencia para los enemigos si acontecía poner sitio a Viena; que tales fábricas, antes se debían alejar que acercarse a las plazas fuertes...

”Oyó el César lo que decía el coronel y dijo: “¡Santo Dios! ¿Qué nos culpa este capitán? Yo no hallo mayor defensa para esta ciudad que el Templo de Nuestra Señora,

y quiero antes que esté tan cerca la Virgen que no tenga el presidio la ciudad. Más segura tengo la protección en Ella que en él. Diganle que yo no quiero mudar de parecer y que en la parte que dije, determino se levante el templo; que no hay que temer daño alguno que nos venga por él; mucho bien, sí, que esperar.”



Un detalle de la capilla de Ntra. Sra. de Montserrat en Nueva Nursia (Australia occidental)

Ejecutóse la obra como el Emperador mandó, y a expensas de su liberalidad erigiéronse la iglesia y el Monasterio, inaugurándose solemnemente, con asistencia del César y toda la Corte el año 1636, colocándose una hermosa imagen de Nuestra Señora de Montserrat, con aplauso del pueblo vienés, que profesaba especial devoción a la Virgen Morena.

#### NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT EN PRAGA

El famoso misionero, monje montserratino, Padre Benito de Peñalosa, que residió algunos años en el Priorato de Méjico, dependiente de Montserrat, y allí con su predicación apostólica implantó y propagó entre los indios la devoción a Nuestra Señora de Montserrat, con tan ópimos frutos, que para demostrar su fervorosa devoción, ofrendaron aquellas gentes una riquísima corona de oro y esmeraldas a la Virgen Morena, a su regreso a España, impulsado por su celo apostólico, después de presentar a la Virgen aquella valiosa corona, pasó a Alemania para predicar la verdad católica, pregonar las glorias y prodigios de Nuestra Señora de Montserrat, e infundir la devoción a María en aquellos países tan trabajados por las sectas protestantes.

Por sus prendas personales, sus profundos estudios y su apostólica predicación, como dice un ponderado historiador (1) se captó, el ínclito monje montserratino; la confianza y el afecto, no solamente del Emperador Fernando II, ferviente devoto de

(1) Serra Postius. — Historia de Nuestra Señora de Montserrate. — Parte IV. Cap. XXI.

Nuestra Señora de Montserrat, sino también del duque de Frislan, General de los ejércitos de Su Majestad Cesárea.

Fué tal el entusiasmo que provocó la predicación del Padre Peñalosa, que, en la ciudad de Praga, capital del reino de Bohemia, le fué cedido un convento para que lo transformase en Monasterio, bajo la advocación de Nuestra Señora de Montserrat, del cual fué el primer abad, extendiéndose por tal motivo prodigiosamente en aquellos países la devoción a la Virgen Morena.

#### NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT EN NAPOLES

En la guerra que en el reino de Nápoles sostuvo Don Fernando el Católico, si mandando el ejército de tierra se hizo famoso Gonzalo de Córdoba, llamado el Gran Capitán, el héroe del ejército del mar fué el Almirante don Bernardo Vilamarí. Tanto fué así que, después de conquistada la capital, y una vez terminada la campaña, para perpetuar la memoria del gran marino dedicáronle los napolitanos una calle cerca de Castelnuovo.

Y como siempre, en donde se plantaba la bandera de la patria se erigía allí un templo o un altar a María, en aquella misma calle Vilamarí, que los naturales llamaban también Rua Catalana, se erigió una hermosa capilla dedicada a Nuestra Señora de Montserrat.

Fué tanta la devoción a Nuestra Señora, lo mismo por parte de los españoles que de los italianos, que pronto se constituyó allí un Priorato regentado por monjes montserratinos.

#### NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT EN PALERMO

No podía faltar en Sicilia, dominada por España, un templo dedicado a la Virgen de Montserrat.

En Palermo, su capital, se erigió en efecto una hermosa iglesia bajo su advo-



cación, constituyéndose un Priorato regido por monjes de Montserrat, que según las crónicas fué uno de los más florecientes de Europa.

La iglesia fué levantada precisamente en el sitio donde antiguamente estuvo emplazado un templo dedicado a Vulcano (1).

Fuó a este Monasterio adonde se retiró el Padre Abad Blanch en 1835 cuando la dispersión de los monjes en España, hasta que el Gobierno, recogiendo el clamor general de Cataluña, que reclamaba la presencia de los religiosos en Montserrat, autorizó, aunque con ciertas limitaciones, que se instalaran nuevamente en la Montaña Santa (año 1844).

El Padre Blanch pudo, pues, volver a su amado Montserrat, para comenzar la obra de su restauración, que ha perdurado hasta el presente, culminándose esta labor reconstructiva y, a la vez, estructuradora, durante el gobierno del Padre Abad Marcet.

#### NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT EN LISBOA Y AMERICA PORTUGUESA

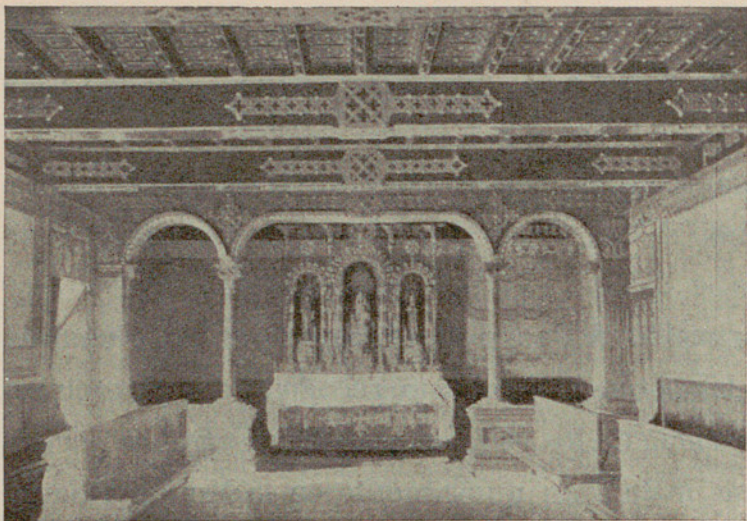
La Real Casa de Portugal demostró constantemente su devoción a la Virgen de Montserrat en los gloriosos días de su imperio.

El gran rey lusitano don Manuel, que dió un enorme impulso a la navegación y a los descubrimientos, sintió siempre una tierna devoción a Nuestra Señora de Montserrat y ordenó entregar al Procurador del Monasterio, residente en Lisboa, preciosos dones procedentes de las Indias para que los ofrendara al Santuario montserratino.

Don Juan III, don Sebastián y don Enrique hicieron igual que don Manuel al llegar las flotas procedentes de Ultramar.

De todos ellos únicamente don Enrique, siendo Infante (año 1537), visitó el Santuario, entregando una importante cantidad en metálico y el sostenimiento de una lámpara.

(1) Facelle. Historia de Sicilia. Decad. 1. — Libro 6. Cap. I.



Altar de la capilla interior del Monasterio dedicado a Nuestra Señora de Montserrat en Nueva Nursia (Australia occidental)

El Infante don Luis, acompañado de su cuñado el Emperador Carlos I, también visitó Montserrat, confesó y comulgó; y, después de implorar el auxilio de la Virgen Santísima, partió para Barcelona, en donde embarcó, tomando el mando de las escuadras aliadas, pues la española y la portuguesa, en noble alianza, conquistaron el reino de Túnez.

A su victorioso regreso, volvió nuevamente a visitar a la Virgen, en agradecimiento por haberle asistido en tan sangrienta campaña, ofrendándole una lámpara de plata dotada espléndidamente.

La Emperatriz Isabel, esposa de Carlos I, hija insigne de los reyes de Portugal, se distinguió por su devoción a Nuestra Señora. Estando en Barcelona, le sobrevino una grave enfermedad y toda la ciudad, profundamente conmovida, hizo rogativas públicas para impetrar del Cielo la preciosa salud de la Augusta Señora.

Ciento cincuenta barceloneses, entre ellos varios sacerdotes y distinguidas damas, salieron de la iglesia de Santa María del Mar, a pie, y muchos descalzos, en hábitos de peregrinos y subieron a Montserrat para implorar la salud de su amada Condesa.

Aun no del todo restablecida, impulsada por su fervorosa devoción, la Emperatriz visitó en peregrinación el Santuario, ofrendando a la Virgen Morena en acción de gracias un porta-paz grande, con el árbol de Jesé primorosamente labrado y un pequeño navío de oro y diamantes que se colocó sobre la corona de oro y diamantes que poseía Nuestra Señora.

Esta profunda devoción a Nuestra Señora de Montserrat por parte de la Casa Real, se evidenció una vez más cuando, al fundar el rey Juan III en 1522, un colegio para recoger y educar a los niños que vagaban por Lisboa, a ruegos de don Pedro Doménech, canónigo de la catedral de Barcelona, el Rey concedió que la iglesia del referido colegio se dedicara a Nuestra Señora de Montserrat.

Más tarde, en el año 1574, a instancias de la colonia catalana residente en Lisboa, el rey don Sebastián autorizó muy complacido que se levantara una suntuosa Capilla bajo la advocación de la Virgen de Montserrat; y todos los años la Casa Real contribuía con liberalidad a la fiesta que los catalanes dedicaban con gran pompa a su excelsa Patrona.

Como lógico corolario de este ambiente montserratino en la Corte lusitana, no es de extrañar que cuando el ilustre monje de Montserrat Padre Juan Chacones, que fué el maestro espiritual de San Ignacio de Loyola, pasó a Lisboa con los religiosos benedictinos Padre Chaves y Padre Plácido de Villalobos, para la reforma de su Orden, los benedictinos que de allí partieron para la América portuguesa llevaran consigo el bagaje montserratino, pues fundaron una iglesia y monasterio bajo la advocación de Nuestra Señora de Montserrat, sembrando la devoción a la Virgen Morena en aquellos vastos territorios.

#### EXPANSION ECUMENICA DE MONTSERRAT

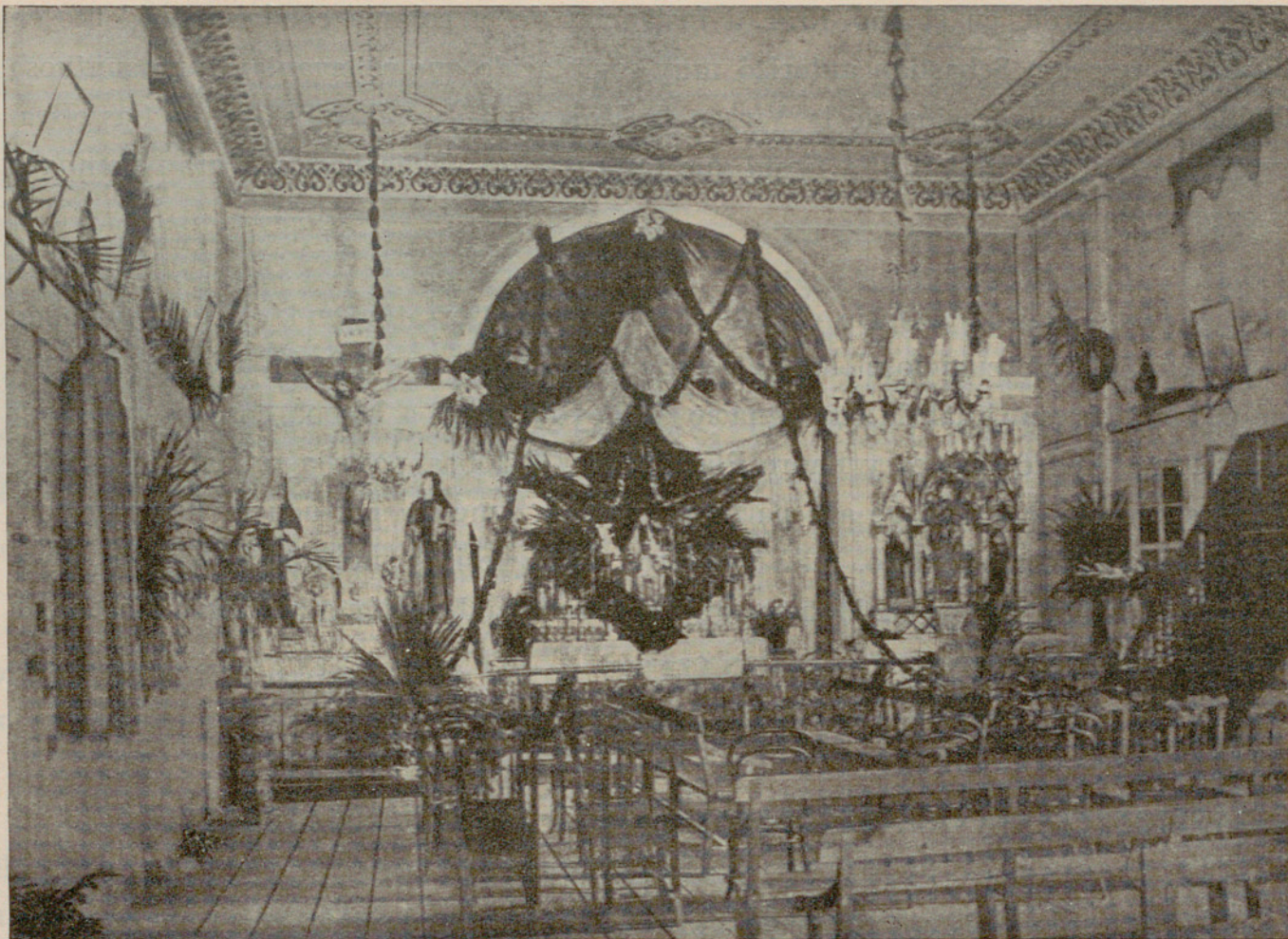
Nos extenderíamos demasiado si tuviéramos que enumerar y, aún más, historiar las iglesias, capillas y altares que son dedicados a Nuestra Señora de Montserrat, debidos a la mucha devoción que a la Virgen Montañesa se sentía en aquellos gloriosos tiempos de nuestra historia patria, en que la religiosidad y devoción a María vibraban plétóricos en el espíritu español y éste se difundía por el mundo entero.

El Padre Montagut, citado por Serra y Postius (1), dice que en Francia se la veneraba en París, Lyon, Ruan y Toulouse.

En Caller, capital de Cerdeña, había una capilla servida por un monje montserratino, en calidad de Procurador, lo mismo que en Palma de Mallorca.

En Italia, además de los Prioratos que hemos mencionado, existía un gran número de capillas dedicadas a Nuestra Señora de Montserrat. Hay quien las hace ascender a un centenar. No es de extrañar, dada la influencia de la monarquía aragonesa

(1) Serra Postius. Historia de Nuestra Señora de Montserrat. Parte IV. Cap. XXI.



Iglesia de Nuestra Señora de Montserrat en Filipinas

en aquellos países, tan compenetrada con la devoción de nuestra Virgen Morena y continuada por la España Imperial.

Y ¿qué diremos de la devoción a la Virgen de Montserrat en la América española?

Ya hemos dicho en otro capítulo de este libro, que el famoso Padre Boil levantó el primer templo en el Nuevo Mundo, dedicándolo a Nuestra Señora de Montserrat.

Pedro Valdivia, conquistador de Chile, llevaba en procesión a la Virgen de Montserrat, difundiéndose su devoción en aquel hemisferio.

Se erigieron Prioratos en diferentes virreinos, levantándose templos a la

Virgen Morena en Méjico, Perú, etc. y estableciéndose en aquellos inmensos territorios la Cofradía de Nuestra Señora de Montserrat. Cuando más tarde Felipe II, a instancias del Abad de Montserrat, Padre Plácido de Salinas, concedió licencia para pedir limosna para el Santuario en todas las Indias (año 1590), se universalizó la devoción a nuestra "Moreneta" en todo el continente americano.

Filipinas no podía quedar a la zaga de las otras hijas de España. Tampoco podían faltar en aquellas lejanas islas, donde España mantuvo enhiesta durante cuatro siglos la bandera de la civilización cristiana, los monjes montserratinos, que fundaron un Monasterio para extender en Insulandia la devoción a la Virgen Montañesa.

Ya hemos dicho también que en Australia el Obispo Serra divulgó el espíritu montserratino, colaborando con el Obispo, misioneros y apostólicos varones que se concentraban en Montserrat antes de partir para el novísimo continente.

Repetimos lo dicho al principio de este capítulo: que allí donde llegaba la influencia española allí se levantaba un altar a Nuestra Señora de Montserrat y como la devoción a María era innata en los españoles dióse el caso de que las múltiples advocaciones con que la nación mariana designaba a la Emperatriz de Cielos y Tierra, en aquellos áureos siglos de nuestra historia, los sintetizara y vinculara en NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT, auténtica Patrona de la España Imperial.

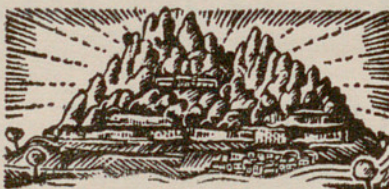
#### EL MAPA DE LA EXPANSION DE MONTSERRAT

En el jardín de los monjes se levanta esbelta, primorosa, una glorieta con arcos y columnas de reminiscencias medievales, de forma cuadrangular, abierta por tres de sus lados. El cuarto lo constituye un gran lienzo de pared sin vano alguno, todo él ocupado por la pintura de un grandioso y curiosísimo mapa, orlado con los escudos de los grandes Abades, donde se concreciona, en forma gráfica y multicolor, la Expansión Universal de Montserrat.

España figura en el centro del mapa, desde donde irradia por todos los ámbitos de la tierra el nombre de Montserrat y a donde convergen de todo el orbe sus devotos y peregrinos.

Se destacan en este mapa hermosas anécdotas montserratinas, como la fundación del Monasterio en Viena; las naves que conducen a los almirantes que han invocado a la Virgen Morena antes de la batalla y dándole las gracias después de la victoria; los bajeles de los descubridores; aquí es Valdivia que lleva en procesión a la Virgen a la otra parte de los Andes; allí está el Rey de Portugal entregando los dones de las Indias para ofrendar a la "Moreneta"; más allá los misioneros de la lejana Australia, los mártires, etcétera.

En una palabra; este magnífico mapa es una demostración clarísima y una confirmación plena de cuanto llevamos dicho y de lo que, con machacona insistencia venimos afirmando, o sea la UNIVERSALIDAD DE MONTSERRAT en el mundo cristiano, que siguió paralelamente a la expansión del reino de Aragón primero y, posteriormente, a la ecuménica de la Gran España.



### CAPITULO XXIII

## Fundadores de órdenes religiosas que visitaron el Santuario

### SAN FRANCISCO DE ASIS

No hay documentos que prueben de forma incontrovertible que el Serafín de Asís, cuando pasó a España visitara el Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat.

Hay monumentos, que prueban su presencia en la plana de Vich, en donde subsiste la famosa ermita dedicada a "San Francisco se moría", y el "Pozo de la vida", que recuerdan el episodio de la vida del Santo, cantado por el inmortal Verdguer.

Siendo, pues, tan fervoroso devoto de María Santísima, que hasta la Iglesia celebra el Jubileo de la Porciúncula, evocando la aparición de la Santísima Virgen al Seráfico Patriarca, es más que probable que, pasando tan cerca de Montserrat, no dejara de hacer una visita a la Excelsa Señora, entonces ya famosísima por sus milagros y peregrinaciones.

### SAN JUAN DE MATA

Está fuera de duda que el insigne fundador de la Orden de la Santísima Trinidad visitó el Santuario de Nuestra Señora de Montserrat.

Vino a España con cartas comendaticias del Sumo Pontífice para el rey de

Aragón don Pedro el Católico, del que recibió todo apoyo para la propagación de su Orden.

En 30 de noviembre de 1201 fundaba el primer convento en Serós, donde le había cedido un castillo don Pedro de Vellví, asistiendo al acto de cesión como testigos el rey don Pedro, su madre la reina doña Sancha, hija del rey de Castilla Alfonso el Emperador, Gombaldo, Obispo de Lérida y varios caballeros de la Corte.

El mismo año, el 11 de diciembre, fundó el de Lérida y en 1209 fundó el de Piera, que fué el último que el Santo Patriarca estableciera en España.

A este propósito el historiador Gil González Dávila, dice lo siguiente: "El año 1209 fundó San Juan de Mata, el convento de Piera, tres leguas distantes del insigne Santuario de Nuestra Señora de Montserrat, que visitó y suplicó en él a Dios, poniendo por intercesión el poder de tan Soberana Señora, amparase lo que había plantado y cultivase con el favor de su gracia."

#### SAN PEDRO NOLASCO

Este joven francés había sufrido una gravísima enfermedad y, estando desahuciado por los médicos, hizo voto de visitar a Nuestra Señora de Montserrat, apareciéndosele María Santísima y, tocándole con su virginal mano, quedó repentinamente curado.

Cumplió su voto, subiendo a pie la montaña. Entró de rodillas en el templo, dando las gracias a la Santísima Madre por el favor recibido y rogándole dispusiera de él para el servicio de Dios.

Permaneció nueve días en Montserrat, donde recibió singulares favores de María Santísima, concibiendo allí la idea de fundar la Orden de Redención de Cautivos, la que comunicó a San Raimundo de Peñafort y éste a don Jaime el Conquistador y, apareciéndose la Virgen a los tres, fundaron la Real y Militar Orden de la Merced.

Una lápida recuerda esta visita. Reza así:

HIC S. PETRUS NOLASCO VOTO  
VISITANDI B. B. VIRGINEM  
SE EXOLVIT. UBI CREBRO  
DIUQUE ORANS PRIMOS

IGNES CONDENDAE RELIGIONIS  
HAUSIT CUI POSTEA GRATISSIMA  
VIRGO BARCINONE APPARENS  
ORDINEM INSTITUIT—ANNO—1218



### SAN IGNACIO DE LOYOLA

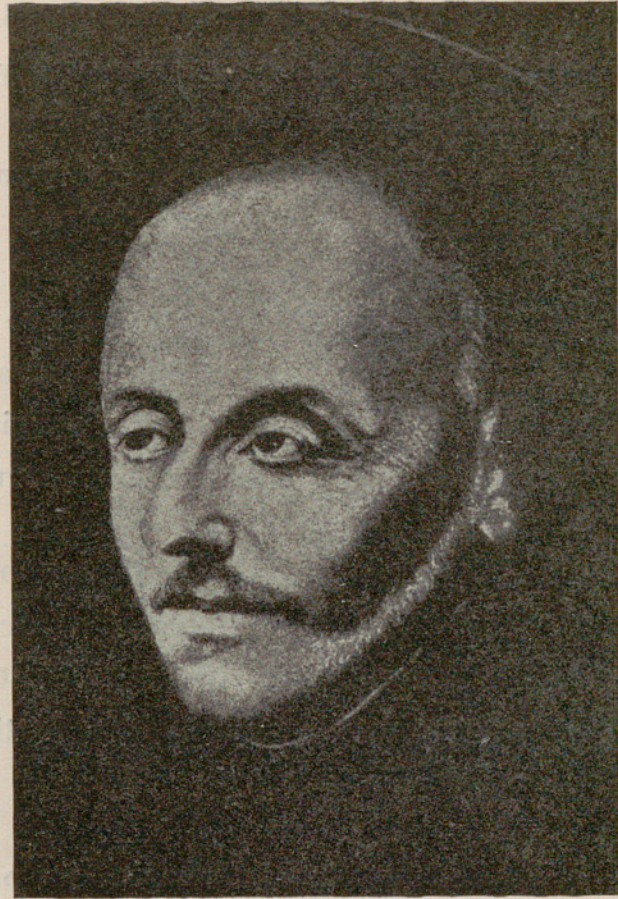
Un poderoso ejército francés sitiaba la ciudad de Pamplona. Iñigo de Loyola, antiguo paje del Rey Don Fernando el Católico, defendía bizarramente la ciudadela, cuando una bala, al herirle gravemente, le hizo abandonar la lucha. Era el 20 de mayo de 1521.

Desengañado de las honras mundanas y las glorias militares y, movido de la gracia de Dios, resolvió abandonar las vanidades del mundo.

“Para hacer esta mudanza, dice el Rdo. Padre Gabriel Alvarez, S. J., juzgó que no podría haber lugar más a propósito que la casa de Nuestra Señora de Montserrat, así por estar lejos de la suya y en desierto, como por ser casa de tanta veneración y devoción a la Santísima Madre de Dios y Señora Nuestra, de quien quedó Ignacio muy devoto y obligado desde que en su convalecencia se le apareció, teniendo a su precioso Hijo en sus brazos. Montserrat es lugar adecuado para la soledad, contemplación y devoción y mucho más por la imagen de la Soberana Virgen y Reina de los Angeles que allí, honrada y autorizada del cielo con infinidad de milagros; es este Santuario célebrimo en toda la Cristiandad (1).

”Convaleciente aún, el noble caballero de Loyola se puso en camino, para cumplir su voto, acompañándole algunos criados hasta Nájera. Desde allí se fué solo a Montserrat, comprando en Igualada el traje y aderezos de peregrino.

(1) Al final del siglo XVI, escribió el Reverendo Padre Gabriel Alvarez por encargo especial del Muy Reverendo Padre Claudio Aquaviva, Preósito General de la Compañía de Jesús, la Historia de la Provincia de Aragón de la Compañía de Jesús, cuyos primeros capítulos tratan de la venida de San Ignacio a Montserrat, Manresa y Barcelona.



San Ignacio de Loyola

Cuadro al óleo de Sánchez Coello, después de la restauración de Madrazo

"Llegado a Montserrat, al postrarse a los pies de la Virgen, quedó totalmente transformado. Allí buscó un médico y Padre espiritual a quien, con toda seguridad, pudiera fiar la cura y dirección de su alma. Deparóselo Dios tal cual había menester y deseaba. Este fué el Padre Fray Juan Chacones, dechado vivo de religiosa perfección y gran maestro espiritual."

Con este santo varón, pues, se confesó, generalmente por escrito, con mucha consideración y cuidado durante tres días. Recibió del Padre Chacones sabios consejos, además de darle a leer libros de ejercicios espirituales, que acabaron por decidir al joven capitán a seguir el nuevo rumbo que pensaba dar a su vida.

El 21 de marzo de 1522, el apuesto caballero colgó de un pilar de la iglesia las armas con que había militado en servicio del Rey de la tierra y, vestido con un tosco hábito, veló las nuevas armas espirituales, permaneciendo, ora en pie, ora de rodillas, toda la noche ante la Imagen de la Santísima Virgen, recibiendo así el espaldarazo de Caballero de Cristo.

Se cree que San Ignacio estuvo vagando algún tiempo por los alrededores del Monasterio para poder volver al mismo, ya que no se permitía a los peregrinos estar más de tres días en la hospedería, para lo cual se refugió en una cueva, donde no podía estar de pie, sino tendido, y desde la cual podía contemplar el Santuario.

Retiróse luego a la cueva de Manresa, desde donde dirigía sus miradas a la Santa Montaña, escribiendo allí el famoso libro de los Ejercicios Espirituales. De Manresa partió para Barcelona, Gaeta, Roma, París, y aquí fundó la ínclita Compañía de Jesús, escogida milicia de Cristo, que ha librado grandes batallas durante cuatro siglos contra los enemigos de la Iglesia, de la que ha sido y sigue siendo uno de sus más firmes baluartes.

En memoria de la estancia del Santo Patriarca en Montserrat, el Abad Fray Lorenzo Neto, mandó esculpir una lápida que dice así:

B. IGNATIUS—A LOYOLA  
HIC—MULTA—PRECE—FLE—  
TU—QUE—DEO—SE—VIRGINIQUE  
DEVOVIT—HIC—TAMQUAM—  
ARMIS—SPIRITUALIB.—  
SACCO—SE—MUNIENS—PERNOC—

TAVIT—HINC—AD—SOCIE-  
TATEM—IESU—FUNDAN-  
DAM—PRODIIT—ANNO  
MDXXII—F. LAUREN-  
NETO. ABB. DICAVIT.  
AN. 1603

Los hijos de San Ignacio siempre han venerado a Montserrat como cuna y manantial de su esclarecida Orden.

#### FRAY ARCANGEL ALARCON, FUNDADOR DE LOS CAPUCHINOS EN ESPAÑA

El año 1578 y a petición de los Concelleres de Barcelona, vino a esta ciudad desde la provincia de Nápoles, fray Arcángel Alarcón con cinco compañeros, para fundar un convento extramuros de la ciudad.

Un noble caballero, Juan Terrer, les ofreció una capilla y terrenos en Sarriá que, según tradición, habían pertenecido a los padres de Santa Eulalia.

El Padre Arcángel, antes de erigir el convento y, juntamente con sus compañeros, subió a visitar el Santuario de Nuestra Señora de Montserrat para implorar de la Virgen Morena su celestial patrocinio. Estuvieron allí tres días.

Fué puesta la Provincia, por el Padre Arcángel, bajo la advocación y patrocinio de Nuestra Señora de Montserrat, mandando grabar en el sello de la Provincia, en la parte superior, MARIA DE MONTSERRAT, en la inferior Santa Eulalia y, al lado, San Francisco.

Moncada, cronista de la Religión, dice: "El Abad Ferrer mandó grabar un sello como el de la Orden Capuchina en Cataluña y lo puso como blasón del Monasterio en el archivo" (tomo 2.º, año 1578).

#### LA MADRE CATALINA DE CRISTO

En el año 1588 vino a Barcelona procedente de Pamplona, para fundar un convento de Carmelitas Descalzas, la Madre Sor Catalina de Cristo, acompañada de cinco religiosas.



Cuadro de Fray Agustín de Barcelona, capuchino (1787) existente en el convento de Sarriá

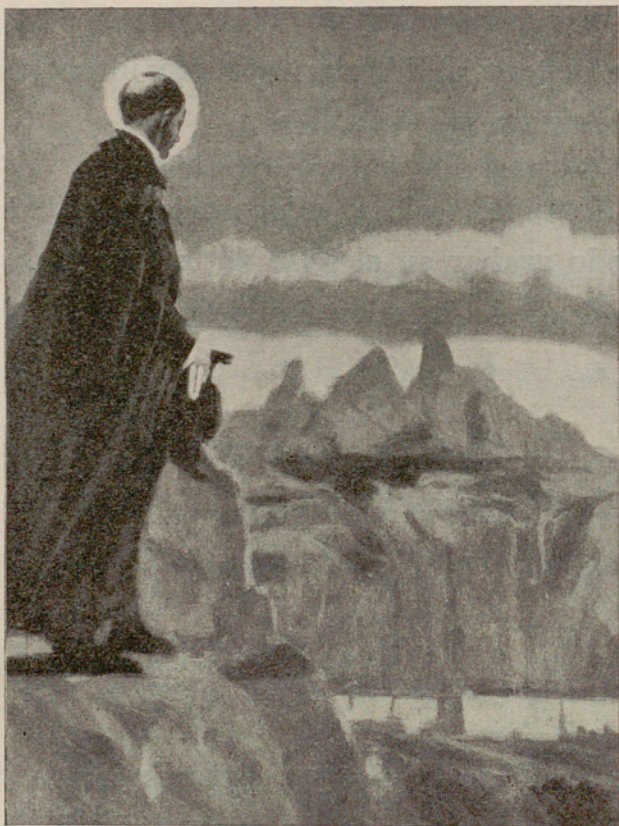
Santa Teresa de Jesús, que hacía tres años que había subido al cielo y que amaba entrañablemente a Sor Catalina, le había impuesto con sus propias manos el santo hábito.

Estas religiosas no quisieron entrar en Barcelona, ni cuidarse de la fundación sin pasar antes por Montserrat y recibir primero la bendición de Nuestra Señora.

Estuvieron tres días en el Monasterio, visitando las ermitas y sosteniendo santa conversación con los Solitarios; y, después de despedirse fervorosamente de la Santísima Virgen, trasladáronse a Barcelona, en donde fundaron el convento, que fué el primero en la Corona de Aragón.

Murió la Madre Catalina en Barcelona, en olor de santidad, el día 3 de octubre de 1592.

El historiador Serra Postius (Cap. XX) afirma que en el momento de expirar vió en espíritu el Padre fray Domingo de Jesús María que la asistía, que su alma subía al cielo acompañada de Jesucristo, la Virgen, San Juan Evangelista, Santa Teresa de Jesús y otros Santos y, que en vez de Responso, entonó un "Te Deum laudamus" que, con lágrimas de júbilo, prosiguieron todos los asistentes.



San José de Calasanz

#### SAN JOSE DE CALASANZ

Conocida es la vida de este insigne aragonés. Nació en Peralta de la Sal, Obispado de Urgel; fué ordenado en el Santuario del Santo Cristo de Balaguer, en cuya ciudad existe uno de los más antiguos conventos de las Escuelas Pías.

Habiendo nombrado Su Santidad Visitador Apostólico del Monasterio de Mont-

serrat a don Gaspar de la Figuera, Obispo de Lérida, éste se llevó por secretario a San José de Calasanz, el cual permaneció seis meses en Montserrat.

Son de suponer los divinos favores que recibiría de la Santísima Virgen, pues al regresar a su Obispado de Urgel, de cuya curia fué Vicario General, le parecía oír siempre una voz que le decía: "Ve a Roma, ve a Roma". Allá fué y fundó la ínclita Orden de las Escuelas Pías, que tanto lustre ha dado a la Iglesia y a nuestra Patria.

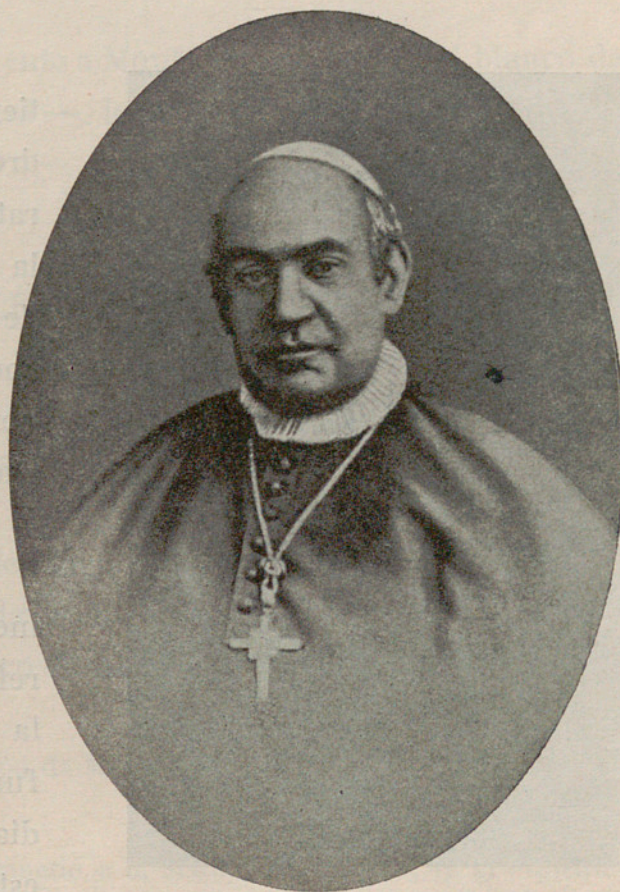
#### SOR RAFAELA PAGESA

Esta virtuosa dama barcelonesa tenía vivos deseos de visitar los Santos Lugares de Jerusalén; pero antes subió a Montserrat a visitar a María Santísima, ante la que se postró a sus plantas y le pidió le inspirara lo que fuera su voluntad.

Emprendió la peregrinación a Jerusalén y, al regreso visitó el sepulcro de los Santos Apóstoles; besó los pies al Papa Pío III, el cual le dió una Bula dirigida al Obispo de Barcelona, autorizándola para fundar en dicha ciudad un convento de Religiosas de Santa Clara, bajo la advocación de Nuestra Señora de Jerusalén, lo que consiguió con la protección del rey don Pedro el Ceremonioso, quien puso la primera piedra en el año 1351. Allí murió santamente Sor Rafaela.

#### BEATO ANTONIO CLARET

El famoso misionero Padre Claret, que murió siendo Arzobispo de Cuba, era devotísimo de Nuestra Señora de Montserrat, cuyo Santuario visitó repetidas veces, recibiendo de la Santísima Virgen alientos para su incansable predicación.



V. P. A. M. Claret, A. Trinquart, París 1868

En Papiol cambió su traje con un pobre, llegando a Montserrat andrajoso; pidió algo de comer a los monjes y vivió allí retirado. Habiéndole encontrado su hermano arrodillado en un rincón de un altar inmediato al altar mayor, le costó mucho trabajo convencerle de que volviera a su casa, accediendo al fin a ello, si bien con la esperanza de que le dejarían entrar en Religión.

Más tarde, al escribir su hermoso librito "Tres Florecillas a la Virgen de Montserrat", con la tierna dedicatoria "A mi Madre, María de Montserrat" en el prólogo, que su fervoroso desahogo de amor filial le dictó, decía: "Os busqué solo en mi mocedad... Solo, y por caminos difíciles, llegué a vuestros pies... A vuestros pies hallé la paz perdida... Cabe el trono de vuestras misericordias, desperté como de un sueño profundo: Hallé mi vocación. Vos me guiasteis sin que recuerde cómo..."

El primer domingo de octubre de 1867, rodeado de su padre, hermanos, parientes y amigos, cantaba su primera Misa en Montserrat, ocupando la sagrada cátedra el Padre Martorell, S. J.

En Montserrat celebró sus bodas de plata y ansiaba celebrar también en Montserrat las bodas de oro.

Organizó varias romerías a Montserrat y, en las fiestas del Milenario, acompañó a más de mil jóvenes de la archicofradía de Hijas de María Inmaculada y Santa Teresa de Jesús; y en el tercer centenario de Santa Teresa, a miles de Teresianas.

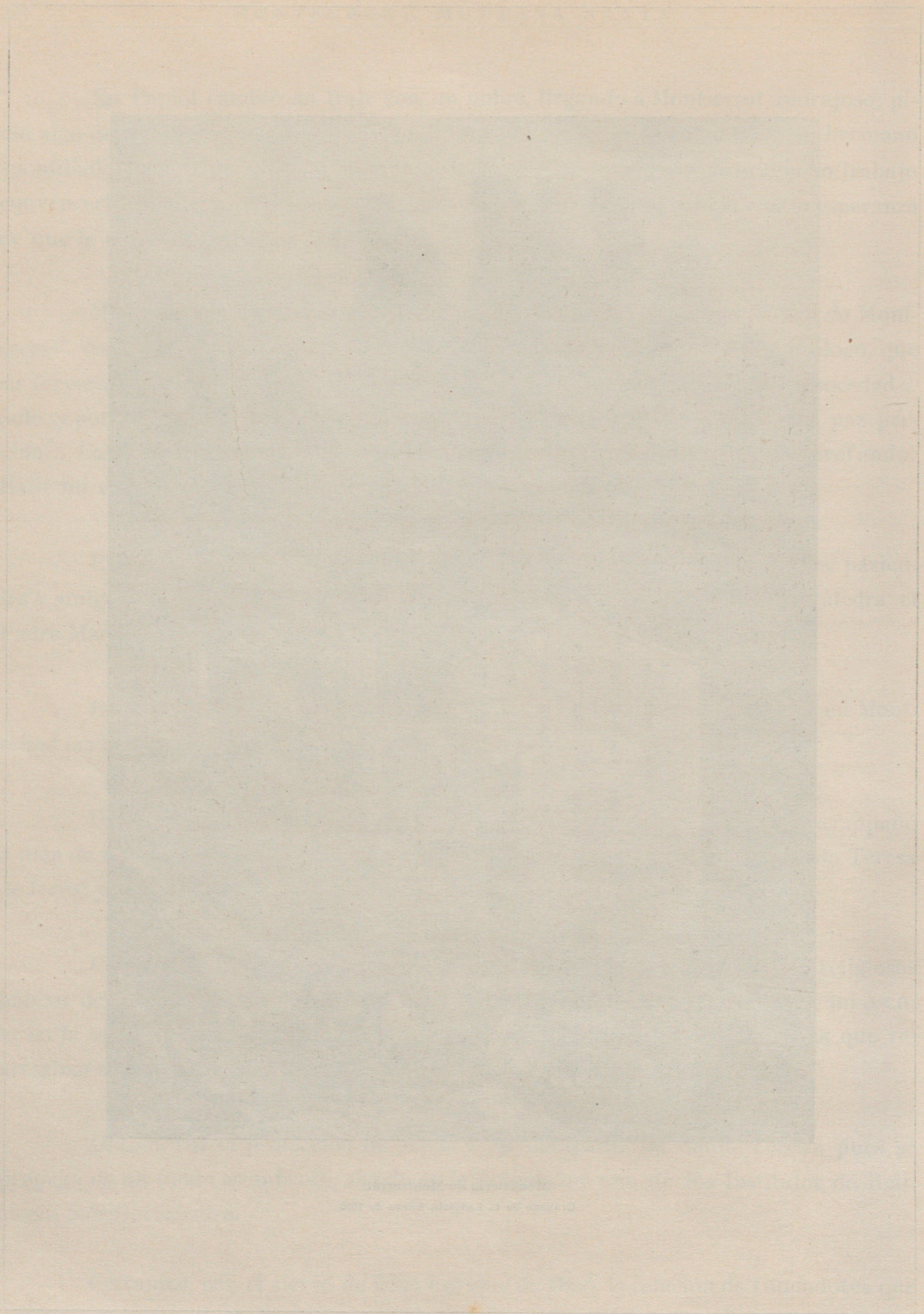
Consagró su Compañía a la Virgen de Montserrat y, cuando algunas religiosas habían de emprender viaje rumbo a América, siempre las llevaba a depositar un ósculo en la virginal mano de la Reina de la montaña, ordenando lo mismo a las que regresaban a España.

Grande fué la protección de María a la Compañía de Santa Teresa, pues se propagó de un modo asombroso, siendo en la actualidad uno de los Institutos de Religiosas más florecientes.

Cerramos, con el siervo de Dios Enrique de Ossó, la relación de fundadores que visitaron Montserrat. Quiera Dios que podamos venerarle pronto en los altares.



Monasterio de Montserrat  
Grabado de C. Langlois. Enero de 1830





## Varones ilustres en santidad que visitaron el Santuario

### BEATO RAIMUNDO LULIO

No se sabe con certeza si fué el primer año o el segundo de su conversión cuando el Doctor Iluminado visitó el Santuario de Nuestra Señora de Montserrat. Varios historiadores atestiguan que fué a visitar a la Santísima Virgen (Serra Postius, et cétera).

Recibiría allí de la Virgen Morena aquel celo apostólico para la conversión de los infieles y aquella ciencia infusa que convirtió al caballero impetuoso en uno de los más grandes adalides de nuestra fe en el campo de la dialéctica, rubricando su doctrina apologética con su propia sangre, que derramó gloriosamente por Cristo en Bugia (Túnez).

### SAN SALVADOR DE HORTA

El Padre Doménech, en su historia de los Santos de Cataluña, dice: "Que estando una vez el gran taumaturgo franciscano en Montserrat, acudieron gran cantidad de fieles por haberse corrido la voz de que el santo lego había subido a visitar a la Santísima Virgen, y que pocas veces se había visto tan visitada.

"Gran parte de aquella muchedumbre rodeó al Santo milagrero, profiriendo gemidos por las enfermedades que sufrían y pidiéndole la curación; respondióles el Santo: "Hijos, tenéis aquí la fuente de misericordia, por cuyas manos recibo yo y todo el mundo el bien, y ¿venís a mí? Id, hijos, a Nuestra Señora y rogadla, que Ella os asistirá. No manda Dios que sea tan descortés que en su casa os parezca a vosotros que haga más que Ella. Lo que podré hacer es que os confeséis primero y venid, que yo iré con vosotros y rogaremos juntos."

Cuantos venían a él a decirle: "Padre, vamos a rogar a Nuestra Señora" iba con ellos y quedaban curados cojos, mancos, tullidos y enfermos de cualquier dolencia.

Y fué cosa admirable que, durante su permanencia en Montserrat, no hiciese el Santo ningún milagro, como hacía en todas partes.

## SAN LUIS GONZAGA

Refiere el Padre Rivadeneira en su "Vida de San Luis Gonzaga", que cuando la Emperatriz doña María de Austria regresó a España después de la muerte de su esposo don Maximiliano II, al pasar por Italia se puso a sus órdenes el marqués Ferrante, el cual, con su hijo mayor Luis, acompañaron a la Emperatriz hasta Madrid. La Emperatriz y sus acompañantes se detuvieron unos días en Montserrat y San Luis, tan devoto de María, es seguro que debió esplayar su corazón en la Cámara Angélica.

## SAN PEDRO CLAVER

Este insigne misionero nació en el pueblo de Verdú, provincia de Lérida.

Se sabe que después de salir del Noviciado de la Compañía de Jesús, subió a Montserrat a visitar a la Santísima Virgen.

Ignoramos lo que le aconteció en presencia de Nuestra Señora; lo que sabemos es que pasó a las Indias y que fué tal su celo apostólico que bautizó a más de cuatrocientos mil negros, concediéndole el Señor el don de hacer milagros, haciendo muchos y extraordinarios, pues incluso resucitó muertos. (Serra Postius, Cap. III, P. 2.<sup>a</sup>)

Seríamos demasiado prolijos si reseñáramos las visitas que hicieron al Santuario todas las personas insignes por su virtud y santidad. Nos hemos limitado únicamente a describir algunas que hemos considerado de mayor relieve.

Nuestro propósito ha sido hacer observar a nuestros lectores que en la Cámara Angélica montserratina muchos Santos confortaron su espíritu y los Fundadores que allí oraron, recibieron el espaldarazo de Caballeros de Cristo y la Excelsa Capitana les elevó al caudillaje de las Milicias de la Iglesia.

Allí, en ese perenne batallar por la conquista espiritual del mundo, recibieron las consignas para obtener la victoria sobre sí mismos y sobre los enemigos de nuestra fe sacrosanta; no en vano la Iglesia la proclama REGINA SANCTORUM OMNIUM.

## CAPITULO XXIV

# Bienhechores ilustres de Montserrat

La devoción a Nuestra Señora de Montserrat, que fué generalizándose en la Edad Media, llegando al punto cenital de su fama cuando la Casa de Austria estaba al frente de los destinos de nuestra Patria, constituye un auténtico coeficiente de esta pléyade brillantísima de ilustres bienhechores, que rivalizaron en demostrar su agradecimiento a la Reina del Universo con la magnificencia digna de su poder y linaje.

Los Papas enriquecieron Montserrat con gracias excepcionales; los Reyes, con privilegios, rentas y magníficas dádivas; los Príncipes y la Nobleza, con dinero y joyas de inapreciable valor, y la masa inmensa del pueblo fiel, con sus ex votos y el óbolo que les permitía su posición social, levantaron esa maravillosa Catedral de la Montaña Santa que, antes de su destrucción, podía gloriarse de ser el Santuario más espléndido del orbe católico, al acumular su sagrado recinto la generosidad de millones de devotos, durante el transcurso de todo un milenio de ininterrumpidas peregrinaciones.

No hay otro en el mundo cuyos umbrales hayan atravesado más reyes y magnates en piadosa romería; no hay otro en que las piedras de su áspero camino se hayan visto teñidas, en sublimes mescolanzas, con la sangre de los pies descalzos del pueblo penitente y con la de reyes, príncipes y potentados.

Resulta verdaderamente una labor imposible de llevar a cabo, hacer la relación exacta de todos los bienhechores de Nuestra Señora de Montserrat. Forzosamente habremos de omitir muchos, aun de los más insignes; pero, para curiosidad de los lectores y, también, para gloria y estímulo de las casas próceres que han sobrevivido a los transtornos políticos y a las convulsiones sociales del pasado y presente siglo, in-



Montserrat desde el Llobregat, cerca de Esparraguera

Grabado de C. Langlois

cluiremos en un detallado índice los nombres ilustres de estos insignes devotos y bienhechores.

No debemos olvidar lo que dice un cronista de aquellos tiempos (1): que a las dos cabezas de la Monarquía, eclesiástica y seglar, no les parecía que cumplieran con su deber (tanta era su devoción a la Virgen Morena), si al entrar o salir de España no venían a la Montaña Santa a buscar la bendición de la Imagen Taumaturga, de la Emperatriz de España, como atinadamente la denomina el mismo autor al describir la visita que hizo al Santuario don Fernando de Antequera, “para ofrecer su persona y nuevo reino y darle obediencia”.

Por esta misma razón, los famosos teólogos, los Padres españoles que asistieron al Concilio de Trento, también subieron a Montserrat a su regreso a la patria.

(1) Argáiz.

Y estas visitas se traducían en valiosos donativos para el Santuario. Y toda la nobleza y los intrépidos Capitanes, en una noble emulación, seguían el ejemplo de sus Reyes. Así era la auténtica España de nuestros gloriosos antepasados y así era Montserrat el epicentro de sus cristianos fervores.

PAPAS: Eugenio IV, Calixto III, Nicolás V, Julio II, Urbano VIII, Gregorio XIII, León X y Paulo III.

CARDENALES: Juan de Toledo, Pan y Agua, de Trento, Barberino, Mendoza, Sandoval, Escanio, Molino, Espínola, Aguirre, Alejandrino, Júdice.

EMPERADORES: Carlos I, Rodolfo II, Maximiliano II, Carlos VI.

EMPERATRICES: Doña Isabel de Portugal, Doña María de Austria, Doña María de Alemania, Doña Margarita María de Austria, Doña Isabel de Brunsvich.

REYES DE ARAGÓN: Jaime I, Pedro III, Jaime II, Alfonso III, Pedro IV, Don Martín, Fernando I, Alfonso V, Juan II.

REINAS DE ARAGÓN: Doña Leonor, Doña Violante, Doña María y Doña Juana.

REYES DE ESPAÑA: Fernando el Católico, Felipe I, Felipe II, Felipe III, Felipe IV, Felipe V, Carlos IV, Fernando VII, Alfonso XII y Alfonso XIII.

REINAS DE ESPAÑA: Doña Isabel la Católica, Doña Germana, Doña Margarita, Doña Isabel esposa de Felipe III, Doña María Ana, Doña María, Doña María Luisa, Doña María Amalia, Doña Isabel II, Doña María Cristina.

REYES DE FRANCIA: Francisco I, Luis XIV.

REINAS DE FRANCIA: la esposa de Luis XIII y la de Luis XIV.

REYES DE PORTUGAL: Don Manuel, Don Juan II, Don Sebastián y Don Enrique.

REINAS DE PORTUGAL: Doña Isabel.

CONDES PRÍNCIPES DE BARCELONA: Wifredo II, Borrell.

VIZCONDES: Udalardo, Gilberto.

CONDE DE URGEL: Armengol.

PRÍNCIPES: Infante de Aragón, Infante de Portugal, Juan de Austria I, de Saboya, Juan de Austria II, Duque de Montpensier, Luisa Fernanda, Infanta de España.

PRÍNCIPES DE VARIAS NACIONES: de Pomplin, de Toscana, de Ebolo.

PRINCESAS DE VARIAS NACIONES: de Parma, de Nivel.

ARCHIDUQUES: Don Carlos, Don Alberto.

DUQUES: de Cardona, de Alba, de Luna, de Gandía, de Pastrana, de Maqueda, de Medinasidonia, de Monteleón, de Ferlandina, de Módena, de Toscana, de Sesa, de Medinaceli, de Calabria, de Villahermosa, de Lorena, de Florencia, de Segorbe, de Urbino, de San Germán, de Mantua, de Tursis.

DUQUESAS: del Infantado, de Braganza, de Alburquerque, de Osuna, de Feria, de Nájera, de Medinaceli, de Aqua, de Alcalá, de Osuna y Uceda, de San Germán, de Sexto, de Medinasidonia.

MARQUESES: de Astorga, de Cañete, de Priego, de Soma, de Maqueda, de Siete Iglesias, de Lara, de San Germán, de Mortera, de las Velas, de Monso-líu, de Constant, de Sardañola, de Aytona, de Camarasa, de Leganés.

MARQUESAS: de Castel Rodrigo, de Cobar, de Visco, de Campo, de Pescara, de Santa Cruz, de Oropesa, de Coscojuela, de Camarasa, de Aytona, de Tamarit.

CONDES: de Cifuentes, de Ribagorza, de Módica, de Benavente, de Haro, de Oliva, de Eril, de Monterey, de Lemos, de Pórcia, de San Martín, de Este, del Infantado.

CONDESAS: de Medinasidonia, de Gelves, de Aranda, de Monteagut, de Medina, de Robles, de Centellas, de Oropesa, de Flandes (Infanta de España), de la Coruña, de Camarasa.

Podríamos añadir otros muchos títulos de Castilla y nobles casas del Reino de Aragón, pero seríamos interminables; ya que con la relación transcrita es suficiente para que el lector pueda formarse un clarísimo concepto de la devoción universal a Nuestra Señora de Montserrat en España y en todos los países en que su Imperio dejó sus huellas.

Queremos terminar este capítulo consignando un hecho que nos revela la obra evangelizadora de los Monjes de Montserrat en el Nuevo Mundo; reseñaremos pues el valioso regalo con que los indios quisieron demostrar a la Virgen Morena su profunda devoción. Con el oro y piedras preciosas que reunieron, se fabricó en la ciudad de Pamplona (Méjico) una riquísima corona de oro de 22 quilates y de un peso de doce libras, adornada de 2.500 finísimas esmeraldas de un valor incalculable.

También los indios de la Nueva España quisieron figurar en la lista de los ilustres bienhechores de Nuestra Señora de Montserrat gracias a la voz santamente seductora del misionero montserratin, Padre Benito de Peñalosa (1).

(1) Este famoso benedictino, a su regreso de Méjico, pasó a fundar una Iglesia y Monasterio bajo la advocación de Nuestra Señora de Montserrat en la ciudad de Praga. (Serra y Postius. Historia de Nuestra Señora de Montserrate. Parte 4.<sup>a</sup>. Cap. XXI.)

## CAPITULO XXV

# El antiguo tesoro de Montserrat

El tesoro que guardaba Montserrat, antes de ser destruído por los franceses, era deslumbrador. Por espacio de más de novecientos años se acumularon en el famoso Santuario las ricas ofrendas de Reyes, príncipes, magnates y millones de fieles anónimos, pues en aquellos tiempos de fe ardiente, la piadosa gratitud de los devotos de María se traducía en ofrendarle la prenda más valiosa y estimada, como un exponente de su amor a la Reina de los Cielos.

Por lo que dijimos en el capítulo anterior dedicado a los Bienhechores Insignes de Montserrat, podrá deducir el lector la riqueza incalculable que atesoraba el Monasterio.

¿Qué diremos de su famosa biblioteca, que la estudiosa y proverbial constancia de los monjes benedictinos enriqueció, de generación en generación, con los más aquilatados valores del saber humano? Cientos de millares de volúmenes, pergaminos, palimpsestos, documentos rarísimos, etcétera, daban a la Biblioteca montserratina una significación prócer indiscutible. ¡Y todo desapareció! Lo que no pudieron llevarse los invasores, fué pasto de las llamas (1).

La misma suerte que la incomparable Biblioteca corrió la colección de Histo-

(1) Podrá formarse una idea de lo que sería esta Biblioteca, dada la psicología bibliófila de los monjes benedictinos, el que el emperador Carlos I, para satisfacer este afán de los monjes de Montserrat, les donó para comprar libros la respetable suma de veinte mil ducados. La Biblioteca actual, a pesar de la pérdida irreparable de la antigua, constituye, por el número y calidad de las obras, el más legítimo orgullo de los sabios cenobitas.

ria Natural, que pacientemente había reunido el Padre Mauro Ametller, adelantándose el sabio benedictino a la creación de Museos de esta naturaleza, que más tarde fué la pasión dominante de nuestros hombres de ciencia.

Ya al tratar del Templo de Nuestra Señora de Montserrat, se han descrito los valores artísticos y objetos preciosos que cobijaba el sagrado recinto; aquí por consiguiente, sólo nos ocuparemos del tesoro en oro, plata y piedras preciosas dedicadas directamente a la ornamentación de la Sagrada Imagen, especialmente al culto.

Según el Padre Lesmes Reventós (1), en el año 1700 había en la sacristía:

Cinco Copones, cuatro de plata y uno de oro, ricamente esmaltado. Treinta Cálices de plata dorada y uno de oro, con vinajeras y plato del mismo metal; cuatro cruces, seis blandones de nueve palmos de alto, cuatro ángeles, veinte candelabros, un dosel, un frontal, dos báculos para el Pontifical dorados, fuentes, jarros, jofainas, etcétera, todo ello de plata.

Pero la joya imponderable la constituía la preciosa Custodia, como la llamaban, para el Santísimo Sacramento. Era toda de oro y el pie de plata dorada, cubierta de diamantes engastados en oro. En el viril se contaban mil ciento seis diamantes, más de mil perlas, ciento siete topacios, tres hermosos zafiros y algunas valiosas turquesas de un primor imponderable.

Encima de la Custodia se destacaba una pluma, formada de quince ópalos, regalo del príncipe Filiberto, estimada en cuatro mil pesos. El historiador Argaiç dice que "era sola y única en el mundo".

Pero las joyas cumbre montserratinas las constituían las Coronas de la Santísima Virgen y de su Divino Hijo.

El Niño Jesús tenía tres coronas, dos de oro y una de plata dorada, preciosas. Una de ellas estaba adornada de esmeraldas, cuyo número llegaba a doscientas treinta y una, con diecinueve diamantes. La otra tenía doscientos treinta y ocho diamantes, ciento treinta perlas, dieciséis rubíes y dos preciosas esmeraldas.

(1) Serra y Postius. Historia de Montserrate. Se conservaba manuscrita en el archivo del Monasterio.



De las cuatro coronas que tenía la Santísima Virgen, dos eran de plata dorada, esmaltada de piedras preciosas. La tercera era de oro de veintidós quilates y pesaba doce libras. Estaba adornada de dos mil quinientas esmeraldas, ofrenda, como hemos dicho en otro capítulo, de los indios de Méjico.

La cuarta era verdaderamente monumental. Toda de oro, contándose en ella mil ciento veinticuatro diamantes, mil ochocientas perlas, treinta y ocho esmeraldas, veintiún zafiros y cinco rubíes. En lo más alto de la corona había un navío de oro y diamantes, valorado en dieciocho mil ducados.

Pesaba dicha corona arroba y media, solamente el oro, y, con las piedras preciosas, pasaba de las dos arrobas.

Esta obra maestra de orfebrería la realizó un monje montserratino, de nacionalidad flamenco; montó un taller en el mismo Monasterio y empleó veintisiete años en fabricar esta maravillosa corona y la del Niño. Para llevar a cabo su obra reunió las joyas que la munificencia de los bienhechores del Monasterio habían ofrendado a su Virgen Morena.

Al contemplar esta joya de tan extraordinario valor, dicen los historiadores que no sólo quedábanse atónitos los fieles que por primera vez llegaban a su presencia, sino también los más poderosos monarcas, los más inteligentes artífices y todos cuantos habían visitado lo más notable del mundo.

Para que el lector pueda formarse un cabal concepto del generoso desprendimiento de los devotos de Nuestra Señora de Montserrat en sus ofrendas de gratitud a su Celestial Bienhechora, insertaremos una relación de donantes, consignando sus dádivas. Desde luego sólo incluiremos en ella a algunos de los más destacados, pues si hubieran de figurar todos, sería preciso destinar un libro entero, que, por cierto muy voluminoso, obraba en el archivo del Monasterio. Con estos valiosísimos presentes, fué posible fabricar esa gran obra de orfebrería que acabamos de describir.

Los enumeraremos por orden cronológico, comprendiendo solamente un período de casi doscientos años, demostrándose así que durante los reinados de la Casa de Austria no decayó ni un momento la devoción a la Virgen de Montserrat, especialmente de su amada España.

En el año 1521, el duque de Sesa, un cáliz de plata; año 1537, don García de Toledo, un cáliz y patena de oro; año 1554, el conde de Alba de Lista, dos grandes candelabros de plata, valorados en 1.500 ducados; año 1558, la duquesa de Agua, una cadena de oro con ricas perlas.

En el 1601, la marquesa de Collet, napolitana, una joya de oro con 25 diamantes; año 1606, doña Ana de Austria, hija de Felipe III, una saya con 900 perlas; año 1607, el Cardenal Melino, una fuente de plata dorada; año 1613, la marquesa de Almazán, un rubí estimado en 500 ducados; año 1618, el señor de San Luzen, un cáliz de oro; año 1621, la condesa de Flandes, una navecilla de oro con diamantes, y en 1624, dos mil ducados de limosna para una misa cotidiana; año 1629, el duque de Urbino, un cáliz de oro; año 1630, el marqués de Cadireta y su esposa, seis candelabros y una cruz de plata; en el mismo año, el marqués de Aytona una joya de oro con 66 diamantes; y en el mismo año el Infante Cardenal, cuatro grandes candelabros de plata, valorados en 2.400 ducados; año 1636, la condesa de la Coruña, una sortija de oro y diamantes; año 1639, la duquesa de Alcalá, una sortija de oro y piedras preciosas estimada en 2.000 escudos; año 1657, el conde de Peñaranda, otra preciosa sortija; en el mismo año, doña Mariana de Chaves, una esmeralda de un valor de 500 ducados; años 1659, doña Isabel Manríquez, una preciosa cadena de oro; año 1666, la duquesa de Alburquerque, una preciosa joya; año 1667, la Reina de Francia, seis floreros con jarros de plata; en el mismo año, el duque de Medinasidonia, una venera de diamantes; año 1669, la duquesa de Osuna y Uceda, una joya de oro, valor 500 ducados; en el mismo año, doña María Vandres y Abarca, una joya de oro y diamantes; año 1671, el duque de Sesa, una mariposa de oro sembrada de diamantes y la condesa de Alteres, en el mismo año, una joya de oro con diamantes y rubíes; año 1672, el duque de Medinaceli, una joya valorada en "catorce mil reales de a ocho"; el conde de Castell-Florit, un rosario de ámbar con seis cruces de oro; el conde de Luminares, una sortija de diamantes; y don Antonio de Losa, una salvilla de plata; año 1675, la duquesa de San Germán, una joya con diamantes; año 1679, la princesa de Pompliu, una fuente de plata; año 1683, la marquesa de los Vélez, un ramo de oro; en el mismo año la marquesa de Camarasa, dos valiosas esmeraldas, y el conde de Robles un pectoral de oro; año 1686, la duquesa de Sexto, unos rosarios y una sortija de gran valor; año 1689, el marqués de Camarasa, dos hermosas esmeraldas; año 1690, la baronesa de Llinás, una mariposa de oro con cuarenta esmeraldas y topacios; año 1692, la duquesa de Medinasidonia, un corazón de oro guarnecido de diamantes y rubíes; en el mismo año la princesa de Tiburcio una valiosa sortija; y en el mismo año, el conde de Alba de Lista, dos grandes candelabros de plata.

En el año 1702, la condesa de Aranda, una joya de oro con setenta y cinco diamantes; en el mismo año la marquesa de Aytona, dos pendientes de oro con diamantes; año 1710, la marquesa de Romeo, una joya de oro y diamantes; año 1715, la condesa de Oropesa, un lazo de oro; año 1717, el Cardenal Judice, un pectoral de oro y diamantes.

Terminamos esta relación que nos da Serra y Postius, quien la sacó del Libro de Bienhechores que obraba en el archivo del Monasterio y de las notas del archivero Padre Reventós (1).

A grandes rasgos hemos descrito la riqueza inmensa que en oro, plata y pedrería atesoraba Montserrat, y, como muestra de esta devoción, hemos dado la relación de algunos de los devotos donantes, con sus respectivas dádivas, para ejemplo de las generaciones presentes y futuras.

Todas aquellas riquezas y todo aquel esplendor desapareció. La mayor parte de aquel fabuloso tesoro fué arrebatado por los franceses, y el resto por el rescoldo revolucionario que dejaron los soldados de Napoleón (2).

(1) No consta en esta relación la sortija que el rey de Francia, Francisco I, ofrendó a Nuestra Señora de Montserrat, desde su cautividad de Barcelona. La circunstancia es singularísima y vamos a consignar este episodio.

Estaba retenido el "Rey Caballero" en el sitio conocido con el nombre de "Huerto del Arzobispo", cuando recibió la visita de un grupo de damas pertenecientes a la nobleza catalana. Al despedirse, dijole la Condesa de Módica: "La Virgen de Montserrat os ampare". ¡Montserrat! — exclamó Francisco I —. ¿Tanta es la devoción que sentís por esta Virgen? "Muchísima — respondió la condesa". En este caso — dijole el Rey —, podriais prestarme un servicio. Ofrendadle esta sortija en mi nombre. Es cuanto puede ofrecerle un Rey cautivo — agregó —, entregándole la sortija.

Al día siguiente la noble y devota dama cumplía el encargo del Rey de Francia.

(2) Los franceses saquearon la Iglesia y el Monasterio, y se ensañaron en su destrucción; pero los monjes habían puesto a salvo parte de las joyas, enviándolas a Palma de Mallorca.

Parte del tesoro fué invertido para cubrir gastos de la guerra de la Independencia, según



Ultima hoja del "Lectionarium sanctorale"  
19 de marzo de 1524. Rosenbach!

Pero Dios no ha permitido que desapareciera la JOYA principal, la Sagrada Imagen, que desde su trono sempiterno, nos dice que todo lo humano es polvo, ceniza, efímero, puesto que al simple soplo de un tiempo adverso, puede ser aventado en un instante. Pero la protección de María, tesoro de todas las gracias, perdurará a través de todas las convulsiones humanas.

acreditaban los recibos de entrega al abad Filgueira, firmados por el marqués del Palacio, el marqués de Campingi y Enrique O'Donnell, que obraban en el viejo archivo de Montserrat.

Las joyas que se salvaron en Mallorca fueron reclamadas por el "Crédito público de Barcelona" en tiempos constitucionales, el 25 de julio de 1820; de las que se incautaron, librándose de la expoliación solamente la corona que llevaba la Virgen, la que fué vilmente arrebatada por el comandante Bray, el 26 de noviembre de 1822.

Se cumplió la profecía del Padre Argerich: "que desde la Corona de la Virgen hasta los barros del gallinero, nada quedaría en Montserrat".



## CAPITULO XXVI

## Anecdótico montserratinó

Una cruzada de siete siglos en defensa de la fe y de los postulados de la civilización cristiana, forzosamente había de crear en el fondo del pueblo español un profundo sedimento de religiosidad, y en España levantar un baluarte tan firme de la catolicidad que no podrían destruir ni las convulsiones religiosas del siglo xvi ni el racionalismo insano de los enciclopedistas con la irreligiosidad malévola de los volterrianos del siglo xviii, ni los embates de las revoluciones del pasado y del presente siglo.

Carlos I y Felipe II, en la crisis religiosa planteada por la reforma protestante, mantuvieron enhiesta y victoriosa, la bandera de la fe católica, y cuando las tropas napoleónicas triunfantes en la Europa contaminada por el racionalismo, penetraron, con alevosa traición, en el territorio español, se encontraron con una reacción tan formidable, a pesar de que la nación militarmente había dejado de existir, que, al grito de "¡Viva la Religión! y ¡muera Napoleón!", el pueblo en masa tomó las armas e hizo morder el polvo de la derrota a los vencedores en mil combates.

Todos los atentados perpetrados contra la religión en el transcurso del pasado y del presente siglo, han tenido su réplica en la tribuna, en el libro, o en los campos de batalla.

Por otra parte, es un hecho a todas luces comprobado, que al obtener Aragón el predominio del Mediterráneo y, posteriormente, cuando la Gran España, totalmente unificada, dictaba sus leyes e imponía su civilización al mundo, en su afán misional de cristianizar el orbe, Montserrat constituía el epicentro de los religiosos fervores de nuestra Patria. Montserrat era el imán prodigioso que atraía a las almas creyentes del pue-

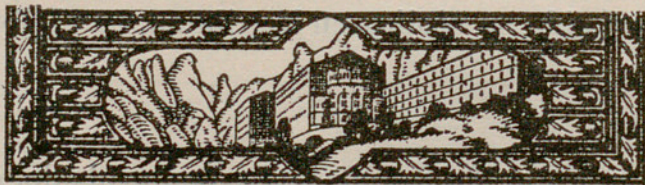
blo español y de sus católicos monarcas y, por ende, irradiaba en todas las naciones a donde llegaba la influencia de su poderío, que era todo el mundo civilizado.

Por esto hemos creído procedente dedicar, no algunas páginas, sino algunos capítulos, a reseñar unos cuantos episodios relacionados íntimamente con nuestra historia patria y acaecidos al calor del Santuario Montserratino.

Desfilarán ante nosotros vigorosas figuras históricas de Príncipes, Reyes y Emperadores, que en aquellos gloriosos tiempos de euforia religiosa y patriótica, se dirigían devotamente en romería al Santuario Imperial, con el piadoso afán de cumplir con esas peregrinaciones un deber de rigor, al postrarse a los pies de la Celeste Emperatriz de la España.

Como describiremos las circunstancias, a veces de trascendencia histórica, que rodearon estas peregrinaciones, es por lo que a esas descripciones las hemos titulado con el nombre de anecdotario, pues aún en los actos más insignificantes nos descubren aquellos hombres que forjaron nuestro Imperio, la grandeza de su alma, como hombres, como gobernantes y como cristianos.

No dudamos de que estos episodios o curiosidades históricas, serán leídas con verdadera fruición por los devotos de Nuestra Señora de Montserrat y con no menos placer por todos los amantes de nuestras auténticas glorias nacionales.



## CAPITULO XXVII

## Pedro III, El Grande

Estaba en guerra don Pedro III de Aragón, llamado El Grande, con su rival don Felipe III, rey de Francia, llamado por los historiadores franceses, El Atrevido.

Felipe III había reunido un formidable ejército de más de doscientos cincuenta mil hombres que bastaba, como dice Serra y Postius, para conquistar toda España (1).

También por mar contaba el francés con una poderosa escuadra, compuesta de ciento sesenta galeras y otras muchas embarcaciones menores.

Los franceses habían atravesado el Rosellón y penetrado en la península, devastándolo todo a su paso.

Las fuerzas de don Pedro III, si bien muy escogidas, eran muy inferiores en número.

Convocó, don Pedro, en Barcelona,

(1) Serra y Postius. Historia de Nuestra Señora de Montserrat. Parte 1.<sup>a</sup>. Cap. XIII.



Pedro III. Museo Provincial de Tarragona  
Arbol genealógico de los Condes Reyes

a sus almirantes Marquet y Berenguer Mallol, y al preguntarles con qué fuerzas contaban, contestaron que solamente con doce galeras y cuatro barcas armadas, pero tenían noticias de que la flota enemiga estaba repartida entre varios puertos de Francia y que frente a Rosas había solamente veinticinco galeras.

Acordaron atacar por sorpresa a la armada francesa, mientras el Rey concentraba sus tropas en Hostalrich, para enfrentarse con Felipe III, que mandaba personalmente el ejército francés, asistido por la mayor parte de la nobleza de aquel reino (1).

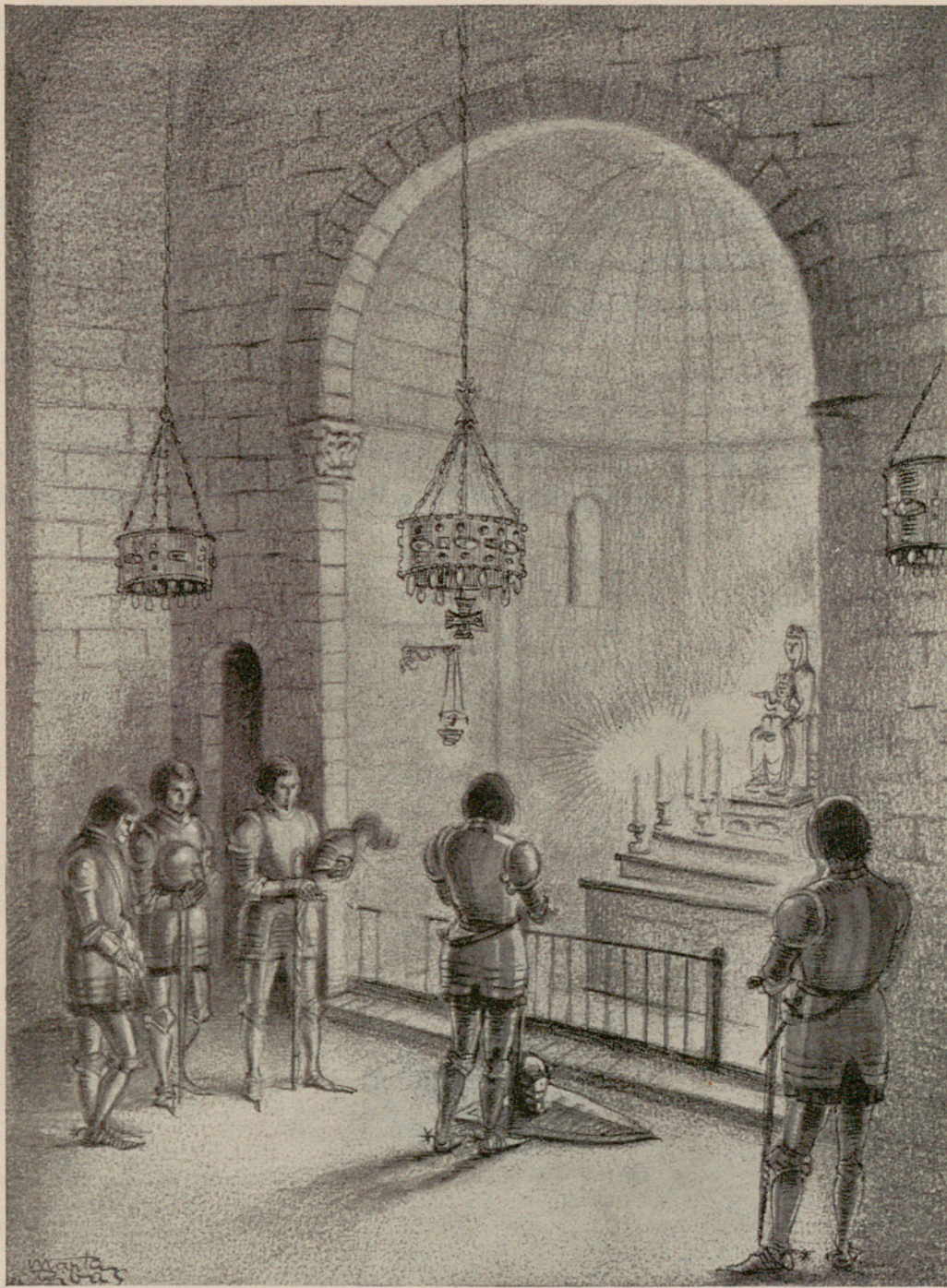
Ante la gravedad de la situación, don Pedro, que era devotísimo de Nuestra Señora de Montserrat, acompañado de algunos caballeros, salió de Barcelona y presentándose de improviso en Montserrat, llamó a los monjes y ermitaños para que le acompañaran en sus oraciones a la Virgen Santísima, pidiéndole el triunfo de sus armas contra los enemigos de la patria, y él pasó aquella noche en vela ante la Imagen Sagrada, pidiéndole fervorosamente su protección.

Al clarear el día, y después de oír misa, partió con su escolta para Hostalrich, donde le aguardaban sus aguerridas tropas.

Los franceses habían entrado ya en Gerona y se entregaban al saqueo. Allí, según el cardenal Baronio, Zurita, Rivadeneira, Doménech, Carrillo y otros muchos auto-

(1) Transcribiremos una somera descripción del ejército francés, que minuciosamente nos hace el historiador don Bernardo Desclot en su "Historia de Cataluña" (libro 3.º, cap. XIII): El rey de Francia ordenó sus escuadrones para la batalla. El primer escuadrón, de cuarenta mil gastadores, sin más armas que sus azadas o palos en la mano; se les daba a cada uno un tornés de plata negra de sueldo y libertad para robar cuantos bastimentos pudiesen para los caballos y bagajes; llevaban una escolta de mil caballos. En el segundo escuadrón iban los Senescales de Tolosa, Carcasona y Belcaire; el Señor de Lunel, el conde de Foix y Ramón Roger, hermano del conde de Pallars, con cinco mil caballos armados. Estos dos escuadrones llevaban trece mil ballesteros, armados de pies a cabeza, sin vérselos más que los ojos. La gente de los Consejos de Narbona, Rodes, Termens, Carcasona, Aguiñes, Tolosa y sus comarcas, Condados de San Gil y de Borgoña, con los vecinos del Lenguadoc; en total unos setenta mil hombres formaban el tercer escuadrón. El cuarto formado por unos ochenta mil hombres bien armados, de los Consejos y gente de todos los lugares de Francia, Picardía, Normandía, Condado de Flandes y gran número de alemanes, altos y bajos, con los Cruzados y otra gente. El Cardenal, con el quinto escuadrón y seis mil caballos suyos, llevando delante de él un pendón o estandarte, con la insignia de las llaves de San Pedro; y seguía el sexto escuadrón con el rey de Francia y su hijo Carlos, toda la nobleza de Francia, Condes, ricos-hombres y señores de pendón, que eran más de cien, con cuatro mil hombres a caballo bien armados y muchas compañías de Toscana (añade Cervera en sus notas) y Romanía de la parte Guelfa. El bagaje era de ochenta mil acémilas, con más de doce mil hombres que las conducían, sin contar las mujeres y muchachos menores de veinticinco años, con una escolta de seis mil caballos.





Pedro III de Aragón  
Dibujo original de Marta Ribas

MONTXENNET, MONTANA SANTA

... sus abuelos, Marquet y Berouguer Nallo, y al preguntadas con qué fuerzas con-

... pero le

... de Francis

... que Fran-

...

... omica

... personal

... (El enor)

...

... que Fran-

... alfabico

... compa

... otros

... pi

...

...

... asistido

...

...

... Ali, se

... los an-

...

...

...

...

...

...

...

...

... Pocho de la tienda

... desde el punto de vista de la vida

...

...

...

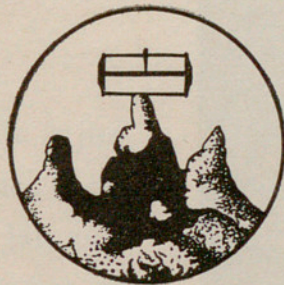
...

...

res, fueron castigados milagrosamente por las misteriosas moscas que salieron del sepulcro profanado de San Narciso, mientras el valeroso don Pedro les acorralaba en el Coll de Panizos y derrotaba completamente al ejército invasor, teniendo que huir el Rey de Francia, el cual perdió la vida antes de salir de Cataluña. Su ejército, en su mayor parte, cayó prisionero o muerto.

Mientras tanto, los almirantes Marquet y Mallol, infligían una gran derrota a la flota francesa, matando a cuatro mil franceses y haciendo prisioneras a las veinticinco galeras, con su almirante Guillén de Lodovia, las que condujeron al puerto de Barcelona. La victoria fué completa.

La Virgen de Montserrat había salvado al Reino de Aragón; había escuchado la ferviente plegaria de su devoto, el gran rey aragonés.



res fueron castigados milagrosamente por las misteriosas moscas que salieron del as-  
 pecto profanado de San Nazario, mientras el valeroso don Pedro les acorralaba en el  
 Coll de Panizo y detestaba completamente al ejército invasor, teniendo que huir el  
 Rey de Francia, el cual perdió la vida antes de salir de Cataluña. Su ejército, en su ma-  
 yor parte, cayó prisionero o muerto.

Mientras tanto, los almirantes Marquet y Mallol, infligian una gran derrota a  
 la flota francesa, matando a cuatro mil franceses y haciendo prisioneras a las veinte-  
 cinco galeras con su almirante Guillén de Lodoña, las que condujeron al puerto de  
 Barcelona. La victoria fue completa.

La Virgen de Montecati había salvado al Reino de Aragón; había escuchado  
 la ferviente plegaria de su devoto, el gran rey aragonés.



## CAPITULO XXVIII

# Don Pedro IV de Aragón

Su padre don Alfonso IV se había casado con doña Teresa de Entenza, hija del conde de Urgel, y, sin duda, por esta circunstancia, nació don Pedro en la ciudad de Balaguer, que era la capital de aquel famoso condado.

Fué don Pedro uno de los más destacados príncipes que gobernaron el reino de Aragón. Poseía una cultura poco corriente en los soberanos de aquellos tiempos de incesante batallar. Era valiente y perspicaz y tenía una clara visión de los problemas que afectaban a la sociedad de su época. En una palabra, fué tan buen guerrero como sagaz político.

Considerando absolutamente injusta la desmembración de su reino, pues el cariño paterno no debe anteponerse jamás a los altos intereses de la misión histórica de un Estado, resolvió reincorporar Mallorca, Rosellón y Cerdaña a la Corona de Aragón.

A las preeminentes dotes de político, guerrero y hombre de letras, añadió en el orden moral su profunda religiosidad. Fué un protector insigne de la Iglesia y un cooperador magnífico en la erección de templos o de sus obras suntuarias, como lo acre-



Pedro IV

Copia del original que existe en un códice de la Biblioteca del Rey, en París

ditan Santa María del Mar, Poblet, etc.; y, por lo que atañe a nuestro propósito, se distinguió por su fervorosa devoción a Nuestra Señora de Montserrat, a la que atribuía sus victorias, y a la que veneraba como a Escudo protector en las batallas.

Como detalles primorosos de esta profundísima devoción, referiremos dos peregrinaciones que hizo al Santuario en unos momentos graves para su reino.

Tenía ya preparado un ejército y dispuesta la flota en Barcelona para la conquista de Mallorca; y, como dice un historiador, para asegurarse el triunfo, pensó valerse del poderoso auxilio de la Santísima Virgen de Montserrat, a cuyo efecto subió a la montaña en devota peregrinación a visitarla.

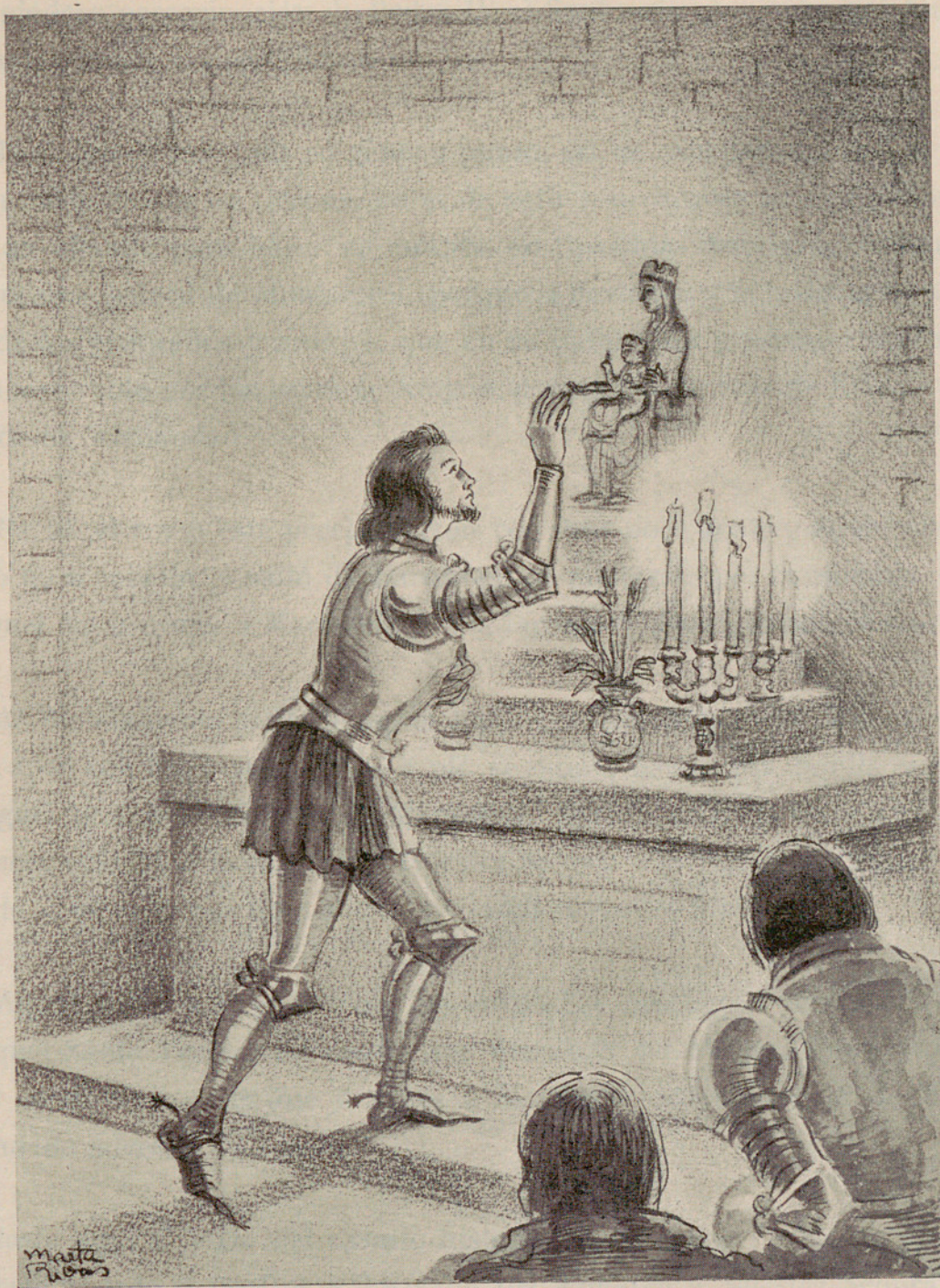
Fué tan emocionante su visita a la Reina de la Sagrada Montaña, que don Pedro, llevado de sus impulsos fervorosos y de su absoluta confianza en la protección de María, según documentos que se conservaban en el archivo del Monasterio, quiso llevar el patrocinio de la Virgen siempre consigo; y así, después de pedirle devotamente su amparo en la arriesgada empresa que iba a realizar, en un rasgo de la más fina piedad, "tomó y se puso un anillo de los que llevaba en sus dedos la Sagrada Imagen" (1).

Fortalecido con la posesión de este escudo protector, volvió a Barcelona, embarcó con su ejército y, a pesar de haber tenido que luchar con una formidable tempestad, desembarcó en la isla, entrando triunfalmente en la ciudad de Palma el 31 de mayo de 1343; precisamente en sábado, consagrado a María, que en la Corte de don Pedro, así se celebraba en la Ordenación de Palacio (2), y seguidamente fué a la Catedral, dedicada a la Santísima Virgen, para darle las más rendidas gracias por haberle librado de la furia del mar y asistido en la batalla.

Volvió triunfante a Barcelona y, al año siguiente, preparó otro poderoso ejército al objeto de recobrar los condados de Rosellón y Cerdaña, que todavía reconocían al derrotado rey de Mallorca, su primo Jaime III. Pero antes de emprender la campaña, movido de su profunda devoción, hizo la obligada visita a Montserrat; pues decía el valeroso Rey que a la Santísima Virgen de Montserrat debía el reino de Mallorca y esperaba su asistencia soberana en las futuras batallas; asistencia que no le faltó jamás a este invicto Monarca.

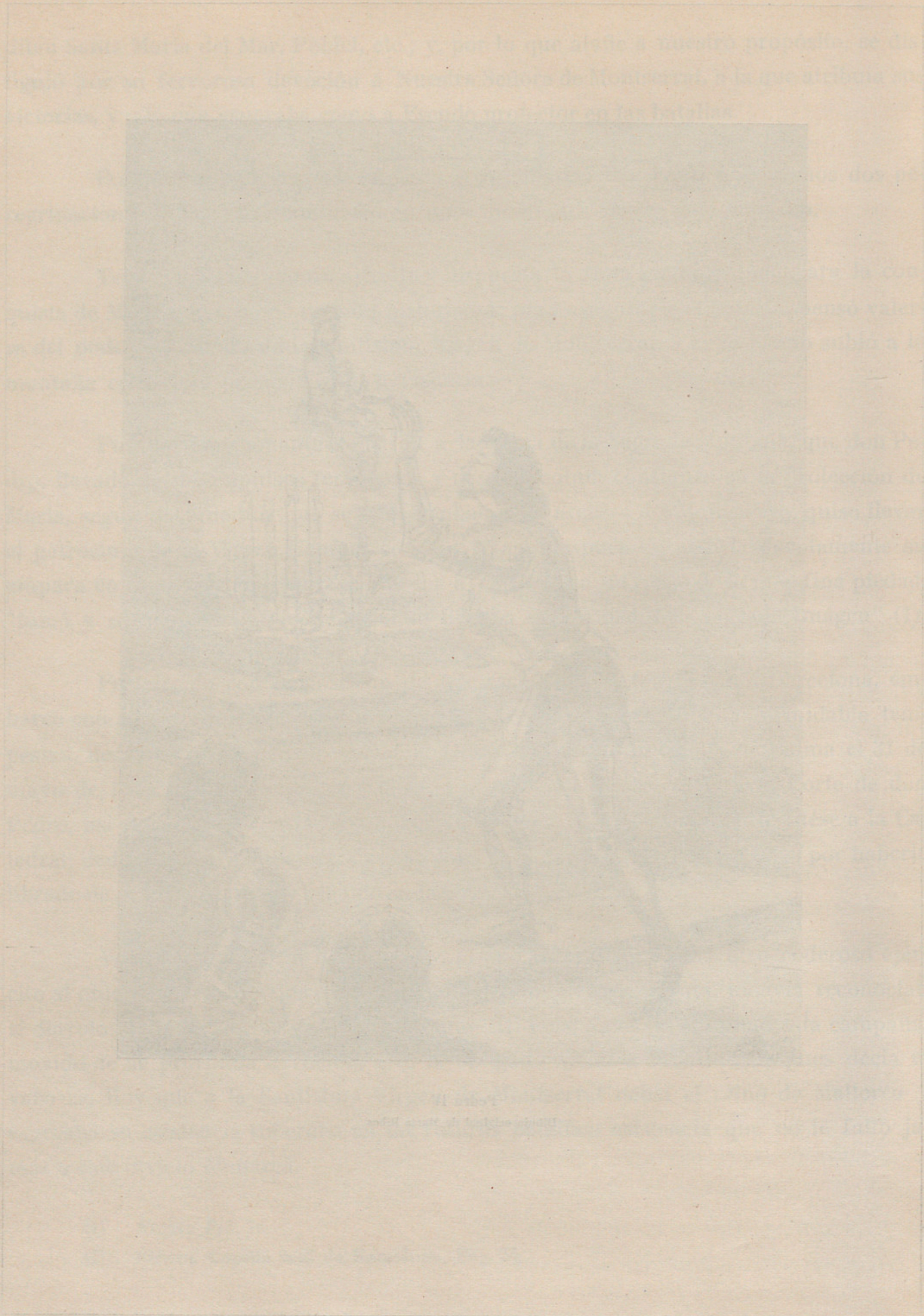
(1) Argañiz. Fol. 76.

(2) Ribera, Capilla real de Barcelona. Pág. 55.



Pedro IV

Dibujo original de Marta Ribas





Dejemos que el historiador Zurita, con su encantadora naturalidad, nos describa esta piadosa peregrinación de Pedro IV al Santuario que, para satisfacción de los lectores, íntegramente transcribimos.

“Teniendo el Rey toda su gente a punto, así de caballería como de a pie, y estando gran parte de ella en Gerona, antes de salir a proseguir su expedición y de moverse con su ejército para hacer su entrada en Rosellón, determinó visitar el Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, porque la devoción y la religión de aquella Casa y la vida de los ermitaños y monjes, que en su habitación y yermo residen, fué siempre venerada no sólo por los reyes de Aragón, pero generalmente de España y en la mayor parte de la Cristiandad.

”Partió el rey a esta peregrinación con muy poca gente y no llevaba sino hasta veinticinco de a caballo, y salió de Barcelona un miércoles por la mañana a 28 de abril y fuése aquel día a comer a Martorell, y a la tarde a Collbató, donde pernoctó.

”Al día siguiente salió de aquel lugar y, en llegando al pie de la cuesta de Montserrat, se apeó con los suyos y subió a pie el monte hasta una capilla y humilladero de San Miguel, que está a la vista del Monasterio adonde salió el Prior a recibir al Rey y fué a hacer oración a la capilla de Nuestra Señora y presentó una galera de plata en memoria de la victoria que tuvo el día que tomó tierra en Mallorca.

”Aquel día lo pasó el Rey con los ermitaños, que hacen vida solitaria en la morada de aquel Santo Yermo, los cuales por mandato del Prior habían bajado de sus ermitas al Monasterio y bajóse después a Monistrol, donde el Prior de Montserrat le había mandado aderezar la comida” (1).

Hasta aquí el texto del eximio historiador aragonés Zurita, en el que se pone de manifiesto no sólo la profunda devoción del Monarca a Nuestra Señora de Montserrat, que subió a pie la Montaña Santa y rezó humildemente ante la Virgen a la que le ofreció el precioso ex voto, sino también la gran estima y veneración que profesaba a sus monjes y ermitaños, a los que convocaba en los momentos graves, consultaba y hasta confraternizaba con ellos. Se desprende además de este relato, que a mediados del siglo XIV la devoción a Nuestra Señora de Montserrat era universal en la Iglesia.

(1) Zurita. Libro 7. Cap. LXXVI.

Todas sus victorias las atribuía el Rey a la protección incesante de la Virgen de Montserrat, por cuyo motivo concedió a dicho Monasterio y Santuario muchos privilegios, confirmando la donación que hizo su abuelo don Jaime II de cuatro cirios de "cien libras" cada uno, para que siempre ardieran durante la misa conventual en el altar de Nuestra Señora, desde la Consagración hasta la sunción del sacerdote.

Durante su largo y glorioso reinado hizo respetar el nombre de Aragón en el exterior, acrecentando su prestigio como primera potencia mediterránea, y en el interior defendió los supremos intereses del pueblo, vinculados en la corona, contra el poder del feudalismo, cuyos privilegios anuló al rasgarlos con el puñal que llevaba en el cinto; por cuyo motivo se le distingue con el nombre de Pedro el del "Puñalet".

Era además un rígido ordenancista; cumplía con celo y puntualidad la etiqueta de palacio, que él mismo había establecido en la "Ordenación de su Casa, Corte y Capilla", por lo que también se le denomina el "Ceremonioso" (1).

Hemos querido referir en este anecdotario gran parte de la vida de este príncipe, porque nos descubre, a través de estos episodios, el fondo de piedad con que ambientó su Corte; y de tal manera debió ser así que su nuera doña Violante, esposa de don Juan I, imitó de tal suerte la devoción de su suegro a Nuestra Señora de Montserrat, que no sólo hizo su peregrinación que podríamos calificar de rigor, al Santuario, para ofrecerle preciosos ex votos, sino que desde el pie de la Montaña Sagrada subió descalza por aquellas asperezas hasta el Santuario, soportando los delicados pies de aquella Princesa tan durísima penitencia, como el más robusto de los caballeros.

Este culto, pío y valeroso Monarca falleció en Barcelona en el año 1387 y fué sepultado provisionalmente en la Catedral. Siete años después fué trasladado a Poblet, en donde con gran pompa, recibió sepultura en el panteón de los Reyes, que él mismo había mandado construir con regia suntuosidad.

(1) Entre las Ordenaciones que hizo para su Capilla Real (tengo copia de ellas en mi poder), figuran las siguientes: Que el día en que la Virgen tuvo el gozo de ver adorar a su hijo, de los tres Reyes Magos, a imitación de aquellos Santos Reyes, ofreciese el Rey de Aragón en la Misa Mayor, oro, incienso y mirra.— Que en los viernes y Cuaresma, no resonasen en Palacio músicos instrumentos, ni se abriese el teatro de las comedias; que los Reyes y toda la Corte vistiesen de negro en memoria de la Pasión del Señor y en sábado vistieran de blanco en obsequio de la pureza de María y el domingo fueran los Reyes a la iglesia a pie en reverencia de tan sagrado día. Y todo se observaba inviolablemente. Ribera. Capilla Real de Barcelona. Pág. 55. Serra y Postius. "Historia de Nuestra Señora de Montserrate". Parte 1.<sup>a</sup>. Cap. XXIV.

## CAPITULO XXIX

# Don Juan I de Aragón

Nació este Príncipe en Perpiñán el día de San Juan Evangelista del año 1350, como lo refiere su propio padre don Pedro IV el Ceremonioso, en su historia, y al cual le concedió el título de Duque de Gerona, ordenando que en adelante tuvieran este título los primogénitos de los reyes de Aragón (1).

La historia ha designado a don Juan I con el nombre de “amante de la gentileza”, pues en su Corte se celebraban, con el mayor fausto y esplendor, magníficas fiestas y apasionantes torneos de gentileza, con todas las galas del biendecir, con lo que las damas y trovadores daban una nota vibrante y fascinadora a estas fiestas de exaltación poética, donde catalanes, valencianos y provenzales, derrochaban ingenio y la más fina galantería.

Fundó este malogrado Príncipe los llamados “Juegos Florales” para estímulo

(1) Fernando I de Antequera dió a su primogénito, el Infante don Alfonso, el título de Príncipe de Gerona. Hasta entonces los Reyes de Aragón habían concedido tres títulos a sus primogénitos: Duque de Montblanch, Duque de Gerona y señor de la ciudad de Balaguer.



Don Juan I de Aragón

Palacio de Justicia de Barcelona. Tela de Felipe Ariosto (1588)  
Archivo Mas

de las bellas letras, convirtiendo su Corte en un verdadero emporio de la poesía (1).

Heredó de su padre la tiernísima devoción que profesó a Nuestra Señora de Montserrat, a la que visitó muchas veces. Siendo todavía Duque de Gerona, o sea en vida de su padre, según un documento que obraba en el archivo del Monasterio, concedió don Juan I a Montserrat el privilegio de Protección y Salvaguardia. Dicho documento estaba fechado en Barcelona en 27 de noviembre de 1372 (2).

Esta devoción de don Juan a la Virgen de Montserrat, prendió tan profundamente en el corazón de su esposa, doña Violante, que, en una peregrinación que hizo al Santuario excedió a toda ponderación su piedad y devoción firmísima.

En el archivo de la Casa de Aragón existe una carta de la expresada Soberana dirigida a los Camarlengos de su Corte y a don Guillermo Coltelleri, médico del Rey, fechada en Collbató en 28 de octubre de 1387, en la que les participa la llegada a dicho lugar y que al día siguiente, si Dios era servido, subiría a "pie descalzo", a visitar a María Santísima.

En otra carta, fechada en Montserrat el día 29 del mismo mes y año, dirigida a su esposo don Juan, le participa que el día anterior había llegado a Collbató y el día de la fecha al Monasterio, donde se encontraba sin novedad y que había presentado a María Santísima, con humilde y devota reverencia, las joyas que él sabía, de lo que había hecho levantar Carta Pública, según él le mandara (3).

El contenido de esta segunda carta demuestra a todas luces la común devoción de estos dos esposos a Nuestra Señora de Montserrat y la primera la piedad heroica de la princesa, pues subir a pie descalzo aquella asperísima montaña, cuando no todos los hombres más animosos lo hacen, nos descubre — como subraya un historiador — en esta piadosa reina un fervor y devoción verdaderamente excepcionales.

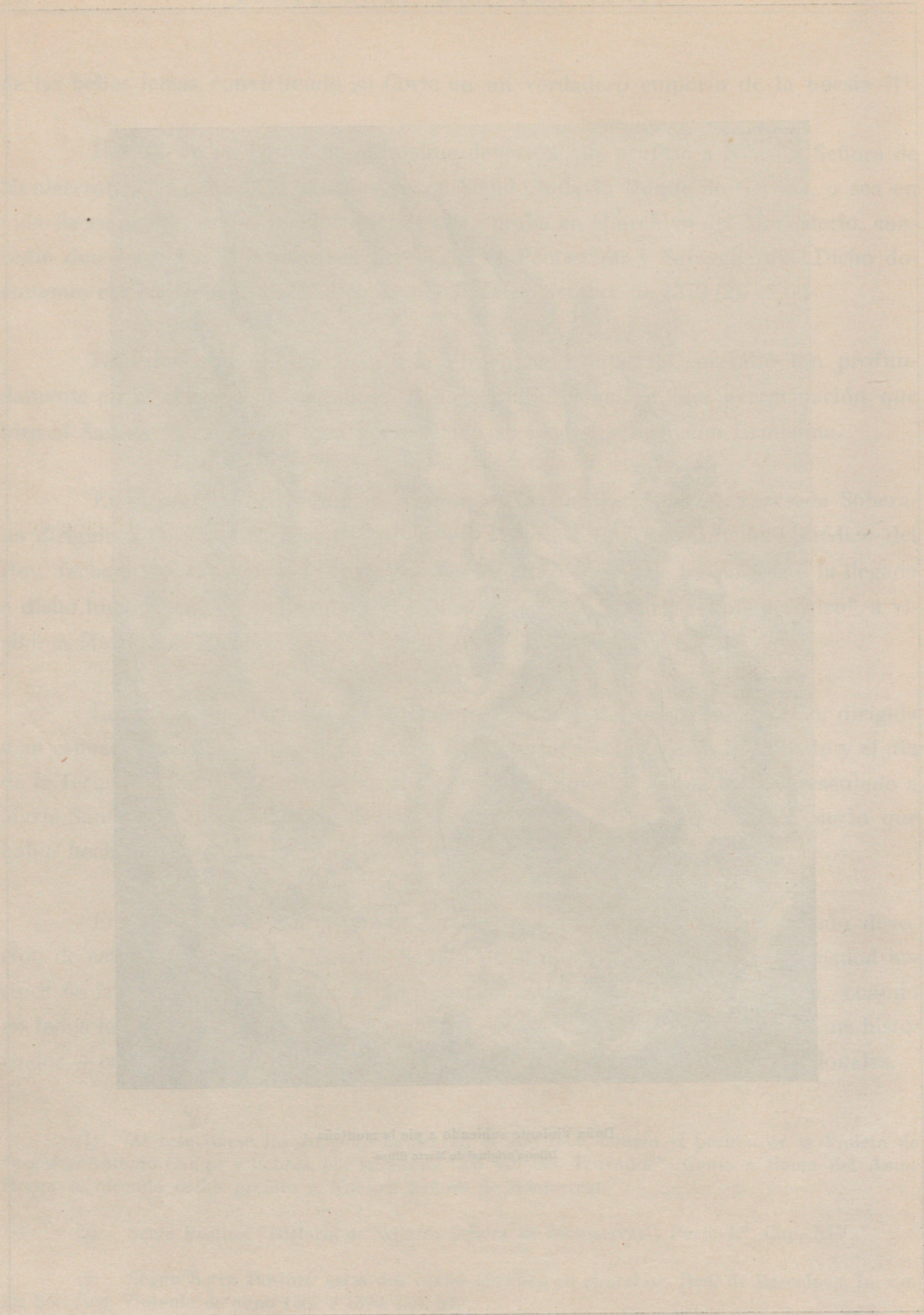
(1) Al resucitarse los Juegos Florales en el año 1859, obtuvo el premio de la Violeta de Oro, don Antonio Camps y Febrés, por su poesía "Lo vol del Trovador". Como a Reina del Amor Hermoso, ofrendó dicho premio a Nuestra Señora de Montserrat.

(2) Serra Postius. "Historia de Nuestra Señora de Montserrat". Parte 1.<sup>a</sup> Cap. XIV.

(3) Según Serra Postius, estas dos cartas obraban en el archivo Real de Barcelona. In. Curia Sec. Reg. Violante de anno 1387 a 1390. Fol. 34.



Doña Violante subiendo a pie la montaña  
Dibujo original de Marta Ribas



En cuanto al Rey, era tan acendrada su devoción a Nuestra Señora de Montserrat, que según Sayol, Abad de Poblet, encontrándose cierta vez en un grave peligro, invocó a la Virgen Morena y le prometió solemnemente, desentendiéndose de los protocolos de la Corte, que si salía de aquel peligro, quería ser enterrado en el Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat (1).

Conocido es el final trágico del malogrado Príncipe, que murió en una cacería. Su cadáver fué trasladado a Barcelona, siendo enterrado en la Catedral.

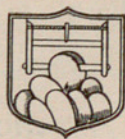
Pero como era público el voto del difunto Monarca de ser enterrado en el Monasterio de Montserrat, se promovió un ruidoso pleito entre aquel Monasterio, el de Poblet y el Cabildo Catedral de Barcelona.

En vista de las razones alegadas por el Monasterio de Poblet, el rey don Martín el Humano, hermano del difunto, pidió al Papa que absolviese al príncipe de su voto de ser enterrado en Montserrat, apoyando su petición al Sumo Pontífice con las razones alegadas por los monjes de Poblet.

El Papa accedió a la petición de don Martín, pero surgieron nuevas incidencias en el pleito; el Cabildo Catedral de Barcelona se interpuso; pero Poblet no dió su brazo a torcer, siendo al fin fallado a favor de aquel Monasterio, de acuerdo con los deseos de sus monjes.

Grandiosa debió ser esta lucha por guardar el cadáver de don Juan "el amante de la gentileza", pues la sentencia no se cumplió hasta el año 1501, o sea ciento cinco años después de la muerte del Príncipe, en que sus restos fueron solemnemente inhumados en el panteón de los Reyes de Aragón.

(1) Sayol. Grandezas de Poblet.



En cuanto al Rey, era tan acendrada su devoción a Nuestra Señora de Montecassino, que según Sayol, Abad de Poblet, encontrándose cierta vez en un grave peligro invocó a la Virgen Morena y le prometió solemnemente, descontentándose de los protocolos de la Corte, que si salía de aquel peligro, quería ser enterrado en el Monasterio de Nuestra Señora de Montecassino (1).

Conocido es el final trágico del malogrado Príncipe, que murió en una cae-  
 rra. Su cadáver fue trasladado a Barcelona, siendo enterrado en la Catedral.

Pero como era público el voto del diluido Monarca de ser enterrado en el Monasterio de Montecassino, se promovió un ruidoso pleito entre aquel Monasterio, el de Poblet y el Cabildo Catedral de Barcelona.

En vista de las razones alegadas por el Monasterio de Poblet, el rey don Martín el Humano, hermano del difunto, pidió al Papa que absolviese al príncipe de su voto de ser enterrado en Montecassino, apoyando su petición al Sumo Pontífice con las razones alegadas por los monjes de Poblet.

El Papa accedió a la petición de don Martín, pero sugirieron nuevas incidencias en el pleito; el Cabildo Catedral de Barcelona se interpuso; pero Poblet no dio su brazo a torcer, siendo al fin fallado a favor de aquel Monasterio, de acuerdo con los deseos de sus monjes.

Grandiosa debió ser esta lucha por guardar el cadáver de don Juan "el aman-  
 te de la gentileza", pues la sentencia no se cumplió hasta el año 1501, o sea ciento cinco años después de la muerte del Príncipe, en que sus restos fueron solemnemente inhumados en el panteón de los Reyes de Aragón.

(1) - Sayol, Grandes de Poblet.





## CAPITULO XXX

# Fernando de Antequera

Era hermano del rey de Castilla, don Enrique III, y, por el Compromiso de Caspe, en el cual llevó la voz cantante San Vicente Ferrer, fué elegido rey de Aragón, iniciándose la nueva dinastía en Aragón, que debía dar cima a la unidad de la Patria.

Al ser vencido el Conde de Urgel don Jaime el Desdichado, al rendirse la ciudad de Balaguer, donde se defendió heroicamente, se terminó la guerra civil y Fernando fué aclamado Rey de Aragón, cuya coronación solemne se verificó en Zaragoza el día 15 de enero de 1414.

Como prudente gobernante, Fernando, desde el primer momento, quiso granjearse el amor de los catalanes, pues habiéndole enviado la Reina de Castilla, doña Catalina, para la ceremonia de su coronación la misma corona con que el rey don Juan I, su padre, se había coronado, la rehusó y quiso hacerlo con otra construída en Barcelona.

Era devotísimo de Nuestra Señora de Montserrat. Aunque tardó dos años en



Fernando de Antequera

Palacio de Justicia de Barcelona. Tela de Felipe Ariosto (1588)  
Archivo Mas

visitarla y, según parece, en cumplimiento de un voto, desde el campo de Balaguer, a 24 de enero de 1413, ordenó a su Tesorero, Juan de Plans, que ofreciera a Nuestra Señora de Montserrat cien florines de oro de Aragón, según consta en el Archivo Real de Barcelona (1).

Después de su coronación, el cronista Argai nos describe, en términos sugestivos, su visita a Montserrat.

“Habiendo de ir — dice — a ver a sus catalanes, como Conde de Barcelona, gustó de ir a ofrecer su persona a la que era Emperatriz de España y darle obediencia.

”Subió, pues, a Montserrat, visitó aquella Santa Imagen y, gozando de la ocasión, el Abad, fray Marcos de Villalba, dió cuenta al Rey, entre otras cosas, de la Cofradía, que se había doscientos años antes fundado, siendo prior don Berenguer y, estando presente la Reina doña Leonor, primera esposa del rey don Pedro de Aragón; lo cual, oído y sabido, gustó el rey que se confirmase; y asentóse este glorioso príncipe por cofrade y protector de ella, firmándolo de su real mano el día 10 de junio de 1415.”

Al inscribirse en la Cofradía nos demuestra la fervorosa devoción de don Fernando a la Virgen de Montserrat y su propósito de continuar la tradición de los Reyes de la Casa de Cataluña.

De tal manera se compenetró este Rey con el espíritu y tradiciones de sus nuevos vasallos, que lo demostró, de una forma indudable, inculcando a su hijo, don Alfonso, la idea de que tomara por Consejeros suyos a los catalanes; como lo hizo, pues fueron sus principales consejeros don Grau Alemany de Cervelló, Berenguer de Bardaxí de la nobleza catalana y el Arzobispo de Tarragona, don Pedro Zagarriga, el cual, en el compromiso de Caspe, había votado a favor del Conde de Urgel, premian-do sus servicios cediéndole la villa y castillo de Ager, su valle y sus términos. Fué, además, el mayor protector que tuvieron las artes y las letras catalanas, denominán-dole la Historia “el Magnífico”.

Don Fernando, en contra de lo mucho que de él se ha escrito tendenciosa-

(1) In fol. 32. Itiner. et via D. lit A ann 1413 a 1416.

mente y a pesar del poco tiempo que reinó, se adaptó a las costumbres del país, captándose, no sólo la adhesión, sino el más acendrado cariño de los supuestos enemigos.

Como demostración concluyente de nuestro aserto, referiremos la anécdota siguiente:

Encontrándose indispuerto don Fernando, quiso partir para Castilla con el fin de obtener allí la salud; pero al llegar a Igualada se agravó su enfermedad, lo que le privó de continuar el viaje.

Al conocerse en Barcelona la noticia del estado gravísimo del Rey, acordó el Consejo de Ciento enviar a Juan Fivaller, Conceller segundo, para asistir al Monarca.

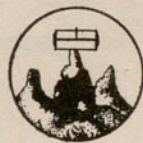
Lo hizo tan heroicamente, dice Serra Postius (1), que le curaba las llagas, que eran contagiosas, y hasta “le chupaba la podre”.

Agradecido el Rey por acción tan sublime — continúa el mismo autor — le nombró en su codicilo Albacea Mayor y le encargó de las personas del príncipe heredero y de sus hijos y de sus reinos (2).

Hemos querido consignar este hecho, harto elocuente, para que el lector ponderado e imparcial conozca la realidad: no a un Fivaller “altivo” y a un “vengativo” Fernando, protagonistas de unos ideales que no sintieron ni existieron, pues la realidad fué muy diferente. Entre la nueva dinastía y Cataluña sólo hubo corrientes de nobles y mutuos comportamientos y la compenetración entre ambas fué rápida y absoluta.

(1) “Historia de Nuestra Señora de Montserrate”. Parte 2.<sup>a</sup>. Cap. XXI.

(2) Archivo de la casa de la Ciudad de Barcelona. Libro de las deliberaciones, año 1416. Diego Román en sus “Exequias”, pág. 65, núm. 93. Gabriel Bruniquer. Antigüedades. Grandezas y Excelencias de Barcelona. Cap. VI, núm. 10. M. S. recondido en el referido Archivo (Serra y Postius en el lugar citado).



Como demostración concluyente de nuestro aserto, referiremos la anécdota siguiente:

Encontrándose indispuerto don Fernando, quiso partir para Castilla con el fin de obtener allí la salud; pero al llegar a Llanada se enfermó en camino, lo que le privó de continuar el viaje.

Al conocerse en Barcelona la noticia del estado gravísimo del Rey, acordó el Consejo de Ciento enviar a Juan Fivaller, Conde de Segorbe, para asistir al Monarca.

Lo hizo tan patrióticamente, dice Serra Posada (1), que le curaba las llagas que eran contagiosas y hasta "le chupaba la leche".

Agradecido el Rey por acción tan sublime—continúa el mismo autor—le nombró en su codicillo Alvarca Mayor y le encargó de las personas del príncipe heredero y de sus hijos y de sus hijos (2).

Hechos dichos consignar este hecho, harlo elocuentemente, para que el lector ponga en imparcial conciencia la verdad: no a un Fivaller "alivo" y a un "vengativo", Fernando, protagonista de unos hechos que no admiten ni existencia, pues la verdad fue muy diferente. Entre la nueva dinastía y Cataluña sólo hubo cortocircuitos de nobles y malos comportamientos y la compensación entre ambas fue rápida y absoluta.

(1) "Historia de Nuestra Señora de Montserrat", Parte 2.º, Cap. XLV.  
(2) Archivo de la casa de la Ciudad de Barcelona, libro de las deliberaciones, año 1188. Dice en forma en sus "Exposiciones", pag. 65, don J. Gabriel Balmes, Antiguadas, Grandezas y Resplandores de Barcelona, Cap. VI, párr. 10. M. 2.º reproducido en el referido Archivo (Serra y Posada en el lugar citado).



## CAPITULO XXXI

# El emperador Carlos I

Sin exageración alguna podemos afirmar que el glorioso Emperador Carlos I fué uno de los Príncipes más fervorosamente devotos de Nuestra Señora de Montserrat, el que subió más veces la penosa Montaña para visitarla y uno de sus más grandes bienhechores, marcando la pauta a la Casa de Austria, tanto en España como en Alemania, cuyos miembros fueron todos devotísimos de la Virgen Morena, según veremos en las sucesivas páginas de este libro.

Son más de admirar estas frecuentes peregrinaciones al Santuario, si tenemos en cuenta que su largo reinado fué uno de los más agitados de la historia, por atravesar el mundo en aquellos tiempos uno de los períodos más trascendentales para la civilización. La aparición de la Reforma, la exaltación del Renacimiento, el peligro turco y el forcejeo europeo para la constitución y diferenciación de las nacionalidades, todas estas causas no dejaron al Emperador punto de reposo, además del ajetreo constante de batallas, viajes y asambleas.

El ilustre cronista del Emperador, fray Prudencio Sandoval, Obispo de Pamplona, nos hace resaltar la devoción del Cé-



El emperador Carlos I

sar a la Virgen de Montserrat en unos muy primorosos párrafos que transcribimos:

“Fué el Emperador devotísimo de Nuestra Señora de Montserrat, Monasterio de San Benito en el Principado de Cataluña, en tanto grado, que todas las veces que se le ofrecía ir allí, lo hacía con gran gusto, por llevar consigo la bendición de la Santa Imagen de la Madre de Dios.

”Y solía decir a sus privados: “Las paredes de este Santuario están ahumadas (hablaba de la antigua iglesia) y siento en ella tanta devoción y una cierta Deidad que no sé significarlo.” Y mostrábalo bien Su Majestad, pues le gustaba comer con los monjes en el Refectorio y mandaba asentar al Prelado al cabo de la mesa mayor consigo.”

Refiere seguidamente los privilegios que concedió al Monasterio, ora nombrando al Abad Sacristán Mayor de la Corona de Aragón, ora traspasando al Monasterio de Montserrat el Patronazgo Real sobre los Monasterios de San Ginés y Santa Cecilia y fallando a favor de Montserrat la jurisdicción y señorío de la villa de Olesa, ya influyendo con el Papa Julio III para que moderase la “media annata” y no la tasase con rigor, etcétera.

Y añade: “Todo el tiempo que Su Majestad vivió, ordenó que se le dijera una misa cotidiana en el altar de Nuestra Señora a su intención, se hizo y mandó dar limosna.

”Y como el Papa Adriano era cosa suya, alcanzó para el Santuario muchos favores y confirmaciones de gracias y nuevos indultos.

”Nueve veces —continúa— se halla por los libros, que visitó la Santa Casa y debieron ser más; pues venía de Barcelona, estando allí, a fiestas que se celebraban en este Monasterio. Muchas limosnas dió y no quería que se supiese lo que se daba; parece cantidad de veinte mil ducados por los libros.

”Tuvo grandísima devoción en las velas que se traen de Montserrate, como vimos se las tuvo guardadas con un Crucifijo hasta el punto que sintió se le arrancaba el alma, la cual devoción heredó su hijo, el rey don Felipe II” (1).

(1) Sandoval. Tomo II. Folio 807.

Con esta seductora sencillez, que nos transparenta la verdad con toda su belleza, nos describe Sandoval la devoción a Nuestra Señora de Montserrat del Emperador, a quien el Papa Pablo III en su Breve, expedido en el año 1547, le titula Máximo, Augusto, Invictísimo y verdaderamente católico.

Como otros antecesores suyos, también ofrendó una hermosa lámpara de plata a Nuestra Señora y dió facilidades a los limosneros de Montserrat para pedir para el Santuario en toda España y reino de Sicilia.

En una de sus visitas a Montserrat, le acompañó su maestro Adriano de Utrech, Obispo de Tortosa y Cardenal, el cual también fué un fervoroso devoto de Nuestra Señora, pues al llegar al Sumo Pontificado, ofreció a la Virgen una lámpara de plata con su dotación.

Refiérese que don Carlos y su maestro, oraban devotamente a los pies de la Virgen, cuando se esperaba la decisión de la reunión de los Electores del Imperio Alemán, y fué grande su sorpresa cuando al salir de la iglesia hallaron el patio lleno de soldados con trajes dorados y deslumbrantes, llevando en las manos antorchas encendidas, y por entre los cuales se adelantaban, solemne y pausadamente, algunos caballeros; era la embajada que, precedida del Conde Palatino, iba a ofrecerle, en nombre de Alemania, la corona de Carlo Magno.

Ante tal novedad, postróse nuevamente don Carlos a los pies de la Virgen en acción de gracias, pidiéndole protección y acierto en el gobierno del Sacro Imperio Romano Germánico, pues a la sazón contaba solamente diecinueve años de edad.

Partió al día siguiente para Barcelona y, antes de salir para Alemania, quiso tomar posesión del canonicato de la Catedral, en calidad de Conde de Barcelona.

Antes de entrar en la capital del principado, le envió la ciudad una embajada para anunciarle que a sus Reyes y Condes les daban la bienvenida los Concelleres, sin desmontar del caballo y el Conceller en Cap (primero), se ponía a la izquierda del Rey y delante todos los demás; pero como no había precedentes, tratándose del Emperador, deseaban saber el ceremonial a que debían atenerse y esperaban sus órdenes.

Respondió el César a la embajada: "Que apreciaba las leyes y costumbres de la ciudad; que le recibiesen como a los Condes, sus antecesores, y como era uso y costumbre; y que estimaba más ser Conde de Barcelona que Emperador de Romanos" (1).

Este bello episodio retrata la España de nuestras gloriosas tradiciones. Unos príncipes comprensivos, respetuosos con los usos y costumbres de los pueblos, y unos pueblos que, con su veneración y adhesión inquebrantable fortalecían la Autoridad de aquéllos, pues ni la grandeza era soberbia ni el vasallaje era una humillación.

En la ciudad de Barcelona tomó una decisión que, por lo simbólica, tenía su trascendencia. Cortóse el Emperador el cabello, que llevaba largo, y ante su ejemplo tuvieron que cortárselo todos los nobles y caballeros que le acompañaban, haciéndolo algunos con tanto sentimiento que lloraban (2).

Este gran Rey de España y Emperador de Alemania, denominado por muchos historiadores, Carlos Máximo, después de triunfar en cien batallas, conquistar reinos, dominar mundos; después de vencer a innumerables enemigos, se venció a sí mismo, retirándose al Monasterio de Yuste hasta su muerte, que ocurrió en 21 de septiembre de 1558.

Al comprender qué se acercaba su última hora dijo: "Ya es tiempo; dad acá aquella vela y aquel crucifijo." Y, teniendo en una mano la vela de su amada, la Santísima Virgen de Montserrat, y en la otra el Santo Crucifijo, fijó en él sus ojos y luego exclamó con voz tan fuerte que se pudo oír desde los otros aposentos: "¡Ay, Jesús!" entregó su alma al Señor, que se la dió (3).

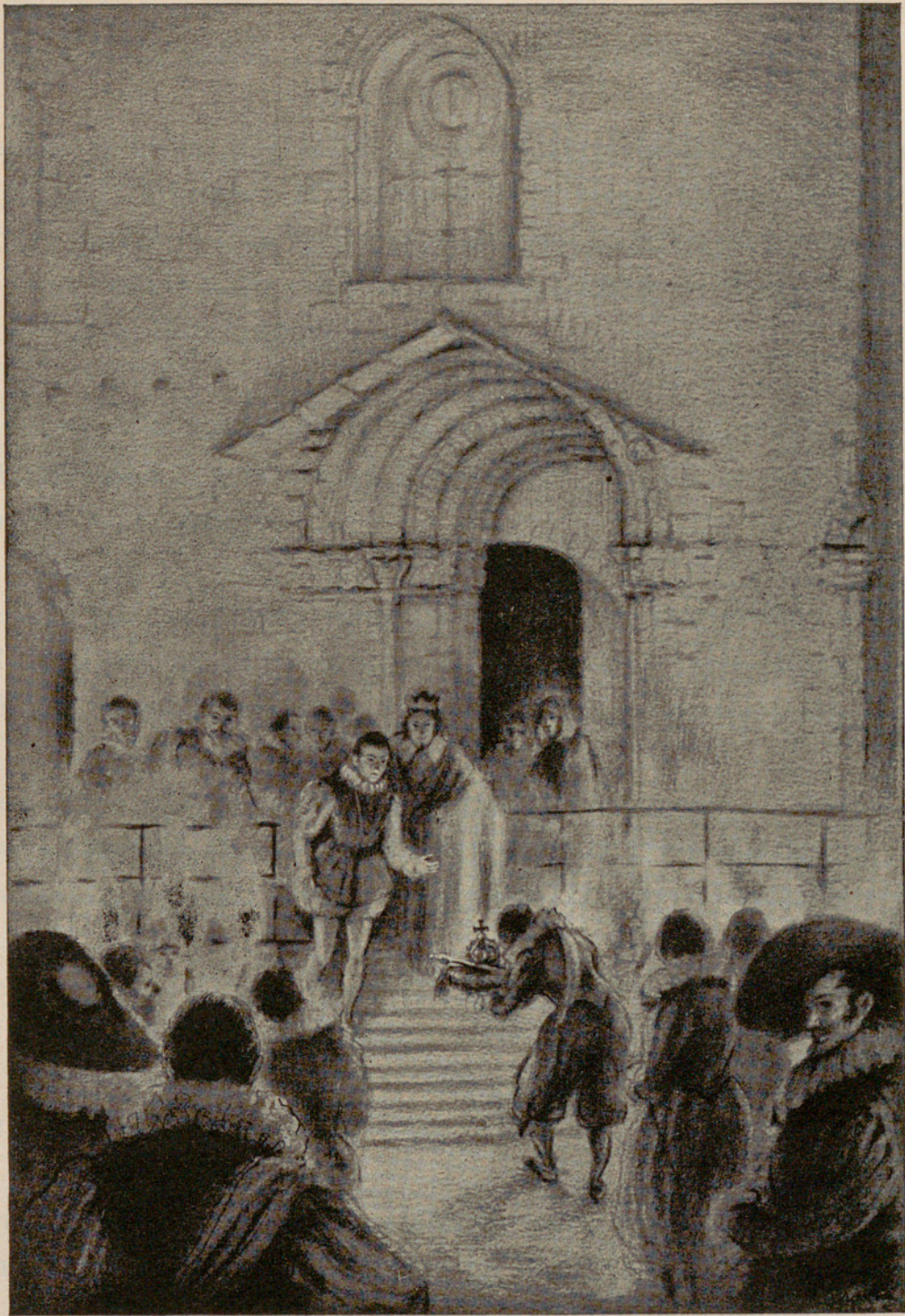
La cristiana serenidad y grandeza de ánimo del César en la hora de su muerte, fué el digno epílogo de su vida gloriosa, aureolada con el nimbo de la inmortalidad.

(1) Vera. Folio 71. Serra Postius. "Historia de Nuestra Señora de Montserrate". Parte II. Cap. XVII.

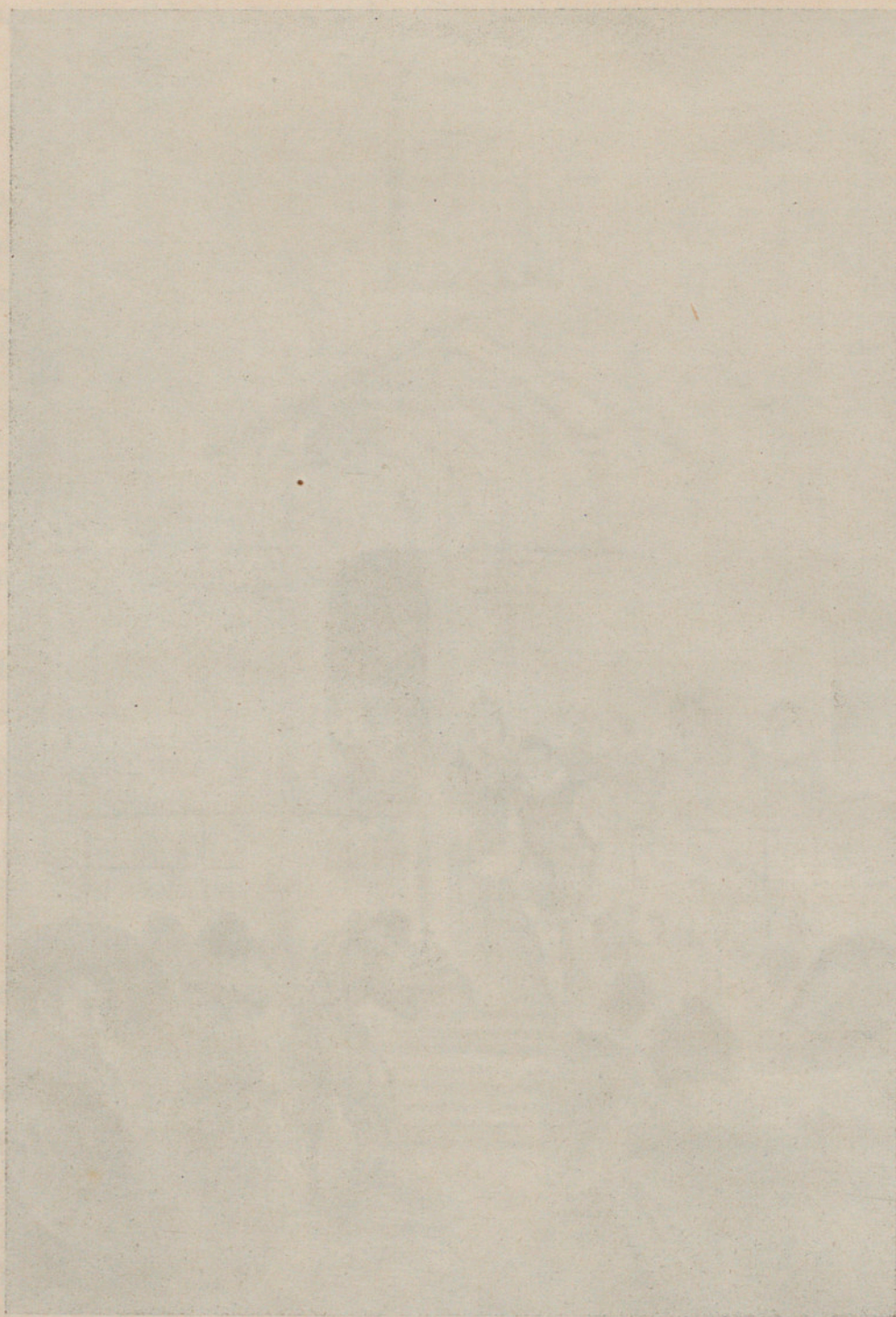
(2) Sandoval. Tomo I. Fol. 50.

(3) José Martínez. Fol. 479. Serra Postius. "Historia de Nuestra Señora de Montserrate". Parte II. Cap. XVII.





El emperador Carlos I  
Dibujo original de Marta Ribas



El emperador Carlos I  
Dibujo original de Maria Sibilla

Un episodio de la vida del Emperador, sucedido en Barcelona, queremos reseñar también, pues nos refleja la delicadeza moral y la política de aquel incomparable Monarca, a la vez que la prócer conducta de aquellos Concelleres.

Acababa de visitar Carlos I a Nuestra Señora de Montserrat para recibir, siguiendo su piadosa costumbre, la bendición de la Virgen Morena antes de partir para Gante, en donde graves sucesos reclamaban urgentemente su presencia. Tan apremiante era el caso que precisó pasar por Francia, a cuyo efecto su rival, Francisco I, noblemente, le concedió el libre tránsito.

Su tesoro, a la sazón, andaba escaso. Podía pedir un crédito a las Cortes, pero no lo hizo. Acudiendo a la generosidad de Barcelona, solicitó un préstamo con ciertas obligaciones para el Emperador.

Mientras los Concelleres estaban reunidos para la concesión o denegación del préstamo, el César, de incógnito, se alojó en la casa de la noble familia de Ferrán, vecina a la calle de Regomir, esperando el acuerdo de los concellers (1).

Estos, sin discusión, acordaron acceder a la petición de Carlos I y éste, en agradecimiento, concedió a la Ciudad de Barcelona el privilegio de que la armada al entrar en su puerto, saludara primero a la ciudad con los disparos de reglamento.

Además, queriendo demostrar el afecto y la alta consideración que sentía por Barcelona y sus concellers, aceptó una comida que éstos le ofrecieron (hoy diríamos de carácter íntimo), pero que sirvieron al Emperador de la manera más espléndida y fastuosa, como un digno obsequio de la ciudad condal.

Terminada la comida, el Conceller Primero se levantó y presentó al Emperador una fuente de plata en la que había un papel escrito hecho pedazos.

El Emperador miró sorprendido tan rara ofrenda.

—¿Qué son estos fragmentos? — preguntó el César.

(1) En 1747 aun existía la habitación donde el César aguardó la contestación de los Concelleres.

—Son los de Vuestra obligación, Señor — contestó el Conceller —. Barcelona se halla pagada con usura, por haberse dignado Vuestra Majestad sentarse a la mesa con los Concelleres.

Este rasgo, que nos revela toda una época, hace exclamar a Víctor Balaguer: “¡Qué hombres aquéllos!, pero también ¡qué Reyes!”



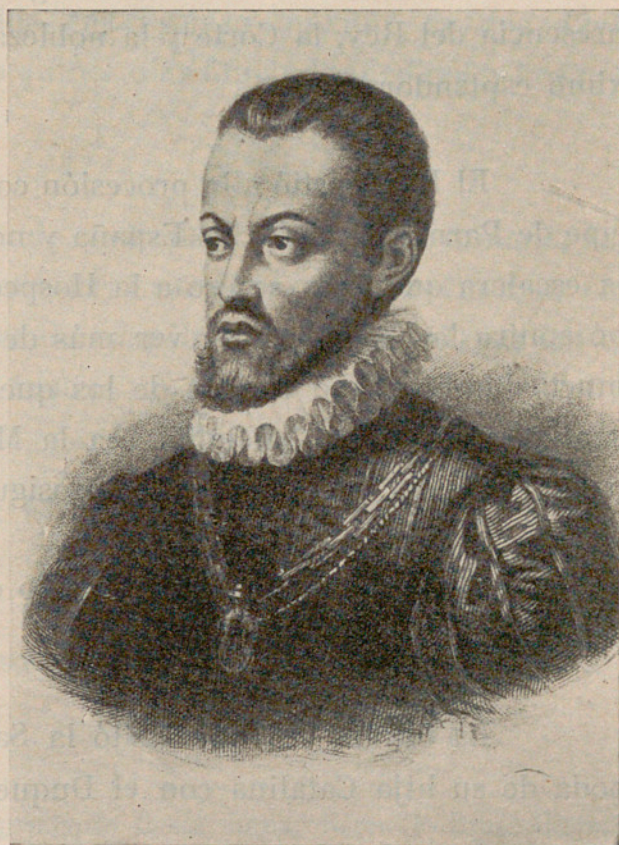
## CAPITULO XXXII

# Felipe II

No pretendemos biografiar al más grande de los monarcas. Ni la corta extensión de un capítulo ni la índole del libro nos lo permiten.

Los enemigos de España han agotado todos los dicterios para ensombrecer, ya que no han podido eclipsar, a la figura más radiante y esplendorosa de la monarquía española. Todo inútil: al correr del tiempo, se agiganta cada vez más el unificador de la Gran España, el forjador del Imperio Occidental, el que tuvo la visión clarísima de la misión ecuménica de España, como portaestandarte de la civilización cristiana.

En la corte del gran Rey no pululaban políticos ambiciosos ni intrigantes. Buscaba en los claustros sus mejores colaboradores. Allí, en aquella cantera inagotable de valores espirituales, encontraba los hombres que necesitaba para la estabilización y desenvolvimiento del Imperio español. De allí extraía aquellos hombres apostólicos, sabios, discretos, abnegados, dispuestos a todos los sacrificios en el servicio del Rey y de la Patria, porque antes se habían



Felipe II

consagrado al servicio de Dios; eran sus confidentes, sus embajadores y diplomáticos.

Hasta su Corte tenía la augusta severidad de un monasterio.

Heredó de sus padres la devoción fervorosa que profesaron a Nuestra Señora de Montserrat toda su vida, que sintió hasta en sus últimos momentos.

Cuatro veces visitó el Santuario. La primera, a la tierna edad de seis años, en compañía de la Emperatriz Isabel, la cual como amorosa madre, lo ofreció a la que lo es de Dios (1).

La segunda en 1548, antes de partir para Alemania, según escribe Cristóbal Calvete, en la historia de este viaje.

La tercera visita la realizó a últimos de enero de 1564 antes de entrar en Barcelona.

Toda la comarca se despobló para ver a su Rey en la fiesta de la Candelaria, que todos los años se celebraba con gran pompa en el Santuario, y aquel año, con la presencia del Rey, la Corte y la nobleza catalana, que acudió en masa, revistió el máximo esplendor.

El Rey asistió a la procesión con una hacha en la mano, acompañado del príncipe de Parma, Grandes de España y nobleza catalana. Al llegar Su Majestad frente a la escalera que daba acceso a la Hospedería, fué tal la multitud de gente que se agolpó contra la baranda para ver más de cerca al Rey, que el antepecho cedió y toda la muchedumbre cayó encima de los que estaban debajo. El Rey al ver la catástrofe, se santiguó diciendo: "¡Bendita sea la Madre de Dios!" Y Esta hizo el prodigio de que nadie recibiera el menor daño, prosiguiendo la procesión entre vítores y cantos.

Al día siguiente, acompañado de la Corte, visitó las ermitas y habló con suma complacencia con los ermitaños.

La última vez que visitó la Sagrada Imagen fué en 1585 con motivo de la boda de su hija Catalina con el Duque de Saboya. La boda se celebró en Zaragoza y

(1) Así consta en el Dietario de la Casa de la Ciudad de Barcelona del año 1533.

el Rey quiso acompañar a los Príncipes hasta Barcelona, donde embarcaron para Italia. De paso, visitaron Montserrat, ofreciendo donativos (1).

En Barcelona fueron obsequiados con varias fiestas, entre las que algunas se celebraron en la plaza del Borne.

Si las visitas a Montserrat, con las penalidades inherentes a estas peregrinaciones, nos demuestran la devoción del gran Felipe a Nuestra Señora, lo que hizo por el Santuario le colocó entre sus más grandes bienhechores, pues además de los donativos particulares y privilegios que concedió a Montserrat (2), costeó el magnífico retablo para el altar mayor.

El Abad fray Plácido de Salinas acabó el suntuoso templo, comenzado por el Abad Garriga en su primer gobierno y que adelantó mucho en el segundo, pero, como digno remate de tan grandiosa obra, faltaba el retablo del altar mayor.

Vivía entonces en Valladolid el famoso escultor Esteban Jordán, y a él encargó la artística obra, la que debía tener concluída en el plazo máximo de dos años. Jordán se trasladó a Montserrat, donde estuvo quince días tomando medidas y bosquejando el proyecto.

Estipuló en diez mil ducados el precio de su trabajo. Una vez terminado, fué transportado dicho retablo de Valladolid a Montserrat en 65 carros, previa una circular del Rey a todos los justicias de los pueblos de tránsito, fechada en 25 de abril de 1594, ordenando que ayudasen con carretas y bestias.

El transporte y asentamiento costaron seis mil ducados; mas el Rey, generosamente, añadió cuatro mil más por mejoras.

Mandó, además, el Rey a don Francisco López, de Madrid, que lo pintara y dorara por nueve mil ducados.

(1) Una armada de 53 galeras escoltó a los príncipes hasta Italia. Serra Postius. Historia de Nuestra Señora de Montserrate. Parte 2.<sup>a</sup>. Cap. XXVIII.

(2) Entre otros, que se pudiera pedir limosna para el Santuario en todas las Indias.

Constaba el altar de tres cuerpos; el primero y segundo eran de estilo corintio y compuesto el tercero, con numerosos bajorrelieves y estatuas de un valor artístico tan extraordinario que consagraron la fama universal del escultor.

Después de la última visita de Felipe II a Montserrat, sucedió una curiosa anécdota que transcribimos, pues este episodio de la vida del gran Rey, nos demuestra que poseía en grado sumo aquella cualidad, que es condición, *sine qua non*, de todo buen gobernante: la prudencia. Por aquel fino y sutilísimo sentido práctico, que escribía el pensar de sus vasallos, unido a una comprensión magnánima, se le aplica hasta por antonomasia virtud tan excelente.

Debían celebrarse Cortes en Monzón y, de paso para la villa aragonesa, quiso visitar el Real Monasterio de Poblet, de la Orden Cisterciense.

Mandó el Rey al aposentador que se adelantara, ordenando que se prepararan habitaciones y hospedaje para el rey y su corte.

El aposentador, con una pequeña escolta, llegó al famoso Monasterio, que estaba amurallado, llamó a la puerta y, en nombre del rey y con acento autoritario, ordenó que se preparara hospedaje para el Rey y la Corte. El portero, modesta pero secamente, le contestó que en aquel Monasterio no conocían al Rey, ni era su dueño.

Lleno de cólera el aposentador, corrió a comunicar al Rey lo sucedido pensando que Su Majestad castigaría la descortesía del portero. Pero Felipe II, sin inmutarse respondió: "El monje dijo bien; dijérades vos que iba el Conde de Barcelona y viérades cuán de otra suerte se os respondiera."

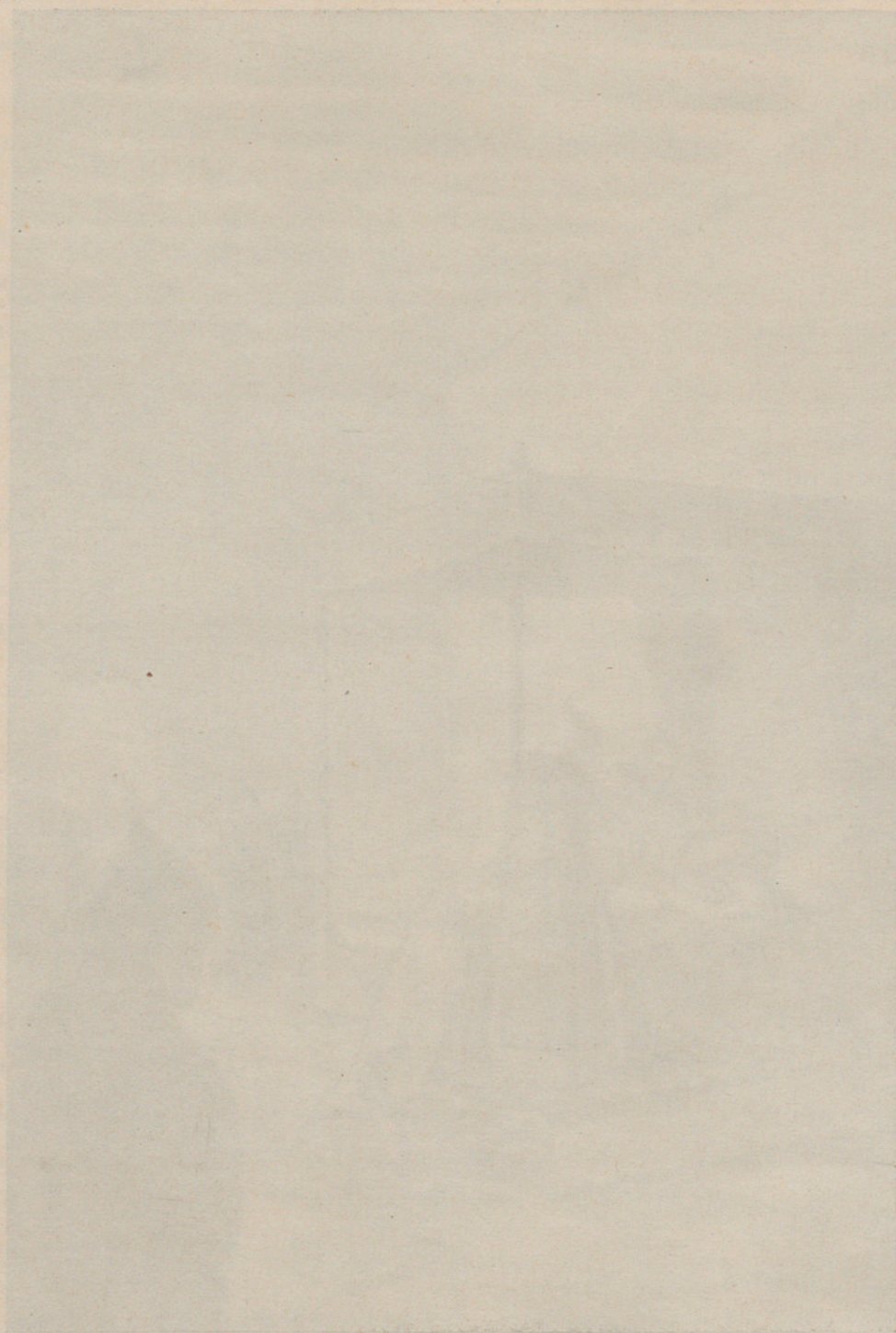
Y así fué, que a título de Conde de Barcelona se le hizo el más solemne recibimiento que se ha hecho a príncipe alguno, con demostraciones de regalos y amor.

Este rasgo de Felipe II, que con su acostumbrada donosura nos describe Poreño, nos descubre con matices inconfundibles, la genial figura del Soberano español como gobernante de un vasto Imperio, integrado por vasallos fieles, sí, y adictos fervorosos e incondicionales, pero de psicología muy diversa, hábilmente manejada por la comprensión del gran Monarca.





Muerte de Felipe II  
Dibujo original de Marta Ribas



Con razón la Historia le denomina "El Prudente", porque se distinguió, entre todas las virtudes que deben adornar a un gran rey, por su prudencia.

Si grande fué Felipe II en todos los actos de su dilatado y gloriosísimo reinado, se nos revela más grande aún en sus últimos momentos. En aquel trance supremo, al desprenderse de lo efímero y, frente a frente con la insondable Eternidad, la actitud de Felipe II nos muestra hasta lo inverosímil la grandeza imperturbable de aquel incomparable Monarca.

Que sea el propio Porreño quien nos describa, con la sublime sencillez de su estilo, los últimos momentos de Felipe II.

Dice así: "Fué tanta la paz de su alma que cuatro días antes de morir dijo a don Fernando de Toledo, adonde hallaría unas velas de Nuestra Señora de Montserrate, y que le aparejase una en su presencia, diciendo: "Esta vela y aquel crucifijo me traeréis a su tiempo."

"Y pidiendo Su Majestad el crucifijo a las tres de la mañana, el día que murió, alzando los ojos a don Fernando de Toledo, le miró riendo y le tomó la vela, diciendo: "Dad acá, que ya es tiempo".

"Cosa rara y maravillosa, que dos horas antes que expirase este gran Monarca, se rió y mostró la paz y alegría que tenía dentro de su corazón, donde otros suelen llorar, y aun perder el seso con la priesa de partir" (1).

Es porque la Virgen de Montserrat asistió a su piadoso devoto prodigándole consuelos supraterrénos, haciéndole abandonar, sin pesar, todos los honores humanos.

Así el Venerable Padre Nieremberg, tratando de este tránsito admirable, dice: "Tuvo en su muerte la vela de Nuestra Señora de Montserrate en la mano, tan firme, que aun después de muerto apenas se la podían quitar" (2).

(1) Baltasar Porreño, de su Historia, dichos y hechos de Felipe II. Capítulo de sus agudezas.

(2) Nieremberg. Virtud Coronada. Cap. IV.

Se recordaba en Montserrat la ofrenda del retablo; pues a una y otra parte del pedestal, que era de piedra, había empotrados los escudos reales con esta inscripción: "Opus Philippi secundi Hispaniarum Regis, Vallisoleti Sculptum, Anno MDXCII. — Obra de Felipe II, Rey de las Españas, tallada en Valladolid, año 1592."

Completó su obra, el gran Felipe, consiguiendo del Sumo Pontífice que el altar de Nuestra Señora fuese PRIVILEGIADO.



(1) Balsanz Portero, de su historia, dichos y hechos de Felipe II. Capítulo de sus reg-

(2) Nieremberg, *Vida de Catalina*. Cap. IV.

### CAPITULO XXXIII

## La princesa Margarita

La Casa de Austria heredó de los Reyes Católicos la devoción a Nuestra Señora de Montserrat.

Ya se consignan en este libro varios hechos de la ferviente devoción del Emperador Carlos I, del gran Felipe II, de don Juan de Austria, del hermano del Emperador, Fernando II, etcétera; devoción que a la Virgen Morena fué transmitida a la Corte de Alemania.

Como episodio destacado de esta devoción, vamos a describir un hecho verdaderamente extraordinario, cuya autenticidad no sólo está valorada por una tradición constante, sino confirmada por escritores de la mayor solvencia, como Serra Postius y el venerable Obispo Palafox, entre otros (1).

Después de haber fallecido el Emperador Maximiliano II, su esposa doña María, hija de Carlos I, resolvió volver a España, su patria, una vez entronizado en el solio de Alemania su hijo Rodolfo.

(1) Vida de Sor Margarita de la Cruz. Libro 1.º. Cap. XXII y XXIII.



Sor Margarita de la Cruz

El hermano de la Emperatriz, don Felipe II, que tenía vivos deseos de ver a su hermana, a la que quería entrañablemente, quiso rodear de gran pompa su regreso a España; y, a este efecto, ordenó se preparara en Génova una armada, al mando de Andrés Doria, para que escoltara a la emperatriz hasta Cataluña.

Doña María llevó consigo a su hija, la princesa Margarita, de diecisiete años de edad, doncella hermosa (como dice un historiador), discreta y virtuosísima.

Salieron de Praga, donde estaba entonces (1581) la Corte de Alemania y entraron en Barcelona el día 10 de enero de 1582. Por espacio de dieciséis días, la ciudad agasajó a la emperatriz con grandes fiestas y, al salir para la Corte, Barcelona le hizo un obsequio para gastos del viaje, de doce mil ducados, fineza que, con cariñosas y expresivas palabras, agradeció la Majestad Cesárea (1).

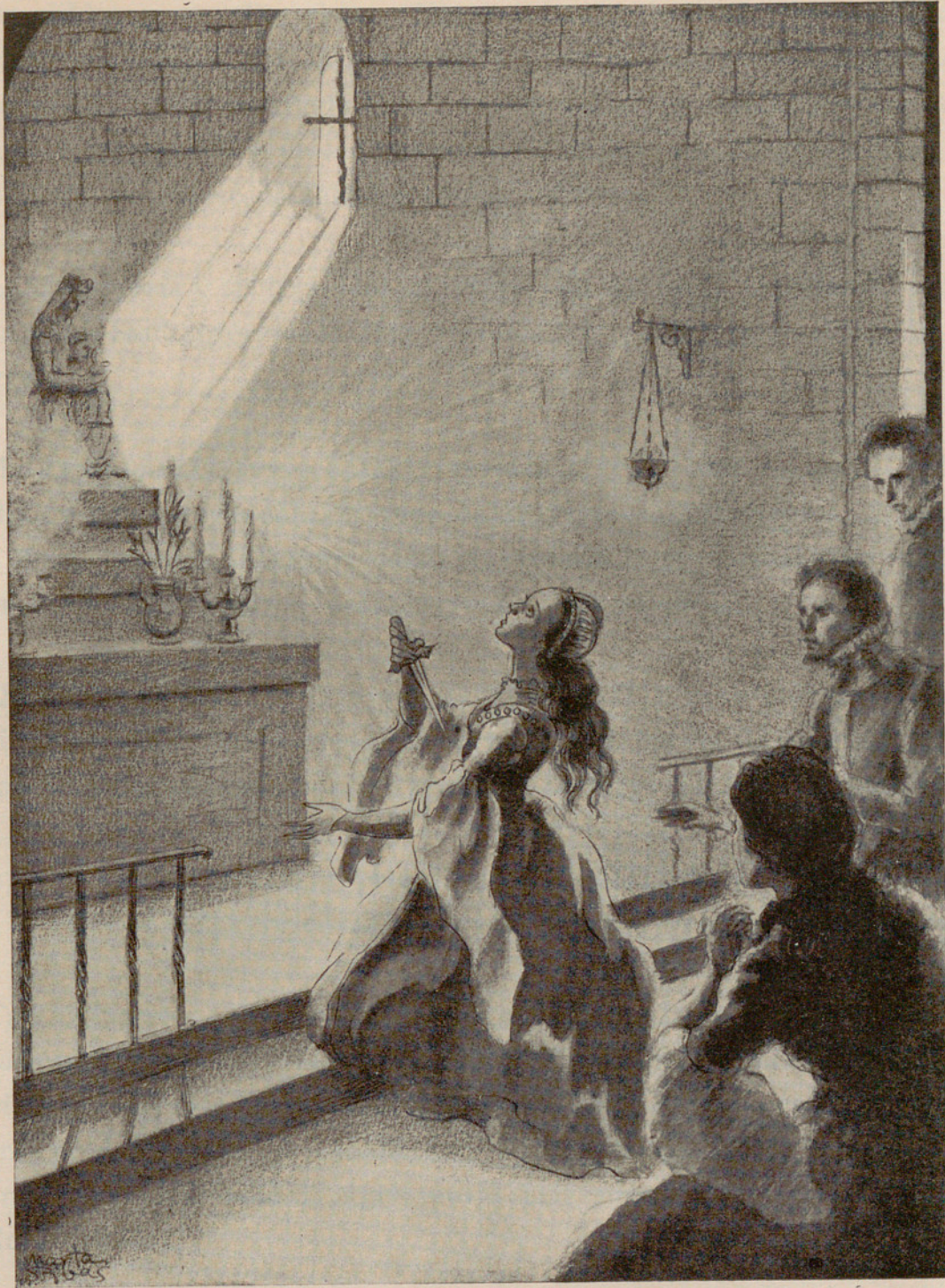
La emperatriz, que era devotísima de Nuestra Señora de Montserrat y cuya devoción había inculcado a su hija, de paso para Madrid, quiso hacer una visita a la Virgen y subió al Santuario acompañada de la princesa Margarita y su séquito.

Su Alteza tenía verdadera ansia por visitar la Sagrada Imagen, cuyos milagros eran universalmente celebrados y abrigaba la esperanza firmísima de alcanzar de la Virgen una gracia especial, pues tratándose de una princesa imperial, su obtención constituía un verdadero milagro.

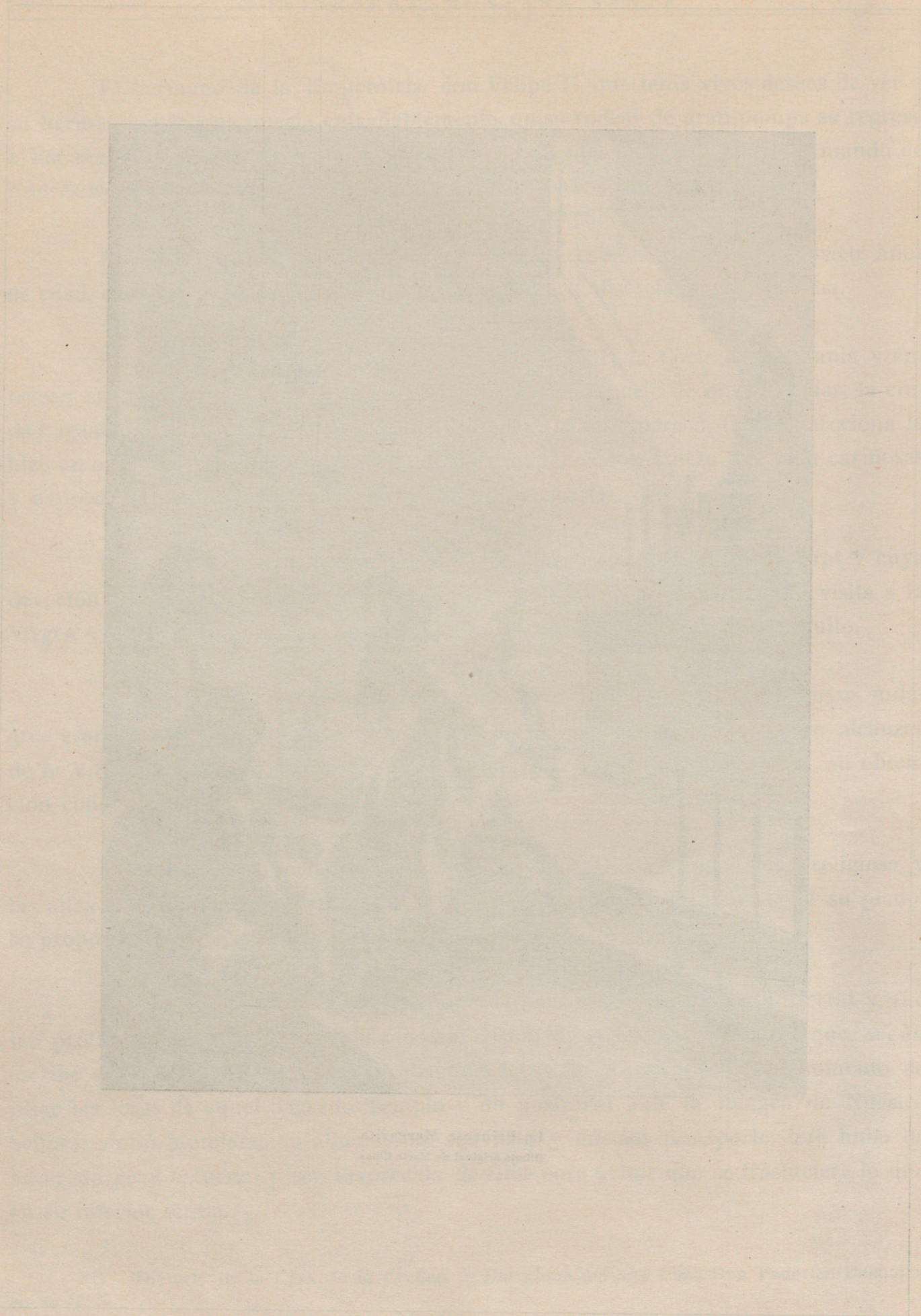
La princesa Margarita había hecho voto de entrar en una Orden religiosa y las altas razones de Estado eran un obstáculo infranqueable para conseguir su piadoso propósito.

Con estas místicas inquietudes subió la princesa Margarita a Montserrat y, fué tan profunda la impresión que le causó la visión de la Cámara Angélica, que, según escribe el venerable Palafox, explicaba más tarde Su Alteza que en el momento de pisar las losas de aquel Sagrado Templo y de postrarse ante la Imagen de Nuestra Señora, sintió inundarse su alma de tal suavidad y místico transporte, que hubo de hacer un gran esfuerzo y ser favorecida de Dios para evitar que se trasluciera lo que en su interior sentía.

(1) Dietario de la Casa de la Ciudad de Barcelona del año 1582. Don Federico Despalau en su M. S.



La Princesa Margarita  
Dibujo original de Marta Ribas





Aunque resultaba muy fatigoso para una princesa, criada entre las blanduras de la Corte, subir por aquellos riscos y ásperas montañas, visitó las casi inaccesibles ermitas, repartió limosnas con largueza entre aquellos anacoretas, recibiendo de ellos en agradecimiento — dice el citado Palafox — “devotas y naturales meriendas, que vienen a celebrar los pajarillos de aquella Santa Montaña, que obedecen como si fueran racionales al silbo cariñoso de aquellos santos solitarios”.

La emperatriz y su hija, con su séquito de damas y caballeros, prolongaron su estancia en el Santuario varios días, atraídas por su acendrada devoción a la Santísima Virgen.

Margarita pasaba largas horas en presencia de la Santa Imagen. Un día en que el amor divino había encendido su alma en espirituales sentimientos, al contemplar a la Virgen Morena, sintió de súbito, cómo su corazón se le abrasaba en invisibles llamas y, con lágrimas y suspiros, prorrumplía en estas palabras:

“Santísima Señora: suplico que ayudéis mi fe y mi amor; sea yo esposa de vuestro Hijo dulcísimo; concededme esta merced. ¿No habéis de hacerme esta gracia? ¿A quién no favorece vuestro amparo? ¿A quién se niega vuestra intercesión?”

Apenas había repetido la princesa, con el mismo fervor, esta humilde súplica cuando, a la vista de todos los circunstantes, la Sagrada Imagen inclinó la cabeza.

Tan milagrosa y ostensible prueba de asentimiento de la Virgen Santísima ante la oración de la princesa, llenó de estupor a todos los presentes, mientras una alegría indecible invadía el corazón de la Infanta, la cual, en un acceso de sublime exaltación, arrebató la daga de un caballero de su séquito, rasgó su pecho con la afilada punta y, en la sangre que salió de aquél, mojó una pluma y la heroína, con decisión irrevocable, escribió:

“Con la sangre de mi corazón me ofrezco y entrego por esposa a Jesús y le suplico que sea mi Medianera la Virgen María. En fe de lo cual firmo. Margarita” (1).

(1) El venerable Palafox hace el siguiente comentario a este milagroso suceso. “Al escéptico que dudase sobre el Milagro de haber inclinado la cabeza la Imagen de la Santísima Virgen María, mire este otro milagro: Derramar sangre de su virginal pecho esta mártir de amor, Margarita. Si en la Infanta hubo amor para esta fineza, ¿quién osará dudarle en la Reina del Cielo para aquel

Puso el papel en manos de la Sagrada Imagen, y, a pesar de la razón de Estado, cumplió su promesa, ingresando en las Reales Descalzas con el nombre de Sor Margarita de la Cruz, donde murió santamente el día 5 de julio de 1636 (1).

favor? ¡Cuánto mayor milagro es encender Dios tanto un corazón humano que inclinar la Imagen de su Madre, siempre a nuestro bien inclinada, con su poder divino! ¡Qué devoto impulso! ¡Qué generosa acción! Loable en el intento y en la ejecución fervorosa, ni aún en los más perfectos imitable. ¿Qué fuerza violentó aquella mano? ¿Qué acero abrió aquel devotísimo pecho? ¿Qué sangre destilaron sus venas puramente abrasadas? El acero del amor divino daba fuerza a su amor. Concurso de amor tan violento fué necesario para formar un ejemplo a las almas devotas, que por ser tan prodigioso por admirado viene a ser peligroso ejemplo para seguido.”

- (1) Este curioso papel lo conservó el archivo del Monasterio por espacio de muchos años.



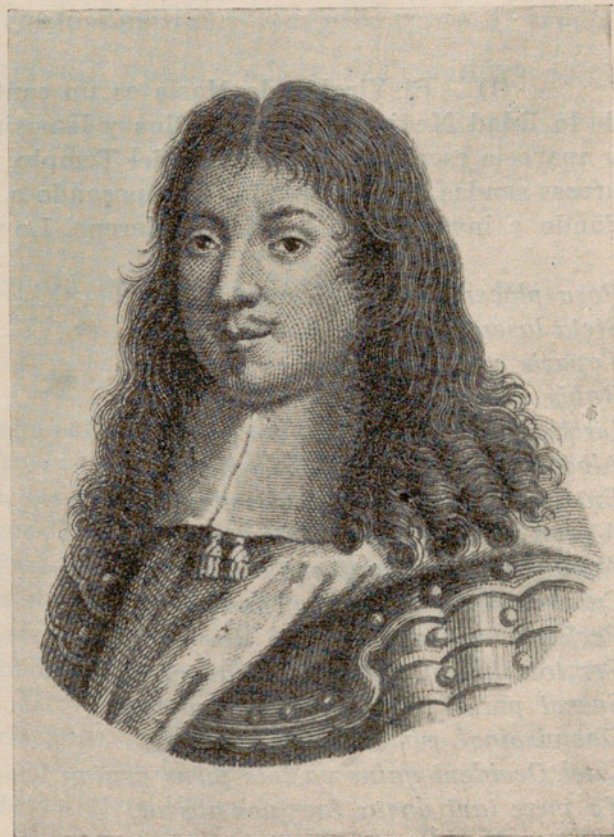
## CAPITULO XXXIV

# El Virolay de María y un príncipe

Las tropas de Felipe IV tenían estrechamente cercada la ciudad de Barcelona. Mandaba el ejército sitiador don Juan de Austria, llamado el Segundo. Acababa de tomar el convento de Valldoncella, avanzada del casco de la ciudad y, desde allí apretaba el cerco, más con ánimo de cansarles que de hacer daño a los sitiados.

Era la noche del 3 de octubre de 1652, víspera de la honrosa capitulación de Barcelona. Hallábase don Juan asomado a una de las ventanas del convento, observando la situación de la plaza. Tranquila era aquella noche, no se percibía el más leve rumor; sólo el alerta, ya inútil, de los centinelas turbaba aquel silencio.

De pronto, un canto raro, una extraña melodía, rasgó los aires y llegó a oídos del príncipe. No entendía éste el lenguaje de aquella trova montañesa que melancólicamente y a media voz entonaba un centinela. Volvióse el príncipe a uno de sus ayudantes, que era catalán, y le preguntó qué canto era aquel de tan raras tonalidades y letra más rara aún, pero que le producía un placer que no se explicaba.



Don Juan de Austria

—Es el “Virolay de María”, la Virgen de Montserrat — respondió (1).

—¡Montserrat! — exclamó el príncipe —. Mis abuelos don Carlos y don Felipe II murieron teniendo en la mano la vela de Nuestra Señora de Montserrat. ¡Oh, hemos de visitar este Santuario cuando hayamos entrado en la ciudad de los condes. Deseo subir a la Montaña Santa y postrarme a los pies de la Virgen Montañesa.

Al día siguiente, 4 de octubre de 1652, la plaza enviaba un trompeta al príncipe, proponiéndole un parlamento para la capitulación. El magnánimo príncipe la concedió, en términos honrosísimos, para la ciudad y el Principado.

A los pocos días de haber recibido el juramento de fidelidad, trocaba don Juan la espada de guerrero por el bordón de peregrino y subía devotamente a pie por la penosa y áspera cuesta de Montserrat.

Permaneció allí varios días con los monjes y ermitaños y quedó tan prendado de la visita a Nuestra Señora y del Monasterio, que arrebatado de fervorosa devoción y entusiasmo, dijo:

(1) El Virolay de María es un canto extraído de entre una multitud de cánticos religiosos de la Edad Media, en lengua latina y lemosina, que se conservaban en los archivos del Monasterio y aparecía escrito en las paredes del Templo. Lo entonaban los peregrinos, ya trepando por las escabrosas sendas de la montaña, ya reposando a los pies de los sagrados muros, ya en sus hogares recordando e invocando a la Virgen Morena. Lo transcribimos aquí como una nota de interés:

*Rosa placent, soleyl de resplandor,  
Stela lusent, johel de sanct amor,  
Topazis cast, diamant de vigor,  
Rubis millor, carboncle relusent:  
Lir trascendent, sobrant tot altre flor,  
Alba jausent, claredat sens fuscior,  
En tot contrast uusst li pecador,  
A gran maror est port de salvament,  
Ayglá capdal, volant pus altament,  
Cambra rayal del gran Omnipotent,  
Perfaytament anyats mon devot xant  
Per tots priant siatsnos defendent;  
Sacrat portal del Temple permanent  
Dot virginal, virtud sobre exellent  
Quel Occident quins va tots jorns gaytan  
No puxe tant quens face vos absent.*

*Rosa hechicera, sol de esplendor,  
Estrella brillante, joya de santo amor,  
Castisimo topacio, precioso diamante,  
Rubí inapreciable, carbuncló reluciente,  
Lirio que descuella sobre toda otra flor,  
Alba peregrina, claridad sin sombra,  
En todo trance auxilias al pecador,  
Y a gran tormenta eres puerto de salvación.  
Aguila caudal que remontas tu vuelo a lo alto,  
Cámara real del Dios Omnipotente,  
Oye bondadoso mi devoto canto  
Y ruega por todos a todos defendiendo  
Sagrada puerta del Temple permanente;  
Dote virginal, virtud sobresaliente,  
Permite que al término de nuestra jornada,  
Llegar podamos a ver tu rostro celestial.*

La traducción es de don Pablo Piferrer. (Cornet y Mas. Tres días en Montserrat.)

“Como catalán ya, en virtud de ser Virrey de Cataluña, no quiero por más defensora y abogada que a la Virgen Montañesa.”

Al año siguiente, o sea en 1653, volvió el príncipe a visitar el Santuario y allí, puestas las manos sobre el altar de María, en acto solemne, juró que estaría siempre dispuesto a defender el misterio de la Inmaculada Concepción de María. El mismo voto y juramento prestaron los nobles que le acompañaban: el conde de Atarés, los Señores de Velasco, Ronquillo, Borjas de la Cueva, Enríquez, Córdoba, etc. (1).

Don Juan de Austria gobernó el Principado durante cuatro años, desde donde pasó al gobierno de Flandes, haciéndolo con tanto acierto, prudencia y comprensión, que, no sólo se captó las simpatías de todos los catalanes, sino que llegaron a quererle entrañablemente; le adoraban, llega a decir un autor (2).

Una prueba de ello fué que, cuando en 1668, a consecuencia de intrigas y persecuciones de que era objeto en la Corte, se refugió en Cataluña, hasta que se disipó este ambiente adverso.

Disfrazado y, a marchas forzadas a través de Castilla y Aragón, ganó el territorio del Principado y en el pueblo de Bot (Tarragona), pudo dormir, por primera vez, bajo techado, pues en tierras de Castilla y Aragón pasaba las noches en el campo, evitando, para su seguridad, entrar en poblado.

Se hospedó en una casa de campo, cerca de la ciudad de Barcelona, pero al

(1) Esta fervorosa devoción que sentía la España católica hacia la Inmaculada Concepción, fué creada y estimulada especialmente por la Orden Franciscana. Tan identificada estaba la Orden con esta doctrina que, en el acto de profesión religiosa, los franciscanos emitían el cuarto voto de defenderla. El doctor Subtil, el venerable fray Juan Duns Escoto, paladín incansable de la Concepción Inmaculada de María, defendió en la Sorbona de París en una asamblea de teólogos, el misterio de la Inmaculada Concepción, triturando las argucias de los que opinaban lo contrario. Existe la tradición de que una Imagen de la Virgen, que existía en el dintel de la puerta de entrada de la Sorbona, inclinó la cabeza en señal de asentimiento al pedirle con todo fervor el doctor Subtil que le diera fuerzas para luchar contra todos sus enemigos. En el interior del atrio de la iglesia de Nuestra Señora del Remedio, del convento de los padres franciscanos de Vich, existe un grupo escultórico, que representa este episodio de la vida del Venerable doctor Subtil dirigiéndose a la Virgen con estas palabras: “Dignare me laudare te Virgo Sacrata, da mihi virtutem contra hostes tuos”.

(2) Víctor Balaguer. Leyendas de Montserrat.

ser conocida la noticia salió toda la nobleza a visitarle, así como también muchos caballeros del Principado, recibiendo de todos grandes pruebas de adhesión inquebrantable, porque “era amado de todos los catalanes imponderablemente”, dice Serra Postius (1).

El buen gobierno, el dulce trato de don Juan de Austria con todos los elementos sociales de Cataluña, le hizo acreedor al más acendrado cariño por parte de todos, de tal forma que en los días de persecución no le recibieron como a un prófugo, sino como a su príncipe amado.

En aquellos momentos en que la tristeza y la amargura invadían el corazón de don Juan de Austria, el dulce cántico del Virolay de María, resonaba siempre en el corazón del príncipe, y elevando sus pensamientos hacia la Virgen Montañesa de sus amores — como la llamaba — se encaminó por tercera vez al Santuario para explayar su corazón a los pies de la Virgen.

Los monjes le recibieron con el mismo amor y con los mismos honores que cuando era virrey de Cataluña; y, reconocido el príncipe a los favores de Nuestra Señora de Montserrat y al bondadoso trato de los monjes, mandó pintar y dorar toda la iglesia por su cuenta, cuyo coste fué de cuatro mil ducados de oro.

El Virolay de María había cambiado al Príncipe guerrero y enemigo, en un fervoroso devoto de Nuestra Señora de Montserrat y en padre y protector del Principado.

El Virolay que conocemos no es el que referimos en este capítulo. El actual fué compuesto por Mosén Jacinto Verdaguer, y en las fiestas del Milenario la música, que está en perfecta consonancia con la inspiradísima poesía, obtuvo el premio del concurso, y es el canto de rigor que todo peregrino entona con fervoroso entusiasmo y frecuentemente con los ojos humedecidos por las lágrimas, evocando a la “Moreneta”, a Montserrat, a las hondas emociones sentidas a los pies de la Virgen, de tal manera que, con sólo enunciar la palabra “Virolay” espontáneamente, a flor de labio, acuden sus dulces tonalidades.

(1) Así consta en un manuscrito del siglo XVII citado por este autor. Historia de Nuestra Señora de Montserrate. Parte 3.<sup>a</sup>. Cap. XXVIII.

La musa de Verdaguer en sus cantos místicos es de tanta elevación, que pasarán algunas generaciones antes de que aparezca otro vate que le iguale.

En el Virolay hizo Verdaguer un derroche de sus facultades poéticas. Por esto hoy nadie se acuerda del que, durante siglos, cantaron con gran fervor nuestros padres.

VIROLAI

A la Mare de Déu de Montserrat

Poesía de J. Verdaguer, Prev.  
Trad. cast. de J. Soler Biel, Escol.

Música de J. Rodoreda

TORNADA

Ro - sa d'a - bril Mo - re - na de la ser - ra, de Montser -  
Ro - sa de a - bril Mo - re - na de la sie - rra, que es - tais en

rat es - tel il - lu - mi - neu la ca - ta - la - na  
Mont - se - rrat con vus - tra luz los hi - jos dees - ta

ter - ra qui - eu nos cap al Cel qui - eu nos cap al Cel  
te rra al Cie - loen - ca - mi - nad al Cie - loen - ca - mi - nad.

COBLES

Amb ser - ra d'or eis an - ge - lets ser - ra - ren, amb ser - ra d'or  
Au - re - a sué la sie - rra que em ple - a - ron au - re - a sué

ei - xos tu - rons per fer - vos un pa - lau per fer - vos un pa - lau.  
al can - bi - ar en tro - noese pe - ñon en tro - noe - se pe - ñon.

Rei - na del Cel que eis Se - ra fins bai - xa - ren, Rei - na del Cel  
Rei - na de paz los an - ge - les la - bra - ron Rei - na de paz

de nos a - bric dins vos - tre man - tell blau dins vos - tre man - tell blau  
en Montserrat por Vos ha - bi - ta - ción por Vos ha - bi - ta - ción.







## CAPITULO XXXV

# Las Diputaciones de España a la Virgen de Montserrat

El gran español don Miguel Primo de Rivera derribó a aquellos políticos nefastos que, secretos y exóticos poderes, nos impusieron para ruina de la Patria. La nación entró en una era de prosperidad; España volvía a su tradición histórica.

Las Diputaciones, fieles intérpretes del sentir general del país, dieron la nota viril, patriótica y cristiana como en los mejores tiempos de nuestra pretérita grandeza, al ofrendar una bandera de la Patria a la Virgen Morena.

Un nuevo y terrible colapso sufrió España y, cuando todo parecía indicar su próximo y total derrumbamiento, la Providencia nos deparó un Caudillo que la salvara de la catástrofe.

España vuelve a renacer vigorosa como nunca y las Diputaciones del Nuevo Estado continúan como siempre firmes y unánimes, impulsadas por los más nobles y cordiales sentimientos, proclamando la unidad inquebrantable de la gran familia hispánica.

Las tierras todas de España, en apretado haz, unidas en una sola fe, se estrechan en íntima comunidad de destino para el engrandecimiento común.

También las Diputaciones, como la reina de Castilla y el rey aragonés subieron a la Montaña Santa de Montserrat y se postraron a los pies de la Emperatriz de

Cielos y Tierra, consagrando con este acto la íntima compenetración de sus pueblos.

Montserrat ha sido, providencialmente, el aglutinante de los pueblos ibéricos.

Canta los milagros de la Virgen de Montserrat Alfonso X el Sabio; el gran canciller y poeta Ayala le expresa su profunda devoción y Alfonso de Portugal, como antes lo hiciera la reina Violante de Aragón, ingresa en la Pontificia y Real Cofradía de Nuestra Señora de Montserrat, en la que también ingresó el castellano Rey de Aragón, Fernando de Antequera.

La devoción de las Diputaciones a la Virgen de Montserrat, esa hermosa ejemplaridad tan en consonancia con nuestra tradición cristiana, constituyó un noble alarde del más elevado sentido político, cual si obedeciera a la certera consigna de nuestro Caudillo, quien al realizar victoriosamente la revolución desde arriba, barriendo la escoria de todos los partidos políticos, ha encauzado la marcha evolutiva de la Patria por el amplio camino de su misión histórica.

¡Oh quam bonum et quam jocundum habitare fratres in unum!

#### LAS DIPUTACIONES ESPAÑOLAS CELEBRAN UNA ASAMBLEA EN BARCELONA EN JUNIO DE 1927

Uno de los actos organizados por la Diputación Provincial de Barcelona en honor de los assembleístas fué la visita oficial a Nuestra Señora de Montserrat; siendo tal la impresión que la Virgen Morena causó a los representantes de las Diputaciones hermanas, el entusiasmo que despertó en ellos la magnificencia del Santuario y la grandiosidad de la Montaña Santa que, en la sesión plenaria del 17 de junio, el Presidente de la Diputación de La Coruña, señor Tenreiro, pronunció un discurso, de exaltados tonos patrióticos, proponiendo que se acordase la celebración de un homenaje en acción de gracias a Nuestra Señora de Montserrat, ofrendándole la enseña de la Patria con los escudos de todas las Diputaciones bordados en la misma.

Dicha proposición fué aceptada por unanimidad y en medio de un gran entusiasmo. Este acuerdo, que cristalizaba el fervor que por la veneranda Imagen sentían los visitantes y la impresión y el entusiasmo que las riquezas del Monasterio y las bellezas de la montaña causaban en los mismos, tuvo una realización feliz el día 28

de mayo de 1929, con ocasión de encontrarse en Barcelona los Reyes de España, para inaugurar la Exposición Internacional, la que tuvo lugar por aquellos días.

Gracias a la gentileza del excelentísimo señor conde del Montseny, don José María Milá y Camps, podemos ofrecer a nuestros lectores la crónica de la Real Jornada, transcrita del lujosísimo volumen que editó la Diputación de Barcelona para perpetuar la memoria de la misma y de la cual insertamos los párrafos esenciales para reflejar de una manera cabal la importancia histórica que revistió aquel acontecimiento subrayando en forma inequívoca la veneración que toda España sentía por la Santísima Virgen de Montserrat, auténticamente representada por todas las Diputaciones Provinciales.

#### "CRONICA DE LA REAL JORNADA .

"¡Hermoso amanecer el de aquel martes 28 de mayo de 1929, en que Su Majestad el Rey (q. D. g.), a pesar del constante ajeteo a que le obligaban las tareas inaugurales de la Exposición Internacional de Barcelona, se había dignado señalar para la celebración de la fiesta!

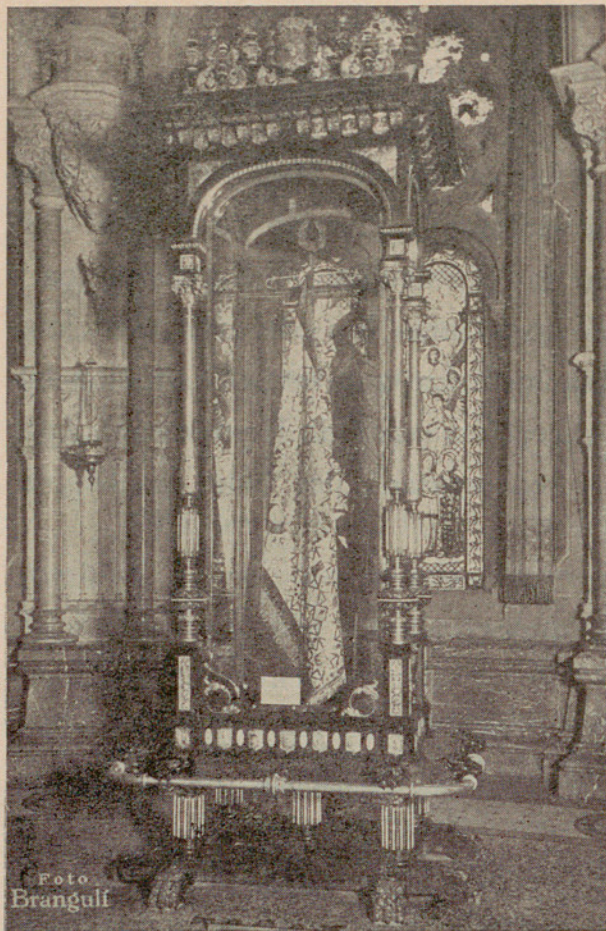
"Inusitado movimiento invadió desde hora muy temprana las de ordinario tranquilas dependencias monacales; y al adelantar el día, tanto la severa fábrica del Cenobio como el abigarrado conjunto de sus hospederías, al igual que las avenidas y plazas que los circundan, aparecieron vistosamente engalanadas con banderas y gallardetes, ramajes y colgaduras.

"En la arcada central, de las que dan entrada al gran patio frontero a la iglesia, se había levantado un artístico arco en forma de templo, en cuya parte superior se leía la siguiente inscripción: "Domine salvum fac regem"; y en el patio, todos los balcones lucían magníficos reposteros de paño con los escudos de las cincuenta Diputaciones españolas, ostentando, además, las columnas del claustro que lo encuadran, en medio de preciosas guirnaldas de verde follaje, los nombres de todos los Monarcas que en las diversas épocas habían visitado el Real Santuario.

"Grandes macizos de flores adornaban el basamento de la fachada de la iglesia, dando muestra exterior del cuidadoso celo que se había preparado dentro de ella la solemnidad que se iba a celebrar.

"Sus Majestades los Reyes de España, apartándose por breves horas del bullicio de la gran ciudad, donde los esplendores jamás igualados del magno certamen internacional les tenía en constante agitación, debían llegar a Montserrat no sólo a ofrecer a la Virgen, con sus augustos hijos, el devoto homenaje de sus corazones, sino a cumplir, además, la piadosa misión de ofrendarle el testimonio inequívoco del amor de todos los españoles, que no en vano, en los pliegues de la hermosa bandera de las Diputaciones que Su Majestad el Rey debía hacer entrega, habían todos ellos prendido, con la representación policroma de los escudos de sus provincias respectivas, la unánime reverencia y filial sumisión a la Madre de Dios que, a través de los siglos y de los accidentes de la Historia, fué siempre peculiar característica del alma de la Patria; de esa alma misma que alentaba en aquel pedazo de tela riquísima recamada de oro y simbólicos atributos multicolores, según acreditaba la feliz expresión de su leyenda, con estas hermosas palabras: "TODAS EN UNA".

"Poco antes del mediodía y en dos autocares, que hicieron el viaje por la carretera de Madrid hasta Collbató y por la de esta última población por Monistrol hasta el Monasterio, llegaron el Zaganete y la Banda del Real Cuerpo de Guardias Alabarderos, a quienes Su Majestad el Rey, HACIENDO, según propia manifestación, LO QUE NO HABIA HECHO NUNCA, ordenó que se trasladaran a Montserrat para señalar con



La bandera ofrecida por las Diputaciones de España

su presencia en aquellos pintorescos lugares la máxima solemnidad que deseaba dar a los actos de aquel día. En la plaza del Santuario se había concentrado también, desde primeras horas de la mañana, una Compañía del Cuerpo de Mozos de Escuadra, igualmente con su Banda de Música.

"En un tren eléctrico, exclusivamente dispuesto para ellos, hicieron el viaje desde Barcelona, junto con varias autoridades e invitados, los Presidentes y representantes de todas las Diputaciones españolas, acompañándoles los Diputados barceloneses con su Vicepresidente, el excelentísimo señor conde de Fígols, ya que el Presidente, señor conde del Montseny, con el de la Diputación de Madrid, don Felipe Salcedo Bermejillo, habían realizado la excursión por carretera y en automóvil, precediendo a la regia comitiva.

"Había salido ésta del Palacio de Pedralbes a eso de las once y media de la mañana, compuesta por seis coches automóviles de la Real

Casa, en los que se distribuyeron Sus Majestades los reyes don Alfonso y doña Victoria, Sus Altezas los Infantes don Jaime, doña Beatriz y doña Cristina y las personas de su séquito.

Recorrido felizmente el trayecto, entre las aclamaciones de los pueblos del tránsito, llegó la regia comitiva al paso a nivel del cremallera, donde está situada la caseta del guarda-agujas, y detúvose allí para que los egregios visitantes pudieran hacer la ascensión en la última parte del camino, en el tren especial que les aguardaba.

"Recibiéronles al pie de la carretera los miembros del Consejo de Administración del Ferrocarril de Cremallera, señores don Damián Mateu, don Ramón Albó y don Andrés Garriga Bachs, junto con los ingenieros de la Compañía, señores Fenech y Fuster-Fabra; el alcalde de Monistrol señor Janer, con el primer teniente de alcalde de aquel Ayuntamiento, señor Torrents y el secretario del mismo señor Izquierdo.

"Sus Majestades y Altezas Reales, con las personas de su séquito y los que esperaban, montaron en el tren real, compuesto de una modernísima máquina de cremallera y dos vagones, de gran lujo, uno de los cuales hacía su primer viaje en aquella ocasión.

"Eran aproximadamente las doce y media cuando el convoy rendía viaje en la estación superior del ferrocarril, a los majestuosos acordes de la Marcha Real Fusilera, interpretada por la Banda de Alabarderos, bajo la batuta de su insigne maestro señor del Valle. Una ovación indescriptible acogió la presencia de nuestros Soberanos, que correspondían sonrientes a las calurosas manifestaciones de afecto con que eran recibidos.

"Los presidentes de Madrid y Barcelona, señores Salcedo Bermejillo y conde del Montseny, dieron la bienvenida a Sus Majestades, presentando igualmente sus respetos el Prior del Monasterio, reverendo Padre Roberto Grau, que les aguardaba al frente de toda la Comunidad del Monasterio, que, en traje de ceremonia, se hallaba colocada en dos largas hileras, a un lado y otro de la escalera que comunica la estación con la plaza superior del Santuario.

"En el arco central, dispuesto, como antes hemos dicho, en la entrada principal del patio de la iglesia, recibió a Sus Majestades y Altezas el

reverendo Padre Antonio Marcet, abad Mitrado del Monasterio, el cual, revestido de pontifical, con ornamentos de gran riqueza, cruz alzada y muy lucido acompañamiento, dióles a besar el *Lignum Crucis*, en magnífico ostensorio cuajado de piedras preciosas, arrodillándose el Rey en primer lugar, luego la Reina y, por su respectivo orden los demás; hallábanse con el reverendo Padre Abad y saludaron allí a los Soberanos y Altezas el excelentísimo señor Cardenal Vidal y Barraquer, Arzobispo de Tarragona; el excelentísimo e Ilustrísimo señor don José Miralles Svert, Obispo de Barcelona; el excelentísimo e ilustrísimo señor don Manuel Irurita, Obispo de Lérida; el excelentísimo e ilustrísimo señor don Valentín Comellas, Obispo titular de Amata, Administrador Apostólico de la Diócesis de Solsona; el ilustrísimo y reverendísimo señor don Juan Perelló, Obispo de Vich y el ilustrísimo y reve-

rendísimo señor don Félix Bilbao, Obispo de Tortosa; todos ellos vestían de manteleta con valiosos pectorales.

"Por la Diputación de Barcelona estaban allí, los señores conde de Figols, Vice-Presidente; don Pablo Alegre, don Antonio Marimón, don Arcadio de Arquer, don Antonio Coderch, señor conde de Belloch, don Antonio Pons Arola, don José Grau, señor conde de Santa María de Pomés, don Manuel Malagrida, don Román Traval, don Andrés Gassó y Vidal, don Miguel Vancells, don Joaquín de Montaner, don Jacinto Vilardaga, don José Baltá y don Jacinto Vega y March, secretario.

"Igualmente hicieron allí acatamiento a los Monarcas y a sus augustos hijos todos los Presidentes y representantes de las Diputaciones, cuya puntual enumeración anotamos:

Diputación de:

- Alava: Iltre. Sr. D. N. Eguilior, Diputado.
- Albacete: Excmo. Sr. D. Paulino Cuevas, Presidente.
- Alicante: Excmo. Sr. D. Pascual Mas y Mas, Presidente.
- Almería: Excmo. Sr. D. Juan M. de Madariaga, Presidente.
- Avila: Excmo. Sr. D. Angel de Diego, Presidente.
- Badajoz: Excmo. Sr. D. Sebastián García Guerrero, Presidente.
- Baleares: Excmo. Sr. D. José Morell Bellet, Presidente.
- Burgos: Excmo. Sr. D. José de la Torre, Presidente.
- Cádiz: Iltre. Sr. D. José Luis Acquaroni, Diputado.
- Castellón: Excmo. Sr. D. Manuel Mingarro, Presidente.
- Ciudad Real: Excmo. Sr. D. Bernardo Bulleras García, Presidente.  
Iltre. Sr. D. Fidenciano Trujillo Posada, Diputado.
- Córdoba: Iltre. Sr. D. Manuel Vullen Priego, Diputado.
- Cuenca: Excmo. Sr. D. José Joaquín de Silva y Soria, Presidente.
- Gerona: Excmo. Sr. D. Federico Bassols, Presidente.  
Iltre. Sr. D. Enrique Sauch Catalá, Vice-Presidente.
- Granada: Iltre. Sr. D. Rafael Valverde Márquez, Diputado.
- Guadalajara: Excmo. Sr. D. Manuel García Atance, Presidente.  
Iltre. Sr. D. Luis Giménez Atty, Diputado.  
Iltre. Sr. D. Mariano Echevarría, Diputado.  
Iltre. Sr. D. José Contreras, Diputado.  
Iltre. Sr. D. Eladio Acebedo, Diputado.  
Iltre. Sr. D. Francisco Espejo, Diputado.  
Iltre. Sr. D. Manuel González Corona, Diputado.  
Iltre. Sr. D. Gonzalo Marco, Diputado.  
Iltre. Sr. D. José M.<sup>a</sup> Revuelta, Diputado.  
Iltre. Sr. D. Fernando Solano, Secretario.
- Guipúzcoa: Excmo. Sr. D. José Angel Lizascain, Presidente.  
Iltre. Sr. D. Antonio Elosegui, Vice-Presidente.  
Iltre. Sr. D. Joaquín de Churruca, Diputado.
- Huelva: Excmo. Sr. D. Manuel Mora, Presidente.
- Huesca: Excmo. Sr. D. Miguel Gascón y Andreu, Presidente.

- Las Palmas: Excmo. Sr. D. Luis León Castillo, Presidente.  
 León: Excmo. Sr. D. José M.<sup>a</sup> Vicente, Presidente.  
 Lérida: Excmo. Sr. D. Angel Trabal, Presidente.  
 Logroño: Excmo. Sr. D. Enrique Herreros de Tejada, Presidente.  
 Lugo: Iltre. Sr. D. Luis Sánchez Arrieta, Diputado.  
 Madrid: Excmo. Sr. D. Felipe Salcedo Bermejillo, Presidente.  
     Iltre. Sr. D. José Alonso Orduña, Vice-Presidente.  
     Iltre. Sr. D. Federico Suquia, Diputado.  
     Iltre. Sr. D. Alfonso Alvarez Suárez, Diputado.  
     Iltre. Sr. D. Simón Viñals, Secretario.  
 Murcia: Excmo. Sr. D. José M.<sup>a</sup> Ibáñez Martín, Presidente.  
 Orense: Iltre. Sr. D. Olegario Muñiz, Diputado.  
 Oviedo: Iltre. Sr. D. Emilio Manso Capetillo, Vice-Presidente.  
 Palencia: Excmo. Sr. D. José Ordoñez Pascual, Presidente.  
 Pontevedra: Iltre. Sr. D. Gaspar Massó, Diputado.  
 Santander: Excmo. Sr. D. Francisco Escajadillo, Presidente.  
 Segovia: Excmo. Sr. D. Segundo Gila Sanz, Presidente.  
 Sevilla: Iltre. Sr. D. Angel Camacho Baños, Vicepresidente.  
     Iltre. Sr. D. Juan Guardiola Fantoni, Diputado.  
 Soria: Excmo. Sr. D. Eduardo Martínez de Azagra, Presidente.  
     Iltre. Sr. D. Carlos Alonso, Diputado.  
 Tarragona: Excmo. Sr. D. Manuel de Orovio, Presidente.  
     Iltre. Sr. D. Juan Bofarull, Diputado.  
 Teruel: Excmo. Sr. D. José Valdemoro y Barrio, Presidente.  
 Toledo: Excmo. Sr. Conde de Casa Fuerte, Vicepresidente.  
     Excmo. Sr. D. Leopoldo Díez del Río, Presidente.  
 Valencia: Excmo. Sr. D. José M.<sup>a</sup> Carrau, Presidente.  
 Valladolid: Excmo. Sr. D. M. García Martín, Presidente.  
     Iltre. Sr. D. Santiago Mateo, Diputado.  
 Vizcaya: Excmo. Sr. Vizconde de Moreaga de Icaza, Vicepresidente.  
 Zamora: Iltre. Sr. D. Gregorio Burón, Vicepresidente.  
 Zaragoza: Iltre. Sr. D. Manuel Lasala, Vicepresidente.  
     Iltre. Sr. D. N. Ribas, Diputado.  
 Tenerife: Excmo. Sr. D. Fernando Salazar, Presidente.

"Formóse nuevamente la comitiva, marchando desde aquel momento Sus Majestades bajo palio, cuyas varas sostenían los señores de las Diputaciones de Valencia, de Toledo, de Badajoz, de Valladolid, de Burgos y de Guipúzcoa, señores Carrau, Díaz del Río, García Guerrero, García Martín, de la Torre y Lizasoain.

"En el patio de la iglesia rindió honores, presentando armas, la compañía de mozos de escuadra al mando de su capitán don Manuel Trigueros y a los acordes de la Marcha Real, que entonó la Banda de dicho Cuerpo, bajo la dirección del maestro Lambert.

"Al hacer su entrada en la Basílica las Reales personas fué su presencia acogida también con el Himno Nacional, interpretado por el órgano, cuyas vibrantes voces e inacabable cascada de armonías llenaron las bóvedas del sagrado recinto.

"El interior del templo ofrecía el más deslumbrador aspecto que quepa imaginar; dispuesto, según marca el ritual, al lado del Evangelio, el Trono para Sus Majestades y Altezas Reales; en el amplio Presbiterio y, colocados en él también y en el lado de la Epístola, los sitios para Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Tarragona y los demás excelentísimos e ilustrísimos señores Obispos que le acompañaban. La iluminación, a base exclusivamente de cera, dentro de la inflexible severidad litúrgica que impone la costumbre montserratina, era verdaderamente espléndida; y allí en lo alto, en su elegante hornacina, la imagen de la Santísima Virgen luciendo sus mejores galas, resplandeciente de oro y pedrería, como un rayo de luz fulgurante con destellos divinos, presidía la fiesta.

"Al lado del altar mayor, hallábase también, dispuesta para guardar la bandera, la suntuosa



SS. MM., bajo palio, entran en la Basílica

vitrina que la Diputación Provincial de Barcelona, fiel a su cumplimiento, había hecho labrar con preciosos materiales.

"El altar, sobriamente adornado, constituía, dentro de la riqueza de sus propios elementos y del positivo valor de los accesorios para el culto, una simpática nota de elegante austeridad.

"Acompañaban a las Reales personas, además de su séquito, Sus Altezas reales el Archiduque Leopoldo Salvador de Habsburgo-Lorena, con la Princesa Blanca de Borbón y los Archiducos sus hijos; y se agruparon junto al Trono, cumpliendo hasta donde fué posible lo que manda la etiqueta palatina, los Grandes de España: Duques de Alba, de la Victoria, de Santoña, de Santángelo, de Fernán-Núñez, de Montealegre y de la Unión de Cuba; marqueses de Castellvell, de la Mesa de Asta y de las Nieves; condes de Sástago, de Perelada, de Segur, de Alcubierre, de Güell y de Ruiseñada y otros muchos, vistiendo todos ellos de uniforme o de levita los caballeros y las señoras de negro, con airosa mantilla.

"Frente a Sus Majestades, sentáronse, presi-

didados por su Eminencia el Cardenal Vidal y Barraquer, los excelentísimos e ilustrísimos señores Obispos, que por cierto, eran todos los de las Diócesis catalanas, con la sola y única excepción del Prelado de Gerona, el cual, sintiéndolo de veras y por hallarse enfermo, no pudo asistir.

"De un lado y otro de la nave de la iglesia, y en la forma que antes hemos dicho, se situaron los Títulos del Reino, los Mayordomos de semana y Gentilshombres de Su Majestad, Caballeros Grandes Cruces, Ordenes Militares y Maestranes con sus familias y los Presidentes y representantes de las Diputaciones en unión de las Autoridades, vistiendo igualmente, en su gran mayoría, los respectivos uniformes y luciendo las señoras elegantes trajes de tonos oscuros, con negras mantillas casi todas ellas.

"La apiñada muchedumbre, que llenaba el resto del Templo hasta rebosar, era adecuado complemento del hermoso conjunto que ofrecía la Corte y los invitados, dominando en todas partes un aire de distinción y de buen tono que raras veces se consigue cuando es, como lo era en aquella ocasión, tan enorme la concurrencia y tan reducido el espacio.

"Acalladas las voces del órgano, el Reverendo Padre Abad, con las oraciones de ritual, bendijo la hermosa Bandera de las Diputaciones, que sostenía, en mitad del presbiterio, el Presidente de la Diputación de Barcelona, excelentí-

simo señor conde del Montseny, encargado por sus compañeros de aquella honrosa misión; y bendita que fué la preciosa enseña, adelantándose hacia Su Majestad pronunció, obtenida la Real venia, las siguientes palabras:

SEÑOR:

"Cábeme el honor, altísimo para mí e insospechado, de ser yo, el último de mis compañeros, quien en nombre de todas las Diputaciones de España, ruegue a Vuestra Majestad que se digne ofrendar esta Bandera a la Santísima Virgen de Montserrat.

"Esta Bandera, Señor, surgió de un rasgo de generoso sentimentalismo con ocasión de la Asamblea general de Diputaciones, reunida en Barcelona en el mes de junio del año 1927; los Diputados que de toda España vinieron con aquel motivo a compartir nuestras tareas, al ver el cariño y cordialidad con que aquí se les acogió, deseosos de mostrar su gratitud, aprovecharon la honda impresión que les causó la visita que hicimos juntos a este Santuario para corresponder a nuestra simpatía con la máxima prueba de hermandad que pudieron darnos, mediante hacer suyos nuestros propios sentimientos de amor y veneración a la Virgen Morena; y, para sellar esa unión espiritual, feliz trasunto de la unidad eterna de la Patria, propusieron dedicar a nuestra Patrona, a nombre de todas las Diputaciones, una rica Bandera en la que aparecieran bordados sus respectivos escudos rodeando el escudo de España.

"Esta es, Señor, la Bandera. Por su altísima significación, por el patriótico anhelo que encarna el haber nacido de lo más hondo del pecho de cuantos integran las Diputaciones españolas, nadie hay entre nosotros que se considere digno de hacer la ofrenda. Sólo las Augustas manos de Vuestra Majestad consagradas por Dios para pulsar los latidos del corazón de España, puede ser quien realice la entrega, rogando a la Santísima Virgen que la coloque junto a Ella, como una llamarada de amor fraternal entre todos los españoles, que le recuerde siempre el alto ejemplo que Ella, nos da al ser Reina y Madre del Amor Hermoso.

"Señor: Si, como nos prometemos, Vuestra Majestad se digna atender nuestra súplica al afecto y lealtad inquebrantable que os guardamos, tendremos que añadir un nuevo motivo de gratitud.

"Señor: a los Reales pies de Vuestra Majestad.

"Dicho lo cual y, avanzando hasta las gradas del Trono, el señor conde del Montseny puso la Bandera en las manos de Su Majestad, retirándose después con los saludos de rigor al sitio que tenía destinado entre los demás Presidentes.

"El Rey, dirigiéndose al Reverendo Padre Abad, con voz vibrante y cálida, elegante y viril entonación, pronunció el siguiente discurso:

"SEÑOR ABAD:

"Como acabáis de oír, son las Diputaciones Provinciales de España las que encargan a su Rey que entregue a la Virgen de Montserrat la enseña de nuestra Patria.

"Al hacerlo así interpreto el sentir de todo el pueblo español que honra en esta montaña a la Virgen que en todo momento supo defender a Cataluña y, por ende, a España entera.

"Al ofrecéroslo, señor Abad, tengo la seguridad de que lo mismo que rendís culto a la Virgen, sabréis que nosotros en los paños de esta Bandera entregamos también nuestros corazones al pie de la Virgen y que lo mismo que su Divino Hijo creó una Religión Santa, Una y Católica, todos los españoles queremos también que España sea siempre Una, Santa y Católica.



"Yo por mi parte, señor Abad, he querido sumarme a la ceremonia que hoy celebramos los españoles aquí y he querido traer un recuerdo de mi madre, ofrenda a la Virgen de Montserrat: el manto que ella usó el día que, concluida su misión oficial, me entregaba el Poder y salía yo de Palacio para ir al Congreso a hacerme cargo de las riendas del Gobierno. Yo consideraba que este manto no podía estar en otro sitio que en posesión de la Virgen que significa nuestros afectos y nuestro cariño; y, por lo mismo que por mi amor filial siento y sé lo que es la madre, sé también lo que es la Madre de Dios; y busco el consuelo que me falta en la tierra encomendándome a Ella y pidiéndole su protección.

"Tengo la seguridad de que en estos momentos mi madre estará muy cerca de la Virgen de Montserrat, allá arriba; seguramente nos estará viendo y seguramente ella, que siempre amó a Cataluña y a España, será quien la pida bendiciones especiales para todos nosotros.

"Y ahora, señor Abad y Comunidad que regentáis, sólo tengo que haceros un ruego, y es que en vuestras oraciones y, ya desde hoy, haya siempre una oración especial que la Comunidad entera rezará por España y por su Rey. Seguramente al invocar vosotros a la Virgen de Montserrat procuraréis que Ella nos una a todos en lo que su santa religión quiere, que es que todos laboremos por Dios y por nuestra Patria.

"Así, pues, señor Abad, recibid por mis manos la Bandera que ofrendan a nuestra veneranda Virgen de Montserrat las Diputaciones Provinciales de España entera.

"Imposible describir el efecto que causó en el auditorio la bella improvisación de Su Majestad; en ella palpitaban a un mismo tiempo los valientes acentos de arraigado patriotismo, las ternuras filiales del huérfano y la fe honda de un cristiano ejemplar; y fué todo ello expresado con tal sinceridad, con tan señorial sencillez y con tan inconfundible dignidad de Rey, que los que le escuchaban quedaron subyugados y como en éxtasis, siguiendo una a una sus palabras con cre-

ciente interés y con profundísima, imborrable emoción.

"Pero la ceremonia no había aun terminado.

"Al disponerse el Reverendo Padre Abad a recoger la Bandera y contestar al discurso de Su Majestad, hizose nuevamente el silencio y pudo así oírse el que pronunció en los siguientes términos:

"SEÑOR:

"Gracias, Monarca feliz, dichoso y bienhadado, tantas y más veces feliz, bienhadado y dichoso cuantas habéis tenido la dicha y valentía de proclamar a la faz del mundo los imprescindibles derechos de la causa católica. Gracias, Soberano Augusto, nunca más encumbrado que cuando habéis tenido el valor de humillar vuestra realeza terrena a los pies de la realeza divina de Jesucristo.

"Yo acepto, en nombre de la Moreneta, esta Bandera, símbolo de la unidad de España católica y símbolo de amores de todas las provincias españolas; yo la acepto y la deposito gustoso en las manos de nuestra Virgen adorada: ¡Oh, Madre! ¡Oh, Señora! ¡Oh, Reina!, recibid esta Bandera que en nombre de todas las Diputaciones provinciales de España, su Rey hoy en tus manos deposita; empúñala Tú, invencible Capitana, y enarbolada pásala triunfante por todos los ámbitos del suelo hispano y aun por las lejanas regiones que un día la raza conquistara para Tu Divino Hijo; y haz que, a su oreo, se avive en todos los corazones españoles la llama del amor, de que nos ha hablado el excelentísimo señor Presidente de la Diputación de Barcelona, del amor a Dios, sin el cual nada valen los demás amores; del amor a la Santa Iglesia y a este Santuario; del amor a nuestros Católicos Monarcas, y, por fin, del amor mutuo entre todas las regiones españolas.

"Y ahora, ¡oh Madre de Reyes!, ved aquí a nuestro católico Monarca, que huérfano de madre terrena, busca en Vos el faltado calor maternal, y puesto que devoto os ofrece el manto que fué de su Madre adorada, cobijalo bajo este mismo manto doblemente maternal

por ser ya vuestro; descienda copiosa sobre toda la Real familia vuestra bendición, y con ella la luz, el consejo, la dulzura de vuestro cariño: bendecid al Jefe del Gobierno con la representación de todas las Diputaciones españolas que aquí congregadas os rinden pleito homenaje de amor y devoción para que constantemente guíen a nuestra España por las vías de la paz, amor y trabajo, fuentes de la riqueza y verdadero progreso de las naciones.

"Majestad: a la fervorosa y solemne demanda que me habéis hecho de nuestras oraciones, puedo con íntima satisfacción deciros: Estad seguro de que estas oraciones que me habéis pedido, las hace todos los días esta Comunidad por España y por su Rey, y ellas continuarán elevándose al cielo con más fervor de hoy en adelante."

"Acto seguido depositó el Padre Abad la Bandera en la vitrina que, junto al altar, se hallaba dispuesta para recibirla; y mientras la Comunidad y Escolanía iniciaban, acompañados del órgano, el *Te Deum*, de Perosi, el excelentísimo e ilustrísimo señor Obispo de la Seo de Urgel empezó a rezar la Santa Misa.

"En el momento solemne de la elevación, la Banda del Real Cuerpo de Alabarderos, que se hallaba situada en el pasillo central de la iglesia, dejó oír, con majestuoso aire, las notas de la marcha real, uniendo una vez más, con arreglo a la añeja tradición de nuestro país, en la manifestación del Himno de la Patria, la reverencia debida a Dios Nuestro Señor y los honores debidos al Rey de la tierra.

"Después de la consagración, la Comunidad y la Escolanía entonaron la gran Salve, de Victoria, a cinco voces, cuyo término coincidió con

el de la Misa, poniéndose con ello fin al acto de la ofrenda.

"Formada nuevamente la comitiva regia, después de admirar en la Sacristía abacial las joyas del Tesoro, que a tal fin se hallaban artísticamente dispuestas, dirigióse en compañía del Reverendo Padre Abad y de los Presidentes y representantes de las Diputaciones españolas, al Camarín de la Santísima Virgen, donde Su Majestad el Rey, cumpliendo lo que poco antes había iniciado en su discurso, hizo la ofrenda del Manto de Corte que usó su egregia Madre, la Reina Regente doña María Cristina de Habsburgo-Lorena, el día 17 de mayo de 1902, en la ceremonia de la Coronación de su augusto hijo, celebrada en el Palacio del Congreso de los Diputados.

"Hallábase el Manto colocado sobre espléndida bandeja de plata, de la que lo recogió Su Majestad, después de quitarse la espada y los guantes, para colocarlo reverentemente sobre la Santa Imagen, como así lo hizo, besando al propio tiempo con fervor y devoción la mano de la Virgen.

"La muda escena, durante la cual Su Majestad el Rey no pudo disimular la profunda emoción que le embargaba, conmovió hondamente a los circunstantes, y en silenciosa procesión desfilaron luego para adorar la imagen, siguiendo el ejemplo del Monarca.

"Las personas de la Real familia y cuantos les acompañaban penetraron acto se-



S. M. la Reina visitando el Monasterio

guido por la puerta de junto al Camarín, en la Clausura del Monasterio, usando los Reyes y sus Augustos hijos del privilegio canónico que su altísima dignidad les confiere y al amparo los demás de la especial licencia que para aquel caso se había impetrado de la competente autoridad eclesiástica.

”Con ello reproducíose una vez más el rasgo de familiaridad y confianza que tantos otros Monarcas habían dado en sus respectivas visitas al Monasterio y que el Abad Muntadas, refiriéndose a la del Rey don Fernando VII, describió en su crónica con aquella frase inagotable de sentido en su laconismo, diciendo “que llegado que fué a Montserrat con su séquito, se entraron en casa”.

”Atravesando las tribunas de la Iglesia, Sus Majestades y Altezas Reales, llegaron al salón Episcopal del Monasterio, donde les estaban aguardando la Reverenda Comunidad y la Escolanía para ofrecerles sus respetos; al entrar los Reyes fueron recibidos con grandes aplausos, a los que correspondió el Rey con su habitual afeblidad; hizo la presentación, dirigiéndose a los Monarcas con afectuosas palabras de salutación, el Reverendo Padre Abad y luego desfilaron los allí reunidos besando la mano al Rey.

”Después las Reales personas pasaron al salón de conferencias, donde se dignaron estampar sus firmas en el álbum de honor del Monasterio, para dejar testimonio fehaciente de su visita.

”Visitaron luego, acompañados por el Padre Buenaventura Ubach, que les iba dando circunstanciales explicaciones, el interesante Museo Bíblico y el recién inaugurado Museo Egipcio. Por fin recorrieron también las bellas y espaciosas salas de la Biblioteca, donde el Padre Antonio María Tobella les mostró varias de las maravillas que allí se guardan, mereciendo de los Monarcas palabras de sincero elogio y admiración.

”Momentos después penetraron en el gran Refectorio, donde se hallaba dispuesto el almuerzo y en el cual, desde poco antes, les estaban



S. M. la Reina acompañada del P. Marcet y de D. Damián Mateu

aguardando los Presidentes y miembros de las Diputaciones, con las autoridades de Barcelona, pues los demás invitados a la fiesta, por falta de espacio, debieron ser atendidos en el restaurante del Monasterio, donde la Diputación les obsequió con un espléndido banquete.

”Ocupó la Presidencia Su Majestad el Rey, sentando a su derecha a Su Majestad la Reina, a su Alteza la Infanta doña Beatriz y a su Eminencia el Cardenal de Tarragona, señor Vidal y Barraquer y a su izquierda a su Alteza la Infanta doña María Cristina, a su Alteza el Infante don Jaime y al reverendo Padre Abad del Monasterio, dom Antonio María Marcet.

”En las mesas laterales, contiguas a la Presidencia, sentáronse a uno y otro lado las personas del séquito, el Gobierno, las autoridades y los señores Obispos que habían asistido a la ceremonia, junto con los Presidentes de las Diputaciones de Madrid y Barcelona, ocupando los dos primeros sitios, a derecha e izquierda, respectivamente, el Jefe del Gobierno, General Primo de Rivera y el Mayordomo Mayor de Palacio, señor duque de Miranda.

”Las restantes mesas eran ocupadas por los Presidentes y representantes de todas las Diputaciones, sin orden de categorías; en cada una de ellas había un monje, como para dar a entender que era la Comunidad misma que sentaba a los invitados a su mesa.

**del almuerzo**

servido a S. S. MADRID.

Adenu y brindis monástico



**D**on Alfonso xiii y Doña Victoria Eugenia en el R. Monasterio de Montserrat a xxviii de Mayo de mcmxix

De este menu y «laudes bincmari» se ha hecho una edición de 9 ejemplares en papel del siglo xv.

”El reverendo Padre Abad, obtenida la Real venia, manifestó que agradecía sinceramente a Sus Majestades el honor que dispensaban al Monasterio al aceptar el frugal almuerzo que se les iba a servir y que, si en ello consentían, se acomodaría a todas las prácticas estatuidas por el Padre San Benito, empezando por la bendición de la mesa, cantada por los frailes; silencio, con lectura y brindis, entonados también por la Comunidad, según antiquísima costumbre monacal.

”Con evidente satisfacción de las Reales personas cumplióse fielmente el programa; y las graves notas de la Bendición, coreadas por los monjes, dió principio a la colación, servida con arreglo a la lista que, preciosamente impresa en caracteres góticos, se repartió a todos los comensales, y que, gracias a la amabilidad del reverendo Padre Prior, podemos íntegramente reproducir en la presente crónica.

”A la Real familia la servían seis monjes; dos padres y cuatro legos.

”A los demás, mozos con pantalón negro y chaqueta blanca, en cuyos cuellos altos lucía el escudo de la Diputación de Barcelona, adornándose además con hombreras de cordón dorado.

”Hecho el silencio, empezó la lectura en tono monacal de varios pasajes de la Historia del Monasterio que se relacionaban con las visitas reales, empezando con las del Emperador Carlos I y acabando con la que en 1904 realizara, por primera vez después de su mayoría de edad, nuestro joven Soberano.

”Los relatos, interesantes y pintorescos, con intenso ambiente de época muchos de ellos, fueron religiosamente escuchados con gran atención y vivas muestras de agrado por parte de todos los asistentes, y de un modo particular por Su Majestad el Rey y Real familia.

”Al cesar la lectura, entraron en el Refectorio la Escolanía y el coro de frailes para cantar, con la afinación y pulcritud de siempre, los brindis monásticos, cuyo texto latino y castellano figuraba impreso a continuación de la lista o menú a que antes nos hemos referido. Estos cantos se vienen manteniendo en los Monasterios para las grandes solemnidades desde los tiempos de Carlo Magno. Los escuchó y aplaudió el distinguido auditorio con no disimulada complacencia.

”El primero fué para Su Santidad el Papa Pío XI, el segundo para Su Majestad el Rey y Real familia, el tercero para Su Majestad la difunta Reina Madre, el cuarto para su Eminencia el Cardenal, el quinto para el Jefe del Gobierno, y los demás para los Presidentes de las Diputaciones, el reverendo Padre Abad y para los huéspedes, amigos y bienhechores del Monasterio.

”Al servirse el café, la Escolanía, a petición de Su Majestad, cantó las siguientes composiciones: *Cantiga*, de Alfonso el Sabio; *O, Jesu mei*, de Olmedo, *Moreneta en sou*, de Nicolau; *Gozos de Nuestra Señora de Montserrat*, y por fin, el tradicional *Virolay*, que Su Majestad siguió con tan vivo interés, que, levantado ya de la mesa y, acercándose al grupo de cantores, quiso con el papel de música de ellos en la mano, enterarse de todas y cada una de las estrofas.”

## CAPITULO XXXVI

# La devoción de España a Nuestra Señora de Montserrat

La devoción de España a Nuestra Señora de Montserrat estaba ya muy extendida a mediados del siglo XIII. Esta devoción fué motivada:

1.º Por los grandes milagros obrados por Dios por intercesión de la Santísima Virgen bajo la advocación de Montserrat, de fama universal y propagada especialmente por los catalanes, los cuales, mezclados entre la multitud de peregrinos, visitaban en aquellos tiempos los lugares de Jerusalén, Roma y Santiago de Compostela.

2.º Cuando más tarde, o sea a últimos del siglo XV, los Reyes Católicos reformaron el Monasterio, trasladando a Montserrat los monjes benedictinos de Valladolid y dependiendo de dicha Congregación; siendo la Comunidad integrada en su mayoría por monjes castellanos hasta principios del siglo XIX, en que el Santuario fué saqueado y destruído por las tropas de Napoleón.

3.º Contribuyó también poderosamente a esta devoción, la erección de la Cofradía de Nuestra Señora de Montserrat, fundada a principios del siglo XIII y propagada rápidamente primero por toda la península, luego por Europa y después por toda América, estableciendo en todas partes centros de propaganda que fomentaban dicha devoción.

Daremos una idea sucinta de la devoción de nuestra Patria a Nuestra Señora de Montserrat, siguiendo dicha trayectoria.

Fueron tan famosos los milagros obrados por Dios, invocando a la Santísima Virgen María por medio de esta Imagen Taumaturga, que desde los Papas, Prelados y Reyes irradiaba su devoción a todo el pueblo cristiano.

El gran Papa Bonifacio VIII publicó una Bula, fechada en Agnani, en que habla de la devoción de los fieles al Santuario de Montserrat, “a causa de los muchos milagros que Dios se complace en realizar por los méritos de la Santísima Virgen María”.

Clemente III (1187-1191), según testimonio de Gregorio XII, había demostrado su devoción a la Virgen de Montserrat, “célebre por los grandes milagros”.

El Rey de Castilla Alfonso X el Sabio dedica seis de sus hermosas *Cántigas* a los milagros de Nuestra Señora de Montserrat. Dichas *Cántigas* fueron muy populares en aquella época. En la *Cántiga* quinta, dice: “Un mui gran miragre — vos direi que me juraron — Omes de boa via”.

Era tan profunda la devoción del Rey Sabio a la Virgen de Montserrat que, en carta fechada el 9 de noviembre de 1275 dirigida al Prior del Monasterio, decía “que proveería para que de los bienes del Reino de Murcia se pagase lo que fuera menester para la manutención de un clérigo que cantara misas a su intención.”

No hablemos de los Reyes de Aragón, pues siguiendo la tradición de los Condes de Barcelona y de la rama de los Condes de Urgel, de cuyas dinastías procedían, fueron todos fervorosos devotos y, por lo tanto, la devoción de los Reyes y de los Papas en aquellos tiempos de fe y adhesión a los Príncipes, irradiaba al pueblo, que, enfervorizado, subía en constantes peregrinaciones al Santuario para adorar a la Virgen Morena.

Fué, además, un motivo excepcional para que se extendiera por el resto de España la devoción a Nuestra Señora de Montserrat, el hecho de sujetar el Monasterio a la Congregación Benedictina de Valladolid. Esto fué obra de los Reyes Católicos. Durante más de tres siglos la mayoría de los monjes de Montserrat fueron castellanos y, por su conducto, la devoción al Santuario se extendió por todas las tierras de Castilla.

Tal era la devoción a la Virgen de Montserrat que, cuando la guerra de los segadores, fueron acompañados con todos los honores hasta Aragón cincuenta y cinco monjes, tres escolanes y algunos servidores. Recibidos en Madrid por el Rey Felipe IV, con el apoyo del Monarca fundaron una iglesia y un Monasterio con el nombre de Mont-

serrat, el cual continuó existiendo cuando regresaron después los monjes a la santa montaña; en la actualidad existe todavía.

Hemos dicho también que otro motivo de la devoción universal a Nuestra Señora de Montserrat fué la institución de la Cofradía.

El 23 de julio de 1223 fué erigida solemnemente y levantándose acta, la Cofradía de Nuestra Señora de Montserrat. Los primeros cofrades que se inscribieron fueron: El Arzobispo de Tarragona, la reina Leonor de Aragón, Ramón, Abad de Ripoll, Berengario, Prior de Montserrat y Bernardo Ferrer, de Vacaristas.



Reproducción de la portada del título de cofrade

Más tarde, el Papa Nicolás V expidió una Bula a favor de los cofrades y, fué tal el incremento que tomó la Cofradía que ingresaron en ella Papas, Cardenales, Patriarcas, religiosos de todas las Ordenes, embajadores, almirantes, gran parte de la nobleza y un número incalculable de fieles.

En sus capítulos correspondientes hemos hablado de la profunda devoción a la Virgen Morena del Emperador Carlos I, del rey Felipe II, que imitó el ejemplo de su padre y conservó como reliquia las dos velas que sostenía en la mano a la hora de la muerte; del primer don Juan de Austria, el cual, a su regreso de la batalla de Lepanto, subió a Montserrat y ofreció a la Virgen muchos trofeos, entre ellos la famosa farola de la nave capitana apresada a los otomanos y que se denominó "la lámpara del Rey Moro", siendo tanta su devoción, que quería pasar los últimos días de su vida en una de las ermitas de la montaña.

Testimonio irrecusable de la devoción de España entera a la Virgen de Montserrat, fueron las ofrendas de toda la nobleza española que desfiló en devotas peregrinaciones por el Santuario, constituyendo el gran tesoro que nuestros abuelos extasiados admiraban.

Y, para terminar este capítulo y, como resumen de esta devoción de España a Nuestra Señora de Montserrat, reseñaremos brevemente la visita efectuada por nuestro Caudillo, el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos españoles, fiel intérprete y mantenedor de nuestras gloriosas tradiciones y en cuya persona se condensan las verdaderas esencias de la Patria.

El 25 de enero de 1942 Su Excelencia llegaba a Montserrat a las siete y cincuenta minutos de la noche.

Aguardábanle allí el Ministro de la Guerra, excelentísimo señor don Juan Varela; excelentísimo señor Capitán General de la cuarta Región, Teniente General don Alfredo Kindelán; el excelentísimo señor Ministro, Secretario General del Movimiento, don José Luis de Arrese; el Gobernador Civil y Jefe Provincial, excelentísimo señor don Antonio F. de Correa Veglison; el Presidente de la Diputación Provincial de Barcelona, excelentísimo señor don Antonio María Simarro; el Alcalde de la Ciudad, excelentísimo señor don Miguel Mateu, muchas jerarquías y personalidades de la Banca, Industria y Comercio y un público numeroso.

Se congregaron también en Montserrat para saludar al Caudillo todos los Obispos de la Provincia eclesiástica, provinciales de las Ordenes religiosas y una nutridísima representación del Clero.

Con los honores de ritual en las visitas Reales fué recibido Su Excelencia: con vítores, aplausos y una verdadera lluvia de flores. Acto seguido, el Reverendísimo Padre Abad dióle a besar la "Vera Cruz" al penetrar Su Excelencia en la Basílica, cantándose luego un solemnísimos Te Deum.

Pasó después al Camarín, postrándose ante la Virgen Morena y, después de rezar ante la Imagen de Nuestra Señora, besó devotamente la mano de la excelsa Emperatriz de la España católica.



Seguidamente hubo recepción en la Sala Capitular, donde el abad mitrado Padre Antonio María Marcet saludó a Su Excelencia el Generalísimo con un magnífico discurso, del que entresacamos los siguientes párrafos:

“Vemos en Vos el instrumento de la Providencia para devolvernos nuestros templos y hogares y, con ellos, el ejercicio del derecho de cristianos y españoles.

”Recordamos, agradecidos, que hace tres años, al impulso de vuestros Ejércitos victoriosos, se abrían las puertas de esta Basílica, treinta meses cerradas, y podíamos reanudar el esplendoroso, tradicional y multiseccular culto a nuestra “Moreneta”, y nos era dado continuar luego, en la paz del claustro, nuestras tareas culturales y reanudar nuestra vida benedictina.

”Y por eso nosotros en particular, al patentizar nuestros sentimientos de respeto y veneración a vuestra persona, nos complacemos en contemplar en Vos al continuador y émulo de los grandes protectores y amigos de Montserrat, los Monarcas españoles, que, casi sin excepción, honraron con su presencia esta casa y, como Vos, dieron su nombre augusta a nuestra cofradía y, como Vos, aceptaron benignamente ser hermanos nuestros...” (1).

Su Excelencia contestó al discurso del Padre Abad con frases del más profundo sentido cristiano, de acuerdo con las patrias tradiciones. He aquí algunas de sus hermosas frases.

“Al venir a visitaros cumplo una tradición de los Jefes de España con la alegría de quien llena un deber al postrarse ante la Virgen que presidió tantas grandezas...”

Así hablaban nuestros Condes y nuestros Monarcas.

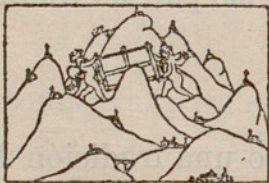
Su Excelencia, con su esposa y séquito, cenó en el refectorio de los Monjes con el clásico ceremonial y, como en las visitas de los Reyes, cantáronse los laudes y villancicos.

(1) El propio Reverendísimo Padre Abad Marcet fué el portador del título de Hermano Mayor y de las velas de la Buena Muerte que, en Madrid, fueron entregados al Generalísimo.

A petición del Generalísimo, la Escolanía cantó el "Virolay", que fué coreado por todos los presentes.

Al día siguiente, asistió al solemnisimo pontifical, en el que actuó de celebrante el Reverendísimo Padre Abad Marcet y luego, entre ensordecedores aplausos de la ingente multitud, partió para Barcelona, donde recibió el homenaje de la ciudad con el imponente e indescriptible desfile de cuatrocientos mil productores.

Cerramos este capítulo con este magnífico broche de la profundísima devoción del auténtico representante de España a la "Moreneta", a Nuestra Señora de Montserrat.



## CAPITULO XXXVII

# Las fiestas centenarias

Al escribir estas líneas tocan a su fin las solemnísimas fiestas conmemorativas del centenario de la reposición en su trono de la Sagrada Imagen de Nuestra Señora de Montserrat.

Como quiera que este libro se ha escrito con motivo de estas fiestas jubilares, para estimular la devoción de los fieles, divulgando el nombre de Montserrat, hemos creído indispensable, para perenne recuerdo de la posterioridad, consignar en estas páginas una reseña, siquiera sea sucinta, de estas solemnidades religiosas que se han celebrado con toda pompa y esplendor, como en los mejores días de su historia milenaria.

Antes, sin embargo, daremos una mirada retrospectiva y referiremos las interesantes circunstancias que rodearon al hecho histórico que se ha conmemorado.

Montserrat, desde la nefasta exclaustración de 1835, estaba huérfano. Aquella desolación abrasaba las entrañas de los dispersos monjes y de los fieles devotos de la Reina de la Montaña Santa, también fugitiva de su Palacio.

Pacificados los ánimos después de los trastornos sufridos durante la guerra de los siete años, los devotos de la "Moreneta" comenzaron a organizar romerías a partir del año 1840; pero su tristeza y decepción eran indescriptibles al no encontrar la amada Imagen ni a sus guardianes seculares, los monjes.

Montserrat, sin la Sagrada Imagen ni la Comunidad benedictina no les decía nada, y los peregrinos volvían a sus hogares embargados de profundísima pena, al

recordar los esplendores del pasado y contemplar la desolación presente convertido el glorioso Santuario en informe montón de ruinas.

Aunque el Padre Jacinto Boada, antiguo Maestro de Capilla, el lego fray José Campderrós y un escolán, procuraban conservar el fuego sagrado del culto a la Virgen, aquel contraste amargaba aún más el corazón de los católicos.

Las peticiones de la reposición de los monjes en el Monasterio y de la bendita Imagen en su trono, eran tan constantes y llegaron a ser tan clamorosas, que el Gobierno no pudo menos que concederla.

El excelentísimo e ilustrísimo Obispo de Barcelona, don Pedro Martínez de San Martín se puso al frente de este movimiento de opinión para el restablecimiento integral del Real Santuario y convocó a los monjes para que, aun con las restricciones que imponía el Gobierno sobre el número de religiosos, volvieran a su Monasterio.

Respecto a la Sagrada Imagen y su reposición en su Trono, el problema no era de tan fácil solución, pues se ignoraba su paradero. Sólo la presencia del Abad Padre José Blanch, que se había retirado a Palermo, podía dar alguna luz.

El venerable Abad, a pesar de su avanzada edad, acudió presuroso al llamamiento del Obispo, reunió algunos monjes, cuyos nombres citamos en otro capítulo, y descubrió dónde estaba oculta la Sagrada Imagen, pues don Pablo Padrosa Jorba, que la tenía escondida en su "masía", había jurado al Padre Blanch guardar un secreto absoluto sobre el lugar en donde la tenía oculta, y de tal manera cumplió su juramento, que ni siquiera lo reveló a sus propios familiares.

La feliz noticia corrió como un reguero de pólvora por todo el Principado y la alegría de los católicos fué indescriptible. Organizóse para el día 8 de septiembre del año 1844 una extraordinaria romería a Montserrat, donde se celebraría con gran solemnidad la reposición en su trono de la Soberana de la Montaña Santa.

Con asistencia del mencionado Obispo de Barcelona y de otras autoridades y de un innumerable concurso de fieles de todas clases y condiciones (1), se celebró un so-

(1) Algunos escritores hacen ascender a 40.000 el número de fieles que acudieron a Montserrat, lo que, dado la escasa densidad de población de entonces y las malas comunicaciones, supone un entusiasmo y un fervor unánimes en el país.



Batalla del Coll del Bruch

Grabado de C. Langlois

lemne oficio Pontifical, cantándose la misa por una capilla de música, compuesta por aficionados de Barcelona y predicando el ilustre Canónigo de la Colegiata de Santa Ana de la misma ciudad, don Alberto Pujol (1).

Es imposible describir, nos dice Cornet y Más, testigo presencial de aquella memorable jornada, el entusiasmo que causó a aquella apiñada multitud la nueva aparición de la venerada Imagen de Nuestra Señora de Montserrat en su antiguo camarín, entusiasmo que se desbordó — añade — al permitirse besar la soberana mano que, por espacio de nueve años, permaneciera oculta.

La Virgen Morena había recobrado su Palacio, Montserrat ya no estaba huérfano.

(1) Era tal la pobreza del Monasterio, que el Terno lo prestó la Parroquia de Esparraguera; la Virgen llevaba una corona de hojalata y los monjes, por falta de cama, hubieron de dormir sobre la paja.

Han transcurrido cien años, pomposamente llamados de progreso; pero la historia los calificará en su día de los más sombríos y calamitosos que ha sufrido la humanidad. Revoluciones y guerras terriblemente asoladoras culminadas en la hecatombe apocalíptica que presenciamos.

Lo que el cronista Argáiz decía de Montserrat en el siglo x, a la sazón rodeado de sarracenos “que en medio de los alfanjes y espadas de moros y cristianos, la Imagen de María miraba muy alto y a lo seguro, los peligros en que andaban unos y otros”, con muchísima más razón podemos afirmarlo en estos momentos de suprema ansiedad en que, gracias a la visible protección de María, estamos al margen de la espantosa catástrofe que asuela al mundo, y la España católica, con su inmenso patrimonio espiritual, sigue impávida su misión ecuménica, señalando al mundo el camino a seguir, si quiere evitar el colapso total de los valores humanos.

Gracias a esta paz inapreciable de que, providencialmente gozamos, han podido celebrarse con todo esplendor las fiestas centenarias de la reposición de la Santa Imagen en su Trono.

Su Santidad el Papa, en prueba de su amor al Santuario Mariano y en su deseo de acrecentar cada vez más la influencia de cristiana piedad que Montserrat ejerce entre los pueblos de España, concedió un extraordinario Jubileo. Esta riqueza de bienes espirituales ha sido aprovechada por los fieles, pues durante el jubileo han acudido a Montserrat numerosísimas peregrinaciones de Cataluña y de otras provincias de España, preparatorias de la grandiosa concurrencia que se ha congregado recientemente en Montserrat para asistir a las fiestas centenarias.

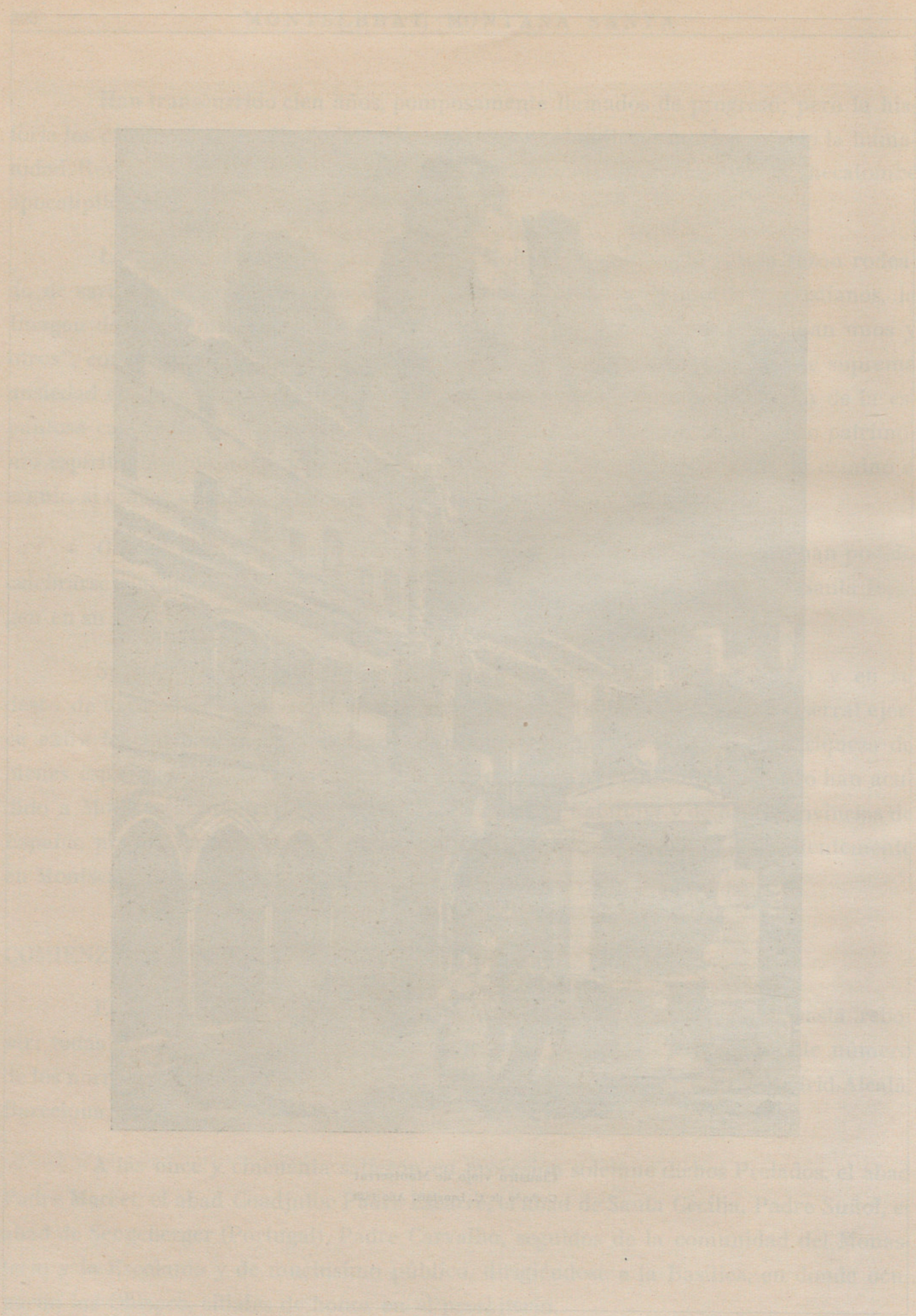
#### COMIENZAN LAS SOLEMNIDADES RELIGIOSAS

El día 7, o sea la víspera de la festividad, Montserrat estaba lleno hasta rebozar; todas las celdas ocupadas, los hoteles atestados, alojándose en ellos doble número de los normales. Se encontraban ya por la mañana cinco Obispos; los de Madrid-Alcalá, Barcelona, Lérida, Tortosa y Teruel.

A las once y cincuenta salieron en procesión solemne dichos Prelados, el abad Padre Marcet, el abad Coadjutor Padre Escarré, el abad de Santa Cecilia, Padre Suñol, el abad de Sengeberger (Portugal), Padre Carvalho, seguidos de la comunidad del Monasterio y la Escolanía y de muchísimo público, dirigiéndose a la Basílica, en donde ocuparon los Obispos, sitaliales de honor en el presbiterio.



Claustro viejo de Montserrat  
Grabado de C. Langlois. Año 1830





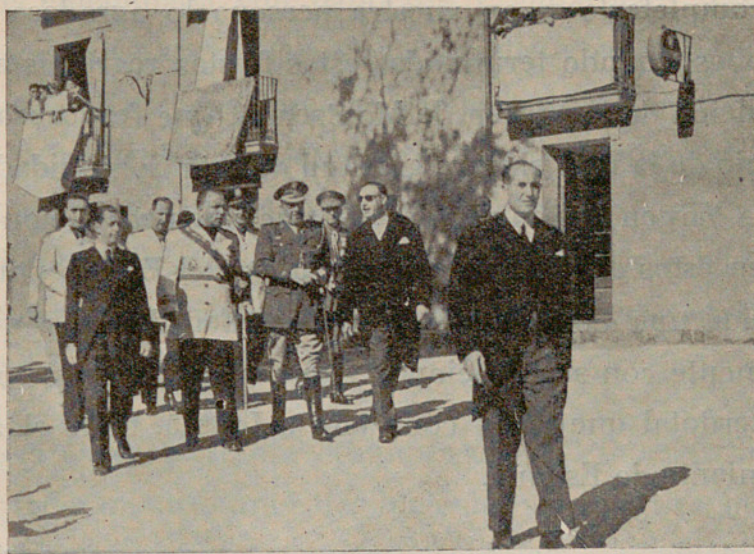
El Obispo de Barcelona celebró la misa de Pontifical, interpretándose la del maestro Catalá por la Escolanía y la Comunidad. Se cantaron motetes de "Victoria". Después del Pontifical, el doctor Modrego entonó el "Te Deum" en acción de gracias por la celebración del Centenario.

A las tres y media de la tarde llegó el excelentísimo señor Nuncio de Su Santidad, en representación del Papa, siendo recibido con la solemnidad de ritual por los Abades y la Comunidad y vitoreado con entusiasmo por la multitud.

A las seis y media llegaba el Ministro de Justicia, excelentísimo señor don Eduardo Aunós, que ostentaba la representación de Su Excelencia el Jefe del Estado, acompañado del Director general de Registros, Ilre. señor don José María Porcioles, la esposa del señor Ministro, su sobrina y otras personalidades.

El excelentísimo señor Ministro fué recibido a la puerta de la Basílica por la Comunidad montserratina, presidida por los tres Abades. El público, que llenaba la plaza, ovacionó al representante del

Caudillo, entrando el Señor Ministro en la iglesia a los acordes del Himno Nacional, ocupando un sitio de honor en el Presbiterio, frente a la silla del Padre Abad, mientras la Escolanía cantaba una Salve. Luego, acompañado de los tres reverendísimos abades, subió al camarín con su comitiva a venerar la Imagen de la Virgen, a los pies de la cual, estuvo arrodillado largo rato.



Llegada del Excmo. Sr. Ministro de Justicia

#### RECEPCION EN LA SALA CAPITULAR

Después de la visita a Nuestra Señora se verificó en la Sala Capitular el acto solemne de recepción, donde después del canto de una antífona, según el ritual monástico, el reverendísimo Padre Abad Antonio María Marcet dirigió al representante del Jefe del Estado un magistral discurso glosando la antífona "Suscepimus, Deus, mi-

sericordiam tuam” que se acababa de cantar como salutación al representante del Caudillo y recordó que besaron la Sagrada Imagen y ante la cual se postraron con los más grandes Santos españoles, nuestros más gloriosos Príncipes y Reyes. Se congratuló de que el nuevo Estado reconociera la importancia de la conservación de la vida monástica en el suelo patrio, como propulsora del bien espiritual del pueblo, favoreciendo, por otra parte, el progreso intelectual artístico y, por lo tanto, promoviendo la verdadera civilización de la sociedad.

Terminó con estas palabras: “Excelentísimo señor: Montserrat, deseando haceros participante del júbilo en que rebosa, os agradece que hayáis venido vos mismo a completarlo y, en vuestra persona lo agradece a Su Excelencia el Jefe del Estado. Así pues, cuando terminadas estas fiestas regreséis a su lado, llevadle con la maternal bendición de la Virgen de Montserrat, que fervorosamente para él impetramos, el testimonio de la más sincera gratitud de esta Comunidad benedictina y de todos los devotos de la Virgen Morena; y decidle que mientras él con mano firme y brazo esforzado, dirige en estos difíciles tiempos la nave del Estado por las rutas de la paz, en Montserrat reside una Comunidad de monjes benedictinos, que se esfuerza en ayudarle constantemente con sus oraciones y que, a través de su profesión monástica y de la misión sacerdotal que le ha confiado la Iglesia, tiene el anhelo de trabajar por el engrandecimiento de España.



Las Autoridades saliendo de la Basílica

Contestó el señor Ministro, agradeciendo las frases de adhesión al Caudillo y a su obra inapreciable de apartar a España de los horrores de la guerra; hizo una brillante apología de la Orden Benedictina, enalteciendo la vida monástica como elemento de primer orden para el resurgir del mundo; y, después de hacer un magnífico resumen histórico del milenario Santuario, centro de la devoción de España en los siglos de oro de nuestra historia, aludió a la presencia del Nuncio de Su Santidad y terminó diciendo: “un renacimiento de la fe y un reconocimiento cada vez más explícito de la soberanía espiritual del Papa serán las más seguras promesas de un mundo mejor.”

## LAS GRANDES SOLEMNIDADES DEL DIA 8 DE SEPTIEMBRE DE 1944

Montserrat presentaba un aspecto brillantísimo como pocas veces se había visto. Un sol espléndido brilló todo el día, sin que una sola nube ensombreciese la transparente bóveda celeste, cosa rarísima en aquella Montaña, como si el cielo hubiera querido asociarse a las fiestas que la tierra dedicaba a la Imagen de la Soberana del Empíreo, entronizada en la Montaña Santa.

Todo el recinto del Monasterio se hallaba completamente lleno de fieles, venidos de las más lejanas comarcas de Cataluña y de otras partes de España. La carretera que da acceso al Cenobio se hallaba engalanada con banderas y gallardetes. Los edificios de las hospederías lucían colgaduras con los colores nacionales y pontificios. La fachada principal, en construcción, se hallaba engalanada con magníficos tapices, ondeando en ella la bandera nacional y las del Movimiento. Asimismo la monumental "Torre del Abad", aún en construcción, aparecía cubierta con grandes banderas nacionales. El claustro interior presentaba igualmente un magnífico aspecto, con ricos tapices en sus balcones y el patio cubierto con una hermosísima alfombra de flores, en la que se destacaba el escudo de Montserrat.

Si en el exterior del Santuario el espectáculo era deslumbrador, el interior de la basílica producía una impresión verdaderamente fantástica luciendo sus mejores galas. Todos los altares, especialmente el altar mayor, estaban materialmente cuajados de flores, que exhalaban un delicado perfume; la Sagrada Imagen de la "Moreneta" estaba totalmente rodeada de flores blancas.

A las diez de la mañana, procedente de Barcelona, llegó una Compañía de Honor del Cuerpo de Ejército de Urgel y formó junto a la fachada principal. El Gobernador Militar, excelentísimo señor don Antonio Lafuente, acompañado del señor coronel Puig, pasó revista a las fuerzas. Fueron llegando el Alcalde de Barcelona, excelentísimo señor don Miguel Mateu, el excelentísimo señor Presidente de la Diputación Provincial de Barcelona, don Luis Argemí, Alcaldes y Presidentes de las otras provincias catalanas y otras autoridades y jerarquías.

A las once menos cuarto llegó el representante de Su Excelencia el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos, excelentísimo señor Ministro de Justicia, don Eduardo Aunós, quien iba acompañado del excelentísimo señor Capitán General de la cuarta Región, el laureado Teniente General don José Moscardó, del gobernador civil y

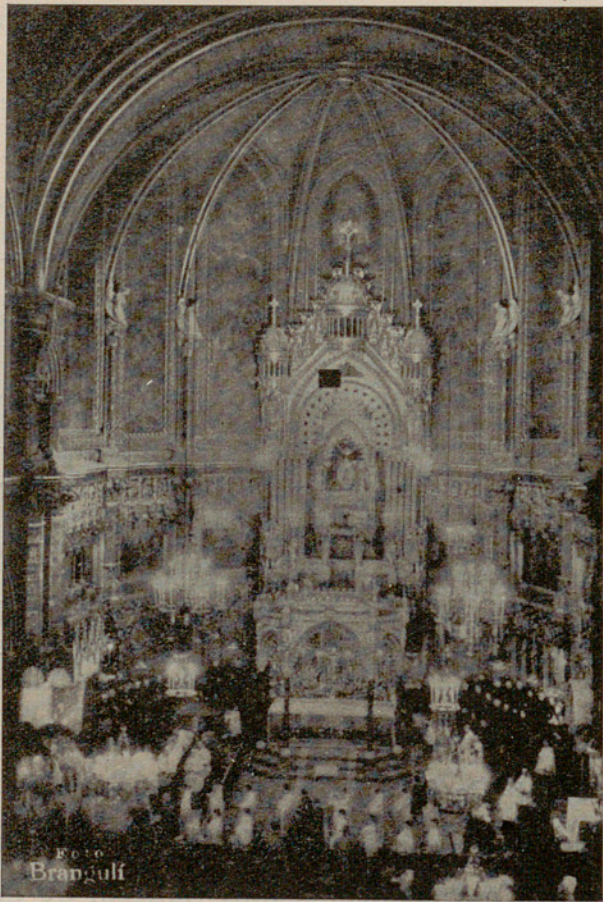
Jefe Provincial del Movimiento, excelentísimo señor don Antonio de Correa Veglison, del Director General de Registros, ilustre señor don José María Porcioles y otras autoridades. El enorme gentío allí congregado tributó una gran ovación al representante de S. E., quien pasó revista a las fuerzas encargadas de rendir honores.

### SOLEMNE PONTIFICAL

Acto seguido se celebró un solemnísimó Pontifical, en el que ofició el Nuncio de Su Santidad.

La gran Basílica estaba totalmente llena de fieles y para los que no tuvieron cabida en ella, potentes altavoces les transmitían los cánticos litúrgicos, y la vibrante palabra del Dr. Modrego al panegirizar a la Soberana de la Montaña Santa.

El presbiterio ofrecía un espectáculo majestuoso, imponente.



Solemne pontifical

El Nuncio de Su Santidad ocupaba el trono y, frente a él, en un sitial colocado al lado de la Epístola, se sentó el señor Ministro acompañado del Director General de Registros, señor Porcioles y un monje. A ambos lados del altar, se colocaron los prelados que asistían a las fiestas del Centenario, o sean los Obispos de Madrid - Alcalá, Barcelona, Lérida, Teruel, Vich, Gerona, Tortosa, Seo de Urgel, Tubuna, el Administrador Apostólico de Tarragona, el Obispo proconizado de Segorbe, el Abad de Sengeberger (Portugal), el Abad de Samos y los Priors de los monasterios de Poblet, Valvanera y Lazcano.

La Comunidad benedictina ocupaba el coro, presidida por los reverendos abades Marcet, Escarré y Suñol.

Frente al altar mayor, en lugar preferente, se situaron los excelentísimos señores Capitán General, don José Moscardó; Gobernador Civil, don Antonio de Correa; alcalde de Barcelona, don Miguel Mateu; Presidente de la Diputación provincial de Barcelona, don Luis Argemí; Gobernador Militar, don Antonio Lafuente; Alcaldes, Gobernadores y Presidentes de las Diputaciones de las restantes provincias catalanas;



Solemne pontifical

Delegado de Hacienda, señor Laborda; Procurador en Cortes, señor García Ribes, y el ayudante de campo del General Moscardó, teniente coronel, señor Moreno.

A continuación se hallaban el Cuerpo de la Nobleza, Alcaldes de la provincia de Barcelona y diversas personalidades, entre las cuales recordamos al ex alcalde de Barcelona, señor Maynés; Comisario del Patrimonio Artístico, señor Monreal; Director de Museos, señor don Javier de Salas, don Octavio Saltor; Presidentes de las Cámaras de Comercio y de la Industria, señores Llopis y Maristany, el secretario particular del Alcalde de Barcelona, señor Alós y el del Presidente de la Diputación Provincial, señor Pascual del Povil, el escultor señor Marés y muchas otras que sentimos no recordar.

Luego seguían los Caballeros del Santo Sepulcro, presididos por el señor de Pe-ray, Orden de San Juan de Malta y una nutrida representación del Clero secular y regular.

El Obispo de Barcelona ocupó el púlpito y pronunció un elocuentísimo sermón. Evocó el 8 de septiembre de 1844, cuando, entre una inmensa multitud de fieles, se reponía en su trono a la Virgen Morena, contrastando aquella grandiosa manifestación de fe y devoción con la desolación que presentaba el Santuario y su culto.

Historió la restauración de Montserrat, trazando un paralelo entre la parte material del Templo y edificios anexos y el crecimiento espiritual de la obra religiosa y cultural que realiza el Real Santuario, de cuyo resurgimiento debemos dar gracias a la Celestial Señora, y terminó ese hermoso panegírico con una fervorosa súplica por el Papa, por España, por Cataluña y por la diócesis de Barcelona.

La Escolanía, bajo la segura batuta del Padre Aurelio Ferrer, interpretó admirablemente durante el Oficio Pontifical el "Kiries" y "Gloria" de Giner, el "Credo" de la misa del Papa Marcelo de Palestrina y el "Agnus Dei" del Padre Angel Rodamilans, monje montserratino.

Durante el Ofertorio se cantó la antifona "Nigra Sum" de Palestrina.

En el momento de la Elevación, que fué de una emoción indescriptible, la banda de música del Regimiento de Jaén, ejecutó el Himno Nacional.

El Nuncio de Su Santidad dió a los fieles la Bendición Papal al terminar el solemne Pontifical.

#### LA PROCESION

Seguidamente se organizó una solemnisima procesión, que recorrió las plazas del Monasterio. La Sagrada Imagen fué descendida de su Trono, ayudando a ello en este emocionante acto, un biznieta de don Pablo Padrosa Jorba, que en 1835, la ocultó en su "Masia".

La procesión se organizó en el orden siguiente:

Atributos de la Basílica, personalidades y representaciones, Caballeros del Santo Sepulcro, Clero, Ordenes religiosas, Comunidad montserratina presidida por los reverendísimo abades Padres Marcet, Escarré y Suñol; seguidamente la "Moreneta" sobre andas, que eran llevadas por monjes, bajo palio y las varas, por concesión especial del Padre Abad, por miembros del Real Cuerpo de la Nobleza, antiguo brazo militar del Principado, excelentísimos señores marqués de Sentmenat, conde de San Miguel de Castellar, don Joaquín de Sarriera, don José María Ponsic, el barón de Segur y don Carlos de Travy.

Seguían a continuación el Nuncio de Su Santidad, Obispos, Autoridades y finalmente el señor Ministro.

El momento de aparecer la "Moreneta" en la plaza fué de intensa emoción. Le

fueron rendidos honores de Capitán General con mando en plaza, y, mientras la banda militar interpretaba el Himno Nacional, la multitud prorrumpía en delirantes ovaciones, cantando el "Virolay" y arrojando una lluvia de flores, que alfombraron materialmente el paso de la procesión.

Tan tierna y profunda era la emoción, que a muchas personas se les saltaban las lágrimas.

El paso de la "Moreneta" por las plazas del Monasterio constituyó algo indescriptible. Desde los balcones y ventanas, de todos los sitios, llovían las flores, mientras la multitud enardecida prorrumpía en cerradas ovaciones y en clamorosos gritos de vivas a la Virgen de Montserrat.



La Sagrada Imagen saliendo del templo

A las dos y cuarto terminaba la triunfal manifestación religiosa, entrando de nuevo en su Palacio la Reina de la Montaña Santa y, mientras la banda militar interpretaba el Himno Nacional, la enardecida muchedumbre de fieles cantaba con toda la fuerza de sus pulmones el "Virolay" y volteaban alegres las campanas. Fué también un momento de indescriptible emoción.

#### OTROS ACTOS

A las dos y media, la Comunidad de Montserrat ofreció un almuerzo al señor Ministro, Autoridades y personalidades que habían asistido a las funciones religiosas, que fué servido en el refectorio del Monasterio.

Al final de la Escolanía cantó magistralmente unos "Laudes", compuestos expresamente para esta fiesta. En los claustros fué servido el café, amenizando el acto la Escolanía con escogidas piezas musicales, que fueron acogidas con grandes aplausos.



La procesión

A las siete y media de la tarde se cantó el Rosario y Solemnes Vísperas Pontificales, finalizando con la clásica Salve.

El entusiasmo y devoción de los fieles que llenaban completamente el templo no disminuyó ni un solo momento, hasta finalizar todos los actos.

La organización de los actos referidos, que se verificaron en sus más nimios detalles, sin el menor incidente y con matemática precisión, corrió a cargo de la oficina de ceremonial de la Diputación provincial de Barcelona, bajo la dirección personal de su jefe, don José Pascual del Povil.

Durante la Octava se celebraron diversos Pontificales por los Prelados que se encontraban en Montserrat, ocupando el púlpito los oradores más notables del clero secular y regular, y llenando cada día la amplia nave de la Basílica el gran número de fieles que asistieron a las funciones del octavario.

Después el clero de la Provincia Eclesiástica Tarraconense organizó una ro-



mería, compuesta exclusivamente de sacerdotes para ganar el Jubileo, y entre los diversos actos que se celebraron, queremos destacar la notable conferencia que el Abad de Santa Cecilia, Padre Suñol, dió sobre el tema de alta liturgia: "Misión de alabanza de la Virgen Santísima a Dios Padre".

Al terminar la magistral conferencia, la Escolanía interpretó una bellísima antífona alusiva al espíritu de la disertación, siendo celebradísima por todos los asistentes.

El día 29, fiesta de Cristo Rey, la diócesis de Barcelona hizo una grandiosa romería a Montserrat, la que fué presidida por el excelentísimo señor Obispo, doctor Modrego Casaus.

Entró el Obispo en la Basílica, escoltado por centenares de estandartes de las entidades católicas de la diócesis, siendo recibido por el sacristán mayor, Padre Franquesa. Celebró de Pontifical, el doctor Modrego y ocupó la Sagrada Cátedra el canónigo de la Catedral de Barcelona, doctor Luis Urpí.

La Basílica estuvo totalmente llena de peregrinos en todos los actos que se celebraron.

El día primero de noviembre, festividad de todos los Santos, se celebró la solemne clausura del Año Jubilar. Por la mañana hubo Comunión general, misa de Pontifical e, inmediatamente después, fué llevada en procesión, por las plazas del Monasterio, la pequeña Imagen de la "Moreneta", ante la cual rindieron culto por espacio de nueve años un monje, un hermano lego y un escolán, siendo portantes monjes, legos y escolanes.

Después de la procesión se cantó un solemne *Te Deum* en acción de gracias por los ubérrimos frutos espirituales que había producido el Año Jubilar, ganándose por última vez colectivamente el Jubileo.

La muchedumbre de fieles que asistió a estos actos dió un brillante remate a las fiestas Jubilares.

Hemos reseñado en sus perfiles generales, las solemnísimas fiestas del Centenario, con motivo de la reposición en su Trono, que se han celebrado en honor de Nuestra Señora de Montserrat.

El homenaje tributado a la Virgen Morena ha revestido el carácter de nacional por la asistencia del representante del Jefe del Estado y del Obispo de Madrid-Alcalá, además de los Obispos del Principado y de otras diócesis.

La presencia del Abad portugués, Padre Carvalho, significó la adhesión de la nación hermana que, en tiempos imperiales, fué también devotísima de Nuestra Señora de Montserrat; y de Montserrat fueron a reformar los monasterios benedictinos de Portugal los monjes Padre Chaves y Padre Plácido Villalobos, tan a satisfacción de los benedictinos portugueses, que, a su tiempo, fueron elegidos Generales de la Congregación.

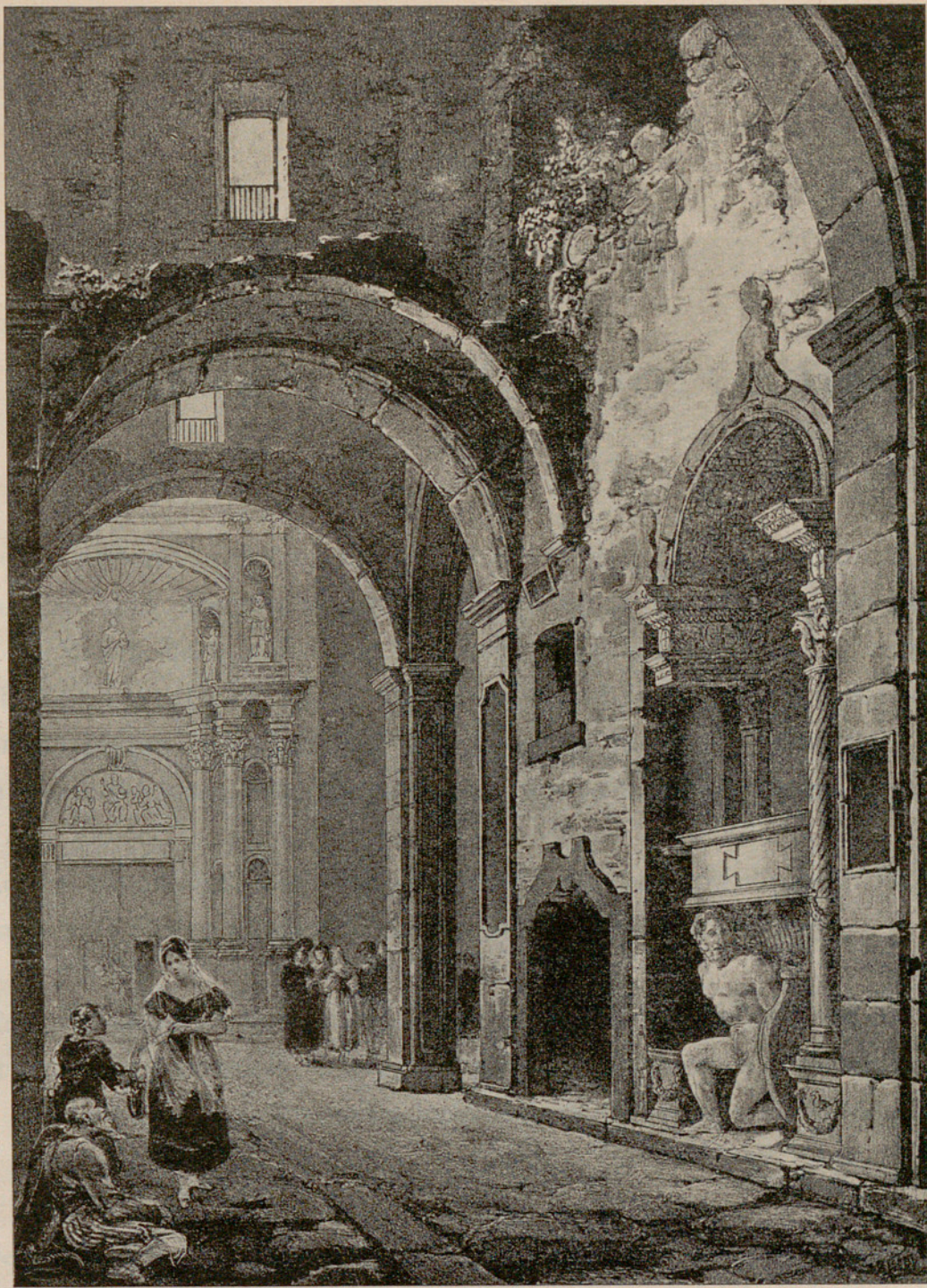
Por fin, la asistencia del Nuncio de Su Santidad le ha dado a esta clamorosa manifestación de piedad y devoción toda su significación ecuménica, reivindicándose para la Virgen Morena la denominación con que nuestros gloriosos antepasados la designaban de Emperatriz de las Españas como auguraba, en un reciente escrito, el ilustre monje montserratino, Padre Isidro María Fonoll, con estas palabras: "Con esta solemne conmemoración centenaria Montserrat vuelve a recuperar, siquiera sea externamente, el sentido universal de su historia dentro de la de España, cuando reyes, príncipes y magnates de la época imperial, consideraban a la Virgen Morena como Emperatriz y a su Cenobio como casa solariega de España" (1).

Las Autoridades civiles y militares, la Nobleza y las más genuinas representaciones económicas, artísticas y literarias, estuvieron a la altura del elemento eclesiástico.

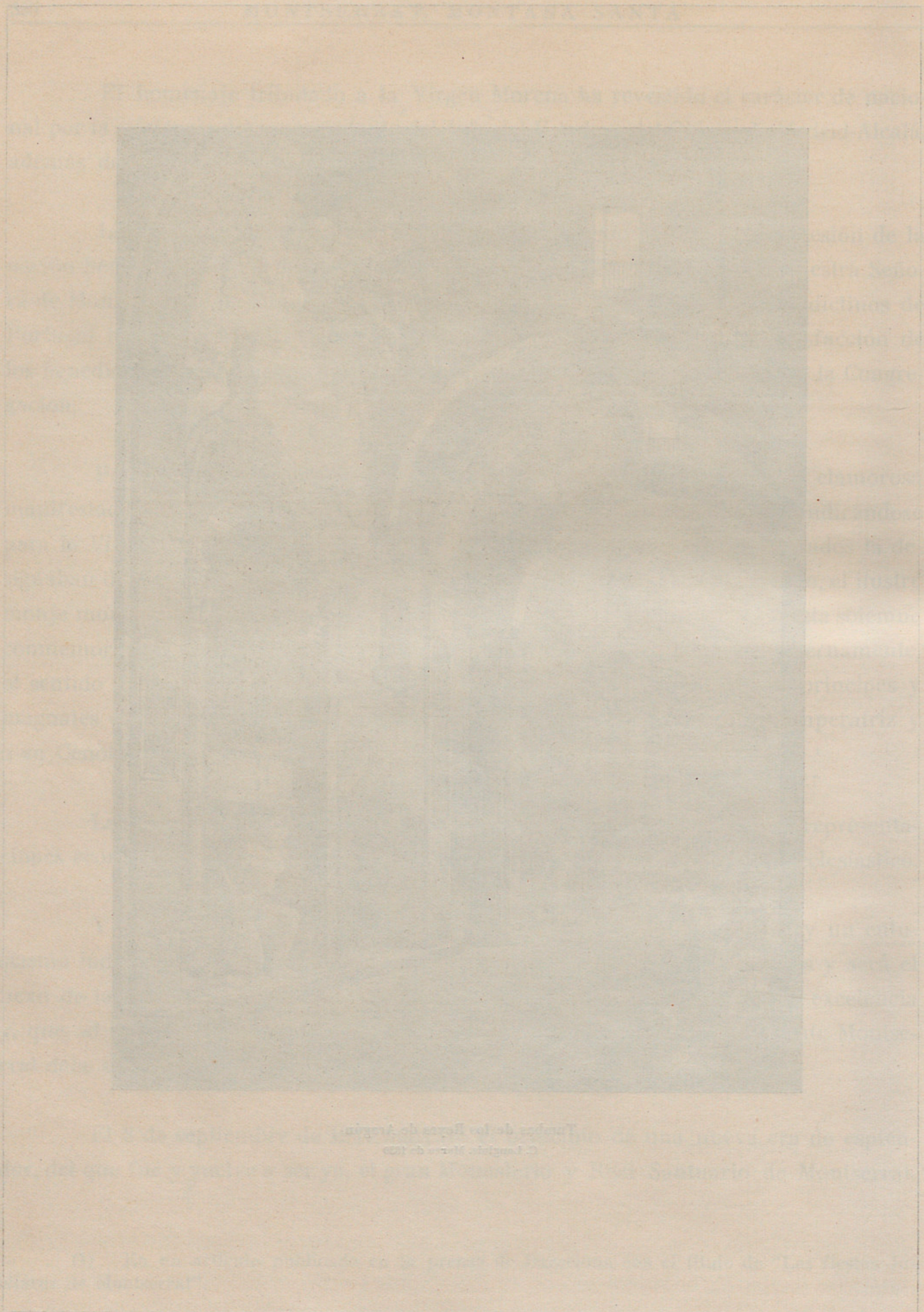
Y el pueblo, la gran masa de fieles, ha respondido con un fervor y un entusiasmo indescriptibles, patentizando una vez más que Montserrat ha sido, es y será el nexo de la más íntima unión con la católica España, nación mariana por excelencia y, que, al renacer vigorosamente la sana, la auténtica tradición, forzosamente Montserrat debe ser el centro de convergencia de su religiosidad.

El 8 de septiembre de 1944 marcará el principio de una nueva era de esplendor, del que fué y vuelve a ser ya, el gran Monasterio y Real Santuario de Montserrat.

(1) En un artículo publicado en la prensa de Barcelona con el título de "Las fiestas Jubilares de Montserrat".



Tumbas de los Reyes de Aragón  
C. Langlois. Marzo de 1830



## CAPITULO XXXVIII

## Montserrat del porvenir

Hemos historiado el Monasterio de Montserrat desde las penumbras de la leyenda hasta nuestros días; desde la insignificancia de un minúsculo Priorato sujeto al gran Monasterio de Ripoll, hasta constituir la primera Abadía benedictina de España, con tales expansiones en el exterior, que no parecía un Abadiazgo, sino un sector notable de la gran Orden monástica con esplendor y pujanza tal que eclipsó a los más célebres Cenobios benedictinos consagrados por su fama y por su venerable antigüedad.

Montserrat antes de su destrucción, podía rivalizar con el propio Monte Cassino, cuna gloriosa de la Orden y relicario de sus más preciadas grandezas.

Monte Cassino no existe. La guerra asoladora que sufre la humanidad, y que está convirtiendo en pavesas la herencia de muchos siglos no ha respetado el recinto sagrado que encerraba los más preciosos tesoros de la más venerable de todas las Ordenes religiosas.

De los 37.000 Monasterios que llegó a tener la Orden de San Benito, no sabemos los que han sobrevivido al embate de los tiempos; pero sí podemos afirmar que Montserrat, después de su total destrucción, no sólo ha vuelto a la vida, sino que ha resurgido más pletórico que nunca.

Cúmplense ahora cien años cuando el Abad Blanch despejó los escombros, dejando al Abad Muntadas preparado el terreno para un resurgir rápido y esplendoroso.

El Abad Deás completó la obra del Abad Muntadas, restaurando totalmente el Santuario.

Tocaba al Abad, P. Antonio Marcet, la misión cumbre de convertir a Montserrat, en todos sus aspectos, en el primer Monasterio benedictino del mundo.

Hemos dicho en todos sus aspectos, porque al Montserrat benedictino hay que considerarle desde tres puntos de vista: El Santuario y su culto, el Cenobio como centro de actividades culturales y de perfección espiritual, y, por fin, la parte material de su recinto.

A pesar de que durante su gobierno han ocurrido los más terribles trastornos en el orden religioso que conoce la historia, no ha sido más que un eclipse efímero de la obra imperecedera del Abad Marcet.

El culto y devoción a Nuestra Señora de Montserrat han recobrado toda su pujanza. La Comunidad es un modelo de observancia. La liturgia, la música sacra imprimen a las funciones religiosas una majestad y magnificencia no superadas en ninguna Basílica de España y comparable con las más famosas del Orbe.

Como centro de cultura, difícilmente se hallaría otro Monasterio que acoplara más valores intelectuales dentro del marco de las actividades claustrales. La Teología, la Hermenéutica, la Filología, la Historia, la Filosofía, la Literatura, la Arqueología, la Liturgia, la Música, etc., están representadas por ilustres monjes especializados.

Completan los elementos culturales el Museo Bíblico y Arqueológico, Pinacoteca, etc., y sobre todo la nutrida y selecta Biblioteca (1).

Todo ese potencial científico, literario y artístico es obra del genio creador e incansable del Padre Abad Marcet.

Consciente del caudal de conocimientos que los tiempos presentes exigen del

(1) Un simbólico monolito nos representa los primeros 150.000 volúmenes que encierra este templo de la ciencia.



Retrato del Reverendísimo Padre Abad, Dom Antonio María Marcet

Por A. Vila Arrufat

clero católico, envió la estudiosa juventud montserratina a los centros docentes más famosos de Europa para que, lo mismo en las disciplinas básicas, que en las auxiliares, tuvieran una preparación amplia y completa.

El Colegio de San Anselmo de Roma, la Universidad Católica de Salzburgo, las Universidades de Viena, Munich y Bonn, las Academias litúrgico-monásticas de Beron y Solesmes, las Escuelas Bíblicas y Arqueológicas de Roma, de Estudios orientales de Jerusalén y otros centros de investigación, fueron los manantiales donde la afanosa juventud montserratina sació las ansias del saber, estimuladas y acuciadas por el Padre Marcet.

De esta suerte esos monjes, sólidamente formados con la ampliación de estudios e investigaciones en los mejores gimnasios, archivos y bibliotecas del mundo, al regresar al Cenobio montserratino con ese ingente bagaje de conocimientos, recogido con sabio sincretismo del inmenso acervo que registraron a su paso por aquellas aulas, museos, etc., han constituido ese núcleo de hombres competentes que han elevado al Monasterio a la altura de los mejores centros de cultura de nuestra Patria en sus especialidades, destacándose ya verdaderas eminencias, como el musicógrafo y Prefecto del Instituto Pontificio de Música Sagrada de Roma, Reverendísimo Padre Abad dom Gregorio M. Suñol; el exégeta y Director de la "Biblia de Montserrat", Rdo. Padre dom Buenaventura Ubach; el historiador y Prefecto de la Biblioteca Apostólico Vaticana, Reverendo Padre dom Anselmo M. Albareda, etc.

Paralelamente a ese resurgir y florecimiento en el orden cultural, y siguiendo la misma marcha ascensional, se han llevado a cabo y están en curso trascendentales reformas y nuevas construcciones.

Desde el principio de su gobierno, el Abad Marcet acariciaba la idea de levantar una fachada, digna de la residencia de la Reina de la Montaña Santa; pero las perturbaciones que ha sufrido España desde un cuarto de siglo, le hicieron desistir de su propósito.

Fué después de la Cruzada cuando los monjes sintieron la necesidad inaplazable de su construcción, en consonancia con la grandiosidad de la Basílica.

A pesar del quebrantado estado de su salud, acogió el P. Abad el unánime



pensamiento de los monjes y encargó a su ilustre discípulo, el Abad Coadjutor, Padre Aurelio M. Escarré, la realización de tan magno proyecto.

El joven Abad Escarré, que, en su escudo abacial puso el lema "Propter Domum Domini", pasará a la historia montserratina como digno émulo del gran Abad Garriga. Ha dado tan formidable impulso a las obras, que, al cabo de un año escaso de comenzados los trabajos, se perfilan las características de la soberbia construcción y se yergue ya adelantadísima la esbelta y majestuosa "Torre del Abad" levantada a la derecha de la monumental fachada, verdadera joya de la arquitectura religiosa moderna.

El autor del proyecto es el ilustre arquitecto barcelonés, don Francisco Folguera, y todo hace presumir que la obra quedará terminada en 1947.

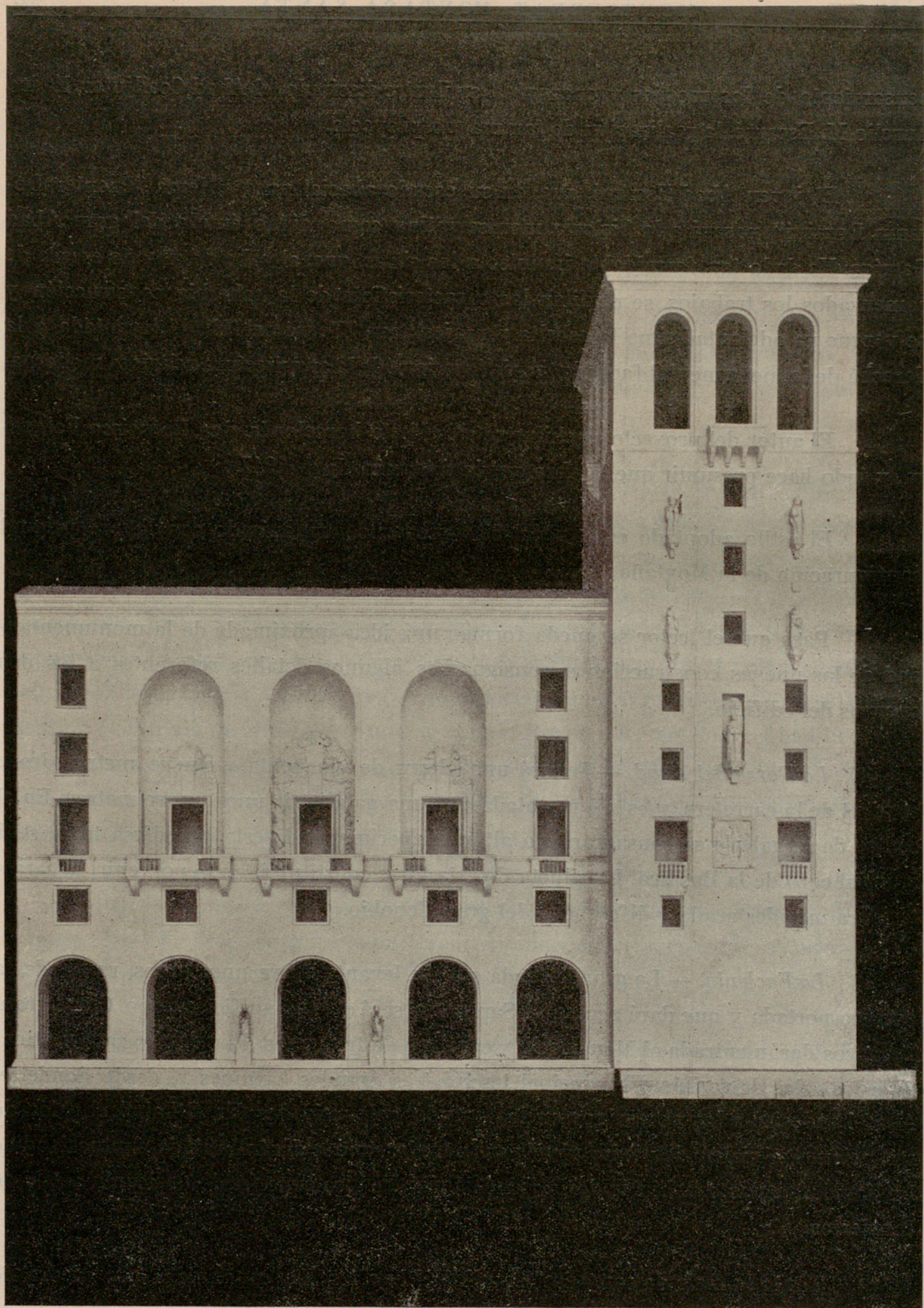
El estilo adoptado es el neoclásico moderno, armonizado con la excepcional configuración de la Montaña.

Para que el lector se pueda formar una idea aproximada de la monumentalidad de las nuevas construcciones, consignamos algunos detalles referentes a los dos cuerpos del edificio.

*La Torre del Abad.* — Tendrá una altura de cincuenta y nueve metros desde el nivel de la carretera, y estará rematada por una galería de unos nueve metros. En el centro de la galería se consagrará un altar. El perímetro de esta grandiosa torre será igual al coro de la Basílica. La silueta de esta torre constituirá, en lo porvenir, la característica más destacada y diferencial del gran Cenobio.

*La Fachada.* — La gran fachada que se levanta sobre unos arcos, restos de la antigua portada y que dará acceso al Santuario, será otro magnífico cuerpo. Cinco grandes arcos darán entrada al Monasterio y constará de tres pisos. El primero será destinado a las salas de recibir. El principal tendrá tres grandes balcones y, desde donde, el Abad bendecirá a los peregrinos en las grandes solemnidades. En él habrá el salón de recepciones oficiales; de piedra picada sus paredes, que le darán la regia suntuosidad de las famosas salas cenobiales de la Edad Media. El piso superior lo dedicarán a sala de conciertos.

Tanto la fachada como la "Torre del Abad", serán construídas con piedra de Montserrat que, pulimentada, ofrece hermosos colores jaspeados.



Maqueta de la nueva fachada con la torre del Abad

El presupuesto de las obras referidas se eleva a cuatro millones y medio de pesetas.

### LA HOSPEDERIA INTERIOR

A pesar del esfuerzo gigantesco que suponen las obras referidas, no para aquí el pensamiento del P. Escarré.

Se derribará el pabellón actual de San José para levantar un espléndido edificio de varias plantas destinado a hospedería interior. Formará ángulo recto con la fachada, y servirá para alojar huéspedes ilustres, cursilistas y ejercitantes.

Las habitaciones estarán dotadas del máximo confort; habrá un magnífico comedor y una hermosa capilla para los ejercitantes.

En el centro se reconstruirá el claustro gótico, la belleza de cuyos restos admiramos, lo que le dará a esta hospedería el místico ambiente cenobial.

Se calcula que, en otros tres años, será terminada esta obra importantísima.

### OTRAS HOSPEDERIAS Y GRANDIOSO HOTEL

El grandioso plan de reformas proyectadas afecta también a los antiguos aposentos de "San Alfonso", que también serán derribados, para dar paso a otra hospedería, debidamente acondicionada.

También se reformarán los aposentos llamados del "Venerable", pero se conservarán las habitaciones donde murió el famoso fray José de San Benito y de esta suerte no sufrirán menoscabo los valores espirituales e históricos que encierra el venerando edificio (1).

(1) En diversos lugares de este libro nos ocupamos de este hombre extraordinario. Serra y Postius, que le había conocido y tratado en la intimidad, dice del Venerable lego montserratino "que fué un varón de los más opinados en santidad y sabiduría que tuvo Cataluña en su tiempo, que se cree tuvo por Maestro al Espíritu Santo. Escribió varios tratados escolásticos, expositivos y místicos, que se imprimieron en Madrid, año 1725, y, en menos de diez años, se hicieron tres impresiones numerosas" (Serra y Postius. "Historia de Nuestra Señora de Montserrate". Parte 4.<sup>a</sup>. Cap. XIV).

A continuación de la magnífica hospedería, llamada del "Abad Oliva", inaugurada este verano, se levantará un nuevo y grandioso Hotel Restaurante con habitaciones para doscientas personas, y con un comedor capaz para seiscientos comensales. Habrán habitaciones de varios tipos, para que esté al alcance de todas las fortunas.

Estas obras, según nuestros informes, van a ser emprendidas inmediatamente.

#### OTRAS IMPORTANTES MEJORAS

Las obras y proyectos a realizar que acabamos de reseñar, tendrán un digno y adecuado complemento con otras mejoras, que el incansable P. Escarré, tiene en cartera.

Serán reformados los jardines de la "Fuente del Portal", dándoles mayor amplitud y belleza, en el centro de los cuales, se levantará una egregia estatua de Alfonso X, el Sabio, cantor eximio de Nuestra Señora de Montserrat.

Finalmente se reconstruirá el camino de San Miguel, donde se emplazarán las estatuas de los Fundadores que han visitado Montserrat, siendo costeadas por las respectivas Ordenes Religiosas.

Dado el ritmo que se imprime en la construcción, no dudamos que este gigantesco proyecto de reformas será una realidad en un futuro próximo, y que la generación presente podrá contemplar en toda su magnificencia esa obra genial del Padre Escarré.

Que la Santísima Virgen bendice los esfuerzos y sacrificios de los monjes nos lo demuestra palpablemente el apoyo entusiasta que ha encontrado en la opinión católica. Todos los Ayuntamientos de la provincia de Barcelona han votado cuantiosas subvenciones para las obras. También han respondido con sus aportaciones entidades, empresas y el pueblo (1).

(1) Contaba el P. Fonoll a un corresponsal de "El Correo Catalán" el caso de una modesta obrera que, al iniciarse las obras, envió al Padre Sacristán todos sus ahorros que tenía recogidos en la Caja de Pensiones; y de unos obreros que, por Navidad, se desprendieron íntegramente de sus aguinaldos para ofrecerlos a la "Moreneta". Eso es verdaderamente consolador. ¡Aun hay fe en Israel!

A grandes rasgos hemos expuesto el Montserrat presente que aquellos buenos monjes y pueblo fiel de cien años atrás, al contemplar tristemente aquellos informes montones de ruinas, jamás podían soñar.

Hoy, gracias al tesón característico de los monjes, a la piedad y devoción de los fieles y sobre todo a la singular protección de María, ha vuelto a recobrar su pretérita pujanza, como centro de cultura monástica y como Santuario de la devoción mariana, mientras el recinto cenobial está adquiriendo, de día en día, perfiles de monumentalidad.

Estos hechos, estas realidades tangibles y esplendorosas, nos autorizan, con su lógica contundente e inconcusa, a deducir lo que será el Montserrat del porvenir.

Para los beneméritos hijos de San Benito, Montserrat constituirá su Monasterio Máximo, el emporio de la gloriosa Orden Benedictina, y, para España, con los nuevos atractivos de las grandes reformas, el foco más radiante y poderoso de su religiosidad, no sólo por las peregrinaciones cada día más frecuentes y numerosas, sino también por el dispositivo que, con su clara visión del porvenir, está preparando el Padre Escarré para que en Montserrat se realicen grandes concentraciones de cursilistas, ejercitantes en periódicas tandas de retiro espiritual; pues por la prodigiosa belleza del lugar, por el encanto fascinador de la "Moreneta", no hay sitio en la tierra más a propósito para la meditación de las verdades eternas. Montserrat será el punto de convergencia de las manifestaciones católicas de España. Allí tendrán lugar las grandes concentraciones de ejercitantes, donde se forjarán los hombres nuevos, los espíritus valerosos, para enfrentarse con las perversidades de este bajo mundo, para dar la batalla a la ola de incredulidad y materialismo que todo lo arrolla.

La vida eremítica, desgraciadamente, quizá se extinguió para siempre en Montserrat; pero, gracias al feliz pensamiento del Padre Abad Escarré, el exiguo número de trece anacoretas que aromatizaban de santidad aquella Montaña, se trocará en legiones de católicos fervorosos que, retirados unos días en aquellas soledades a la vera de la Virgen Morena, a la par que los Santos y Fundadores que allí iniciaron su vida espiritual, se convertirán en adalides de la verdad y acérrimos propagadores de este lugar de santificación.

Allí, al calor de la Cámara Angélica, se templarán las armas de los caballeros

de Cristo, encuadrados en el ejército del Señor, y abrazados a la bandera que tremolaron los Boil, Ignacio, Nolasco, Calasanz, Claret, Claver, Serra y tantos insignes Caudillos que recibieron en Montserrat los alientos de la gracia y las consignas de su apostolado, irradiarán por todo el mundo hispano los salvadores postulados de nuestra Religión sacrosanta.

He ahí en estos mal hilvanados renglones la visión que del Montserrat futuro nos ha sugerido la inmensa labor realizada hasta el presente en orden al grandioso plan sabiamente elucubrado, en cuya realización se verán culminadas las aspiraciones de los monjes y de los innumerables devotos de la Virgen Morena.

Y al dar fin a este libro, donde, a través de mil años, Montserrat, hemos visto asombrados, ha sobrevivido a tantas vicisitudes, el corazón se nos hincha de alegría inenarrable, al venir a la pluma obvia y apodítica la conclusión que formulamos clara y rotundamente:

El Montserrat del porvenir será el Montserrat de ayer, de hoy y de todos los tiempos, pero en toda su pujanza,

¡MONTSERRAT, MONTAÑA SANTA!

LAUS DEO

Immaculataeque semperque Virgini

MARIAE

PROTESTA DEL AUTOR. — De acuerdo con lo decretado por el Sumo Pontífice, Urbano VIII, declaramos que todo cuanto en este libro se refiere a prodigios y personas conceptuadas por Santas, no queremos darle más fe que la que merece una narración puramente humana, reservando a la Iglesia el juicio definitivo y, si en el texto se hallare algo que discrepase de las enseñanzas de la Iglesia Católica y Romana, no sea tenido por escrito.

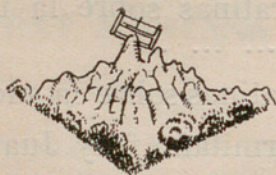
Festividad de todos los Santos, mil novecientos cuarenta y cuatro, último día de las Fiestas Jubilares.



# INDICE

PROEMIO. — ¡Montserrat! ... ..	Página 11
CAPÍTULO I. — Descripción de la Sagrada Imagen ... ..	" 15
II. — La Imagen de Nuestra Señora de Montserrat a través de los siglos ... ..	" 19
III. — El Monasterio de Montserrat y sus vicisitudes hasta nuestros días ... ..	" 27
IV. — La Iglesia ... ..	" 41
V. — Descripción de la montaña ... ..	" 53
VI. — Hipótesis sobre el origen de la montaña según los geólogos ... ..	" 59
VII. — Montserrat subterráneo ... ..	" 65
VIII. — Leyendas montserratinas sobre la imagen de Nuestra Señora ... ..	" 83
IX. — Leyendas montserratinas sobre la montaña ... ..	" 89
X. — Leyenda sobre el ermitaño fray Juan Garí ... ..	" 91
XI. — Leyenda sobre el Lego Cantero ... ..	" 109
XII. — Leyenda sobre "La Cadena de los ángeles" ... ..	" 113
XIII. — La Santa Cueva ... ..	" 117
XIV. — Las ermitas ... ..	" 121
XV. — Los ermitaños y su vida ... ..	" 137
XVI. — La escolanía ... ..	" 143
XVII. — La imprenta y la biblioteca de Montserrat ... ..	" 149
XVIII. — Don Juan de Aragón, duque de Luna, y su devoción a Nuestra Señora de Montserrat ... ..	" 157
XIX. — Los milagros de Nuestra Señora de Montserrat ... ..	" 163
XX. — Peregrinaciones a Montserrat ... ..	" 181
XXI. — Montserrat y la cristianización de América ... ..	" 189
XXII. — Nuestra Señora de Montserrat en el extranjero. Su expansión ecuménica ... ..	" 199
XXIII. — Fundadores de órdenes religiosas que visitaron el Santuario ... ..	" 211

XXIV. — Bienhechores ilustres de Montserrat ... ..	Página 225
XXV. — El antiguo tesoro de Montserrat ... ..	" 229
XXVI. — Anecdótico montserratino ... ..	" 235
XXVII. — Pedro III, El Grande ... ..	" 237
XXVIII. — Don Pedro IV de Aragón ... ..	" 243
XXIX. — Don Juan I de Aragón ... ..	" 249
XXX. — Fernando de Antequera ... ..	" 255
XXXI. — El emperador Carlos I ... ..	" 259
XXXII. — Felipe II ... ..	" 267
XXXIII. — La princesa Margarita ... ..	" 275
XXXIV. — El Virolay de María y un príncipe ... ..	" 281
XXXV. — Las Diputaciones de España a la Virgen de Montserrat.	" 287
XXXVI. — La devoción de España a Ntra. Señora de Montserrat.	" 299
XXXVII. — Las fiestas centenarias ... ..	" 305
XXXVIII. — Montserrat del porvenir ... ..	" 323

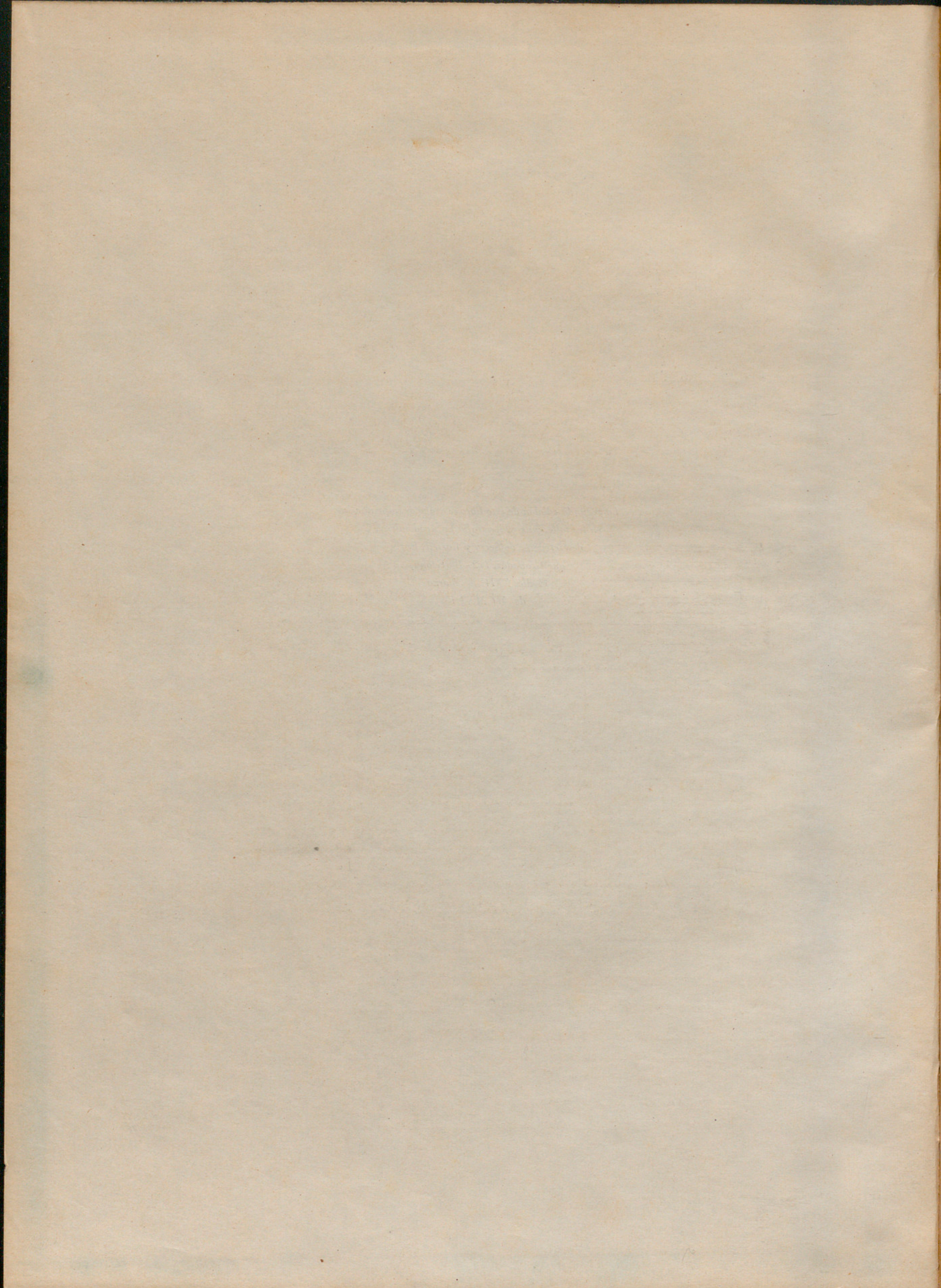


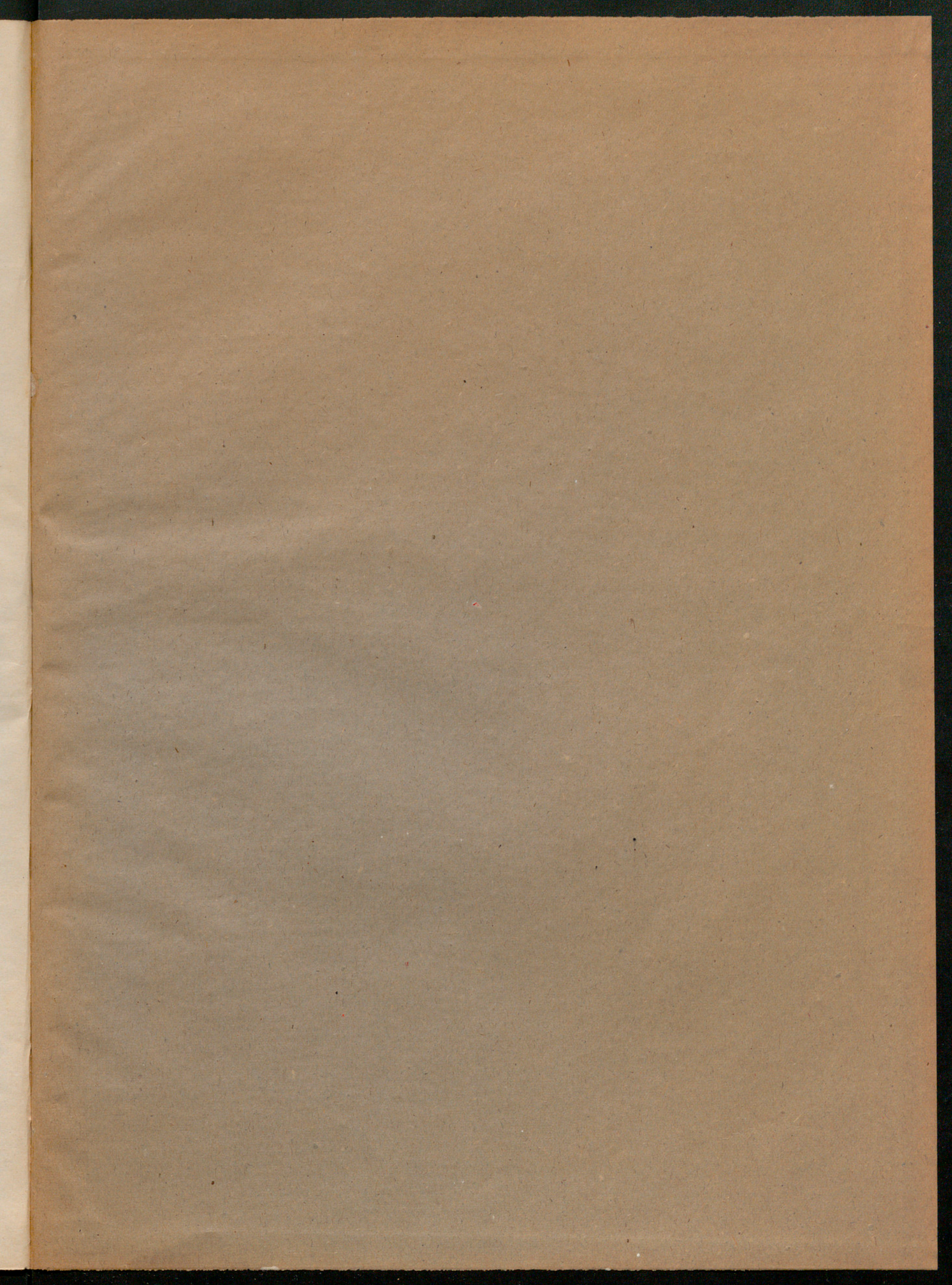
Los grabados de C. Langlois, Delaborde, W. Degouve, C. G. Hammer y Micault, han sido cedidos galantemente por el entusiasta bibliógrafo montserratino don Pedro Español y Güell, de Barcelona.

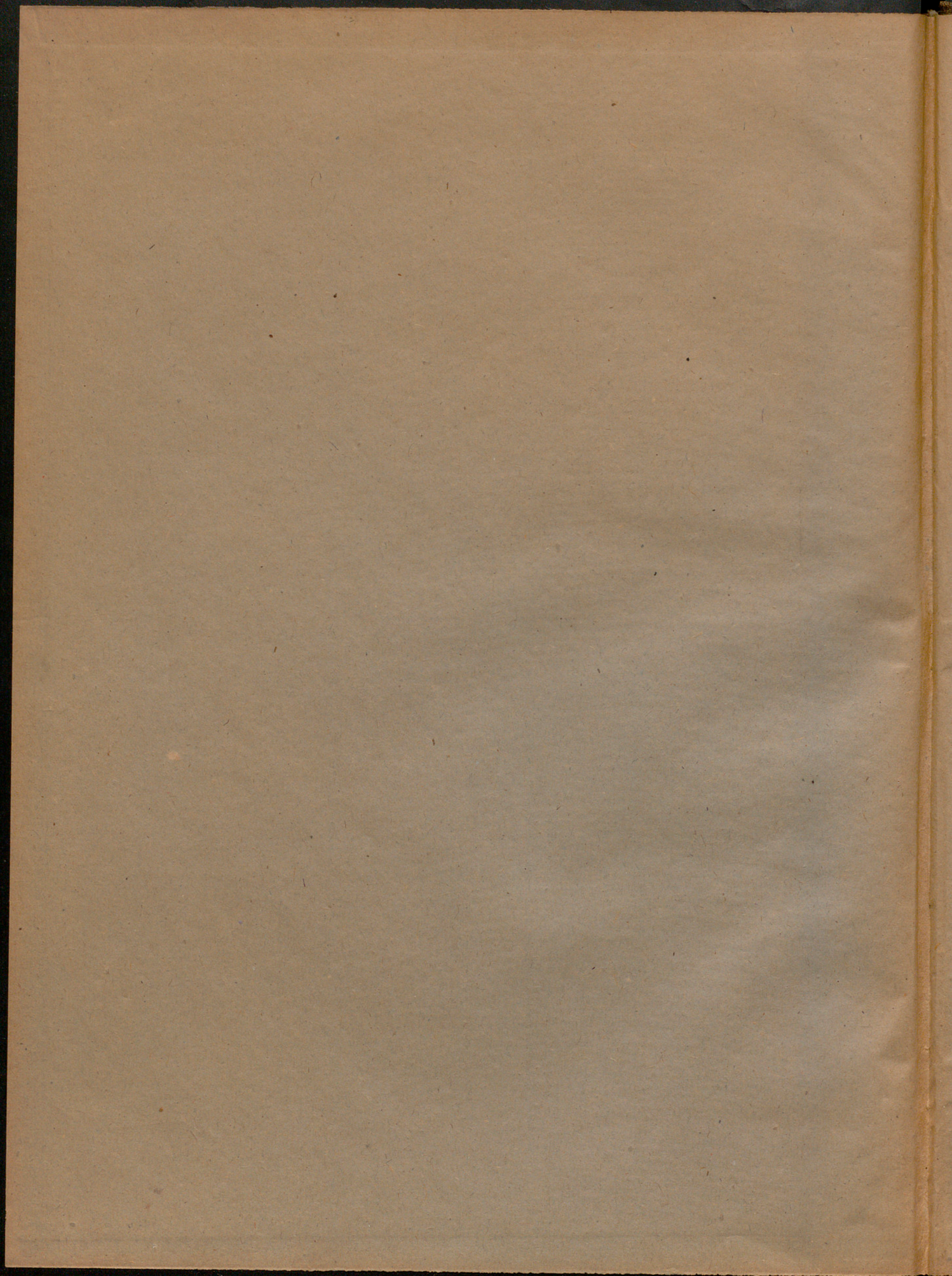
Cuidó de la parte de composición mecánica la casa Blas Bonet, Provenza, 224, interior-Barcelona.



*La segunda edición de este libro se acabó de imprimir  
en los talleres de «Tipografía La Académica»,  
de Herederos de Serra y Russell, Enri-  
que Granados, 112 - Barcelona,  
el día XXIV de marzo  
de MCMXLV*







416(B) Mont.  
R.9400 X (Barcelona)

INSTITUTO VAYLLER  
DE INVESTIGACIONES

MONUMENTA HISTORICA ET GEOGRAPHICA REGNI GRÆCIE

